

ΑΡΟΛΛΟΝΙΑ
LA
MEJOR AGUA
MINERAL

RED DE BIBLIOTECAS PUBLICAS



SNBP6741583

BIBLIOTECA
SANTIAGO SEVERIN
VALPARAÍSO



5.4144
13



Emilio Dubois

32120

SH
923.4144
SUB
ca
1910
AAX 2709

EMILIO DUBOIS

Relacion verídica de sus ♦ ♦ ♦ ♦
♦ ♦ ♦ ♦ crímenes y aventuras

POR

INOCENCIO DEL CAMPO



103177

VALPARAISO:

SOCIEDAD «IMPRESA Y LITOGRAFIA UNIVERSO»
VALPARAISO Y SANTIAGO

1907

Dos palabras.

SEÑOR A. Z.,

Presente.

Mi estimado amigo:

Si el presente libro fuese una obra con pretensiones literarias, habría sido para mí un gran placer el ofrecérselo a usted, cuyo carácter emprendedor y clara inteligencia lo llevarán en un día no lejano a ocupar una de las posiciones más elevadas del país.

Al hacer el presente libro he sido impulsado únicamente por el espíritu comercial, ya que en Chile las obras que más se venden son las que tratan de materia criminal.

Le suplico vea en él nada más que el esfuerzo de un individuo que lucha y que se complace en dirigirse a una persona que sabe apreciar debidamente a dónde pueden conducir la constancia y el trabajo asiduo.

Suyo afmo.

EL AUTOR.



Los crímenes de Dubois.

En las minas de Courrières.—Quién era Luis Brihier.—
Su primer crimen.—La infancia de Dubois.

El pitazo que todas las mañanas llamaba a los trabajadores de la mina a la faena, había sonado hacia ya rato. A la luz indecisa del amanecer se destacaban las figuras de los obreros, que caminaban haciendo crujir pesadamente sus gruesos zapatos sobre la nieve endurecida. Ese invierno en todo el distrito del Paso de Calais había sido extraordinariamente frío y en Courrières la crudeza era todavía superior.

El capataz, colocado a la entrada de una de las bocaminas, pasaba lista a los operarios y les entregaba a cada uno un pequeño boleto como comprobante de su asistencia.

La tierra iba tragándolos a medida que llegaban. Descendían ellos por una escala de cuerda, que se perdía hasta una profundidad incalculable en la oscuridad de la caverna.

—Luis Brihier, dijo el capataz.

Un muchacho rubio, fornido, de cuello grueso como el de un toro se adelantó al llamado.

—Hoy no asisto al trabajo, necesito que me haga el ajuste de mi jornal, exclamó, porque me retiro de la mina.

El capataz lo miró un momento y en seguida continuó su lista, hasta que todos los trabajadores hubieron desfilado.

Luis Brihier hacia unos dos años que se hallaba ahí ocupado. Desde que llegó a la faena se había distinguido siempre por su constancia para el trabajo y especialmente por su vigorosa constitución, que lo hacía soportar, a pesar de su juventud, las tareas más pesadas.

El mayordomo de la mina le tomó a poco de haber llegado especial aprecio y lo distinguía de entre los demás operarios.

Durante las horas de descanso no había nadie como Brihier para entretener el rato con sus salidas oportunas. Era poco aficionado a beber y en raras ocasiones se le veía borracho. Quizas por esta causa y por su fuerza muscular extraordinaria, ejercía verdadero ascendiente sobre los demás. Muy pocas veces se irritaba y cuando esto sucedía sus compañeros lo veían días antes taciturno como si se desarrollara en él una aguda crisis. Entonces no había que molestarlo porque habría sido capaz de matar a cualquiera.

Los mineros se han distinguido en todas partes por el uso del puñal o de la navaja y en este arte Brihier no tenía

rivales. Había hecho del manejo del puñal un verdadero arte y en las riñas en que se había mezclado con alguno de sus compañeros, siempre había salido vencedor.

Un día que se hallaba acometido por una de estas crisis, a causa de una ligera amonestación, acometió contra el mismo mayordomo de la mina. Este, un hombre hercúleo, tomó a Brihier de los brazos y le quitó el puñal en presencia de los demás trabajadores.

Brihier, vencido, demostró conformidad y siguió concurriendo al trabajo como de ordinario; pero ya no fué el mismo compañero alegre de antes y perdió gran parte de su prestigio. Sin embargo nada hizo que pudiese creer que guardara rencor a su vencedor.

Un día el mayordomo fué encontrado muerto de una profunda puñalada en el corazón, al lado de una cancha de metales. Se sospechó de Brihier, pero no se pudo probar nada porque éste supo evadir hábilmente las acusaciones. No obstante en el ánimo de todos los trabajadores quedó la persuasión de que Brihier era el asesino del mayordomo.

Por eso, al hacerle el capataz el ajuste de su jornal, se limitó únicamente a preguntarle a dónde se iba.

—Voi a Etaples, a casa de mis padres a quienes no veo hace varios años, fué su contestación y se retiró.

Brihier, con sus modestos cacharpes de minero a la espalda, emprendió a pié por sobre la nieve el camino de Etaples. Lo que él hacía, era muy frecuente, pues en esa época los obreros recorrían de un lado a otro la Francia, a pié en busca de trabajo.

Del tiempo que había permanecido en Courrières dejaba una huella sangrienta, la de su primer crimen, que no había de ser, desgraciadamente, el único que cometiese durante su vida.

Etaples es en la actualidad un rincón perdido en un extremo de Francia. Se distingue por su clima benigno y por sus buenas vides.

Fué en este pequeño pueblo donde nació Luis Brihier — Emilio Dubois Morales como se llamó después — en abril de 1868.

Sus padres eran unos rudos aldeanos que poseían un miserable bodega que apenas les daba para subvenir a sus necesidades. Ella se llamaba Maria Rosa Lacroix. Era una mujer rubia, de mirada apagada y sin expresión. Se la veía todo el día en movimiento atendiendo a los parroquianos y recibiendo los insultos de ellos cuando estaban borrachos. A pesar de esto, en ocasiones, sin que la ofensa hubiese sido muy grande, se enfurecía y era capaz de arrojar las botellas a la cabeza de los visitantes. Tal vez de ella habría heredado su hijo Luis esos peligrosos arranques de ira.

Su esposo, Luis José Brihier, atendía el negocio cuando no ejercía la profesión de herrador, o mas bien dicho cuando no se emborrachaba con los clientes de la casa. Era el único herrador del pueblo y los viajeros que pasaban por Etaples tenían necesariamente que acudir a él para que les herrase las cabalgaduras. Esto tenía una doble ventaja, visto por el lado del negocio, pues los transeúntes se veían obligados, para pasar el tiempo, a entrar al bodega y consumir un poco de licor que Maria Rosa se encargaba de cobrar a elevados precios.

En el pueblo pasaba el matrimonio por personas acomodadas y si no hubiera sido por la borrachera de Luis José y la estulticia de su mujer, habrían sido respetados.

En ese hogar fué donde vió la luz del día el que había de ser, andando el tiempo, un gran criminal.

Cuando Luis tuvo edad suficiente para aprender, fué enviado a la escuela donde aprendió a leer y a escribir y un poco de cuentas, es decir, la instrucción que se enseña en nuestro país en las escuelas primarias.

Llegado a los nueve años a pesar de sus buenas disposiciones para el estudio y su fácil comprensión, que llegaba a asombrar al modesto maestro del pueblo, sus padres no quisieron que continuase mas estudiando.

De esa manera Luis, a aquella edad, fué llevado al bodega para que ayudase a la madre en el reparto del licor.

Su inteligencia en esa época en que las primeras impresiones subsisten toda la vida, se acostumbró a las groseras conversaciones de los borrachos, y la única moral que tuvo fué la del vicio.

A los 14 años, cuando ya fué lo suficientemente fuerte para ayudar a su padre, pasó de la cantina al taller del herrador.

Mientras su padre herraba, él sostenía con mano férrea las patas de los animales. Fué así como llegó a desarrollar una fuerza superior a cualquiera de los niños de su misma edad, superior talvez a la de un hombre maduro.

Contra lo que era de esperar, Luis, a pesar del ejemplo, no se aficionó a la bebida. Su padre a veces solía decir que su hijo no se parecía en nada a él porque no lo acompañaba a beber.

Si es que no existe el destino, como creen los fatalistas, o es que el hombre tiene que obedecer a instintos de origen que tarde o temprano deben realizarse, como creen otros, Luis habría permanecido en Etaples, habría sido sucesor de su padre en la profesión y no habría habido motivo para contar sus hazañas; pero una circunstancia vino a cambiar la faz de su vida.

Entre los asiduos visitantes de la casa habia uno que no hacia mucho tiempo se hallaba en Etaples. Se decia en el pueblo que venia de Paris en donde durante muchos años desempeñara el empleo de agente de policia. Obtenida su jubilacion, segun él mismo decia, se habia ido a ese pueblo porque allí habia buenos vinos. Lo que en realidad habia podido saberse, era que vivia sin trabajar y que tenia una hija bastante hermosa. Luis, que con el tiempo se habia convertido en un mozo con todos los atractivos de la juventud, se enamoró de la hija con la pasion de los 18 años.

Ella tambien le correspondió ardientemente. Al principio todo marchó bien. Los enamorados se veian en las noches, para lo cual Luis asechaba la hora en que el padre se hallaba mas entretenido, bebiendo en el bodegon. Para sus escursiones, tenia que saltar una tapia y el huerto de la casa servia de confidente de sus amores.

A las citas en las primeras horas de la noche, sucedieron otras mas tarde cuando ya el padre se hallaba durmiendo bajo la influencia del licor. Ambos no tenian que temer peligro alguno.

Una ocasion en que los enamorados se hallaban confiados en que nada habia de sucederles, sintieron que de entre medio de un pequeño bosquecillo salia una sombra que caminaba hacia ellos.

Sin que tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que ocurría se encontraron frente a frente del viejo, que se habia ocultado para sorprenderlos. Ella dió un grito y se arrojó a los piés de su padre implorando perdon, pero el viejo furioso acometió contra Luis, dándole feroces golpes.

El agredido se defendió a su vez con todas sus fuerzas y se entabló entre ambos una lucha en que necesariamente hubo de vencer el mas fuerte.

El seductor,—probablemente sin darse cuenta de su accion,—dió un tremendo garrotazo en la cabeza al infortunado viejo y huyó en seguida a ocultarse en casa de sus padres.

Al dia siguiente los jendarmes rodearon la casa de Luis José Brihier para tomar preso el hijo, acusado de intento de asesinato en la persona del antiguo empleado de la policia de Paris.

Avisado oportunamente, Luis Brihier consiguió ocultarse de los jendarmes, pero no pudo continuar mas en el pueblo.

Comenzó entónces para él una vida de peregrinacion en que de niño se hizo hombre con el rudo trabajo del obrero. Despues de rodar por diferentes partes llegó a las minas de Courrières en donde lo hemos visto.

Allí permaneció dos años, hasta el dia que resolvió volver nuevamente a casa de sus padres.

Pero, un inconveniente le impedía presentarse a ellos con el conocimiento de la jente del pueblo. Su accion cometida con el viejo agente de policia, aunque no habia sido de fatales consecuencias, era perseguida por la justicia y presentándose libremente, corria el riesgo de que lo aprehendiesen.

Varios dias despues de su partida de Courrières llegó a Etaples y esperó que las sombras de la noche lo favoreciesen para entrar a su casa.

Grande fué la sorpresa y alegria de sus padres al verlo regresar al hogar, sobre todo de Maria Rosa que creia que nunca mas se separaria de su hijo.

A los dos dias despues Luis Brihier abandonaba otra vez la casa en que habia nacido y esta vez habia de ser para siempre. Se despidió de sus padres, quienes no pu-

dieren oponerse a sus deseos pues preferían verlo vagabundo ántes que condenado a presidio,

Otra circunstancia lo indujo también a salir de Etaples y fué que durante su ausencia, su antiguo amor, causa de su desgracia, se había casado. Este hecho acrecentó aun mas en él los malos instintos de que cada vez se apoderaba su alma.

En Arrás tuvo que cumplir una condena de dos meses en la cárcel con motivo de haber sido sorprendido robándose una maleta. De ahí se fué al Havre y se embarcó para América en un buque velero que salía con dirección a Venezuela.

Con el propósito de no dejar la menor huella de su pasada vida cambió el nombre de Luis Brihier, que era el auténtico, por el de Emilio Dubois, con que se le ha conocido generalmente en Chile y en los demás países que ha visitado.

Como no poseía dinero alguno para hacer su travesía consiguió con el capitán del buque que lo admitiese en calidad de marinero. Las tripulaciones de los buques en esa época eran escasas y el capitán no tuvo inconveniente para acceder a su demanda.

~~~~~

BIBLIOTECA SEVERIN  
VALPARAISO

Dubois se embarca para América.—Su llegada a Venezuela.—Se hace cómico de zarzuela.—Comienzo de sus amores con Ursula Morales.—Obtiene el grado de capitán colombiano.—Resuelve ir a Ecuador y despues al Perú.

Emilio Dubois se hizo desde el primer día un hábil marinero y con la mayor facilidad trepaba al palo de mesana y aferraba las vergas aun en los momentos de temporal. Como había sucedido en Courrières, volvió a tener el ascendiente de su persona sobre los demás.

El buque fondeó en el puerto de Bolívar en Venezuela y Dubois entró a trabajar en las minas del Callao, de la misma república.

Hasta el año 1893 llevó una vida de trabajo, sin incidente. Recorrió algunos pueblos de Colombia y se perfeccionó cada vez mas en conocimientos de minerales.

Una noche entró Dubois a un teatro que funcionaba en la ciudad de Boyacá y entre las coristas de la compañía vió una muchacha que le llamó la atención. A la salida de la función se estacionó en la puerta exterior del teatro con el objeto de verla salir y examinarla de cerca. La muchacha no pareció apercibirse de que alguien le asechaba y siguió su camino acompañada de una mujer anciana. Dubois cruzó varias calles y por fin se resolvió a dirigir la palabra a la corista. Supo por ésta que se llamaba Ursula Morales y que vivía con su madre la que diariamente la conducía al teatro en que trabajaba.

Desde ese día Dubois emprendió una tenaz campaña para seducirla. El escollo mas insuperable que encon-

B I B L I O T E C A  
SANTIAGO SEVERIN  
V A L P A R A Í S C



traba era la tenacidad de la madre que no dejaba sola a su hija ni un solo instante.

Ursula parecía corresponder a las instancias de Dubois. Asistía todas las noches a los espectáculos y en seguida la acompañaba hasta la casa.

Pero como se hallaba accidentalmente en el pueblo y debía volver a la mina para no ser despedido, se halló envuelto en un conflicto. Por otra parte el dinero de que disponía se le había agotado y era imposible continuar de esa manera. Decidió entonces ingresar al mismo teatro en que trabajaba Ursula en calidad de corista.

No hizo progresos en él pues no tenía intenciones de consagrarse a la carrera. Su objeto único era el de seducir a Ursula. Como no hai corazón de mujer que resista a la constancia de un enamorado, al cabo de varios meses de asechanzas Dubois consiguió inducir la para que huyese con él a Bogotá, dejando abandonada a la madre. Así lo hizo, efectivamente.

La simpatía de Ursula atraía las miradas de todos y no faltaron en esta ciudad individuos que la indujeran a que abandonase a su primer amante. Dubois cada día sentía por ella mayor pasión, y trabajaba continuamente para proporcionarle comodidades.

Como no podía llevarla a las minas, donde fácilmente hubiese encontrado ocupación, se vió precisado a hacer clases de frances, a ejercer la profesión de veterinario y una porción de otras ocupaciones a que lo apremiante de las circunstancias lo impulsaban.

En esta situación lo sorprendió la revolución que hubo en la República de Colombia en el año 1897.

Es sabido que las revoluciones dan cabida en sus filas a toda clase de elemento social. Bajo su bandera se cobijan

todos aquellos individuos deseosos de ganar a río revuelto y para quienes tal estado de cosas es su salvación. Dubois fué uno de los primeros en ingresar en calidad de oficial al bando del Gobierno.

Tenia en esa fecha unos veintiocho años de edad y el traje militar le sentaba perfectamente, sin que esto significase que fuese un personaje seductor. El color rubio de su patilla y su físico de europeo hacia contraste con el de los demás oficiales colombianos.

La madre de Ursula, a quien lo irremediable de los hechos hizo que se aviniera con Dubois, vino a reunirse con su hija y ambas se trasladaron a Bogotá en expectativa del desarrollo de la revolución mientras Dubois permanecía en campaña.

A los dos meses de haberse pronunciado el movimiento sedicioso, se produjo el primer encuentro entre las tropas revolucionarias y las del Gobierno.

Dubois, que ya había tenido tiempo de darse a conocer por su habilidad en el ataque de montoneras, obtuvo el grado de capitán.

A pesar de su éxito los soldados lo odiaban por su carácter despótico y cruel. En una ocasión hizo dar quinientos azotes a un individuo por haber cometido una leve falta. El desgraciado no pudo resistir el tormento y murió al día siguiente de haber recibido el castigo.

En cambio los jefes y demás oficiales lo querían y jamás había una fiesta sin que Dubois dejase de asistir. Verificado el primer encuentro en que obtuvo el ascenso, cayó enfermo repentinamente de fiebre malaria y fué llevado a la capital.

Imposibilitado para seguir en el ejército y con la ayuda de algunos recursos se fué a Guayaquil en compa-



ña de Ursula. En esa ciudad estuvo algun tiempo y siéndole la suerte adversa resolvió irse al Perú.

En este país se hizo dar el título de ingeniero de minas, utilizando sus conocimientos adquiridos durante los años de aventuras. Recorrió varias ciudades: Arequipa, el Cuzco, Puno y Lima y como en todas partes le fuese mal resolvió aceptar una ocupación que se le ofreció en Bolivia.

El gerente de la Huanchaca emplea a Dubois.—De una puñalada divide un caballo.—“Ya era tiempo que viniesen, porque si nó hago una carnicería”.

En Bolivia es en donde se comienza a tener detalles ciertos de la vida de este criminal. Todo lo que se refiere a él antes de haber llegado a este país, es nebuloso como su alma. Por eso es imposible describir sus hazañas anteriores con el interés que deben haber tenido los innumerables acontecimientos en que se haya visto comprometido.

Desde su salida de Francia recorrió casi todos los países de Sud-América y en cada uno de ellos dejó una huella de su paso. Son innumerables los episodios que de él se cuentan, pero siendo nuestro propósito ceñirnos lo mas estrictamente posible a la verdad, no hemos querido estendernos sobre ellos para relatar con todo su horror y colorido sus crímenes cometidos en Oruro y en nuestro país.

No hemos querido tampoco detenernos a contar algunos pasajes de su vida en Lima y Arequipa, que son de sumo interés, pero que resultan pálidos ante los demás hechos que conocemos mas íntimamente por haberlos seguido de cerca en su desarrollo.

En el hotel Mauri de Lima se hallaba hospedado desde hacia algun tiempo el gerente de las valiosas minas de Huanchaca de Bolivia. En ese mismo hotel trabajaba en calidad de camarera, Ursula Morales, la compañera de Dubois, que habia tenido que separarse de él a causa de faltarles recursos para vivir en comun o con fines ulteriores



de éste que podrian convenirle para algun plan meditado. Dubois acudia diariamente a ver a Ursula y algunas veces comia en su compañía en el mismo hotel.

Al tener ella conocimiento de la llegada del jereñte de la Huanchaca se lo advirtió a Dubois para que lo viese a ver si podia obtener alguna colocacion en las minas. Dubois aprovechó la ocasion y despues de varias visitas al hotel convino en que marcharia a Bolivia empleado en la planta eléctrica de las minas de Huanchaca.

A los pocos dias despues, Dubois y Ursula emprendieron el viaje. Ursula quedó momentáneamente en Oruro y Dubois marchó a las minas. Allí fué bien recibido por todos. Pero al poco tiempo comenzó a darse a conocer como de carácter sumamente irascible y bochinchero. Por cualquier pretexto provocaba desórdenes y amenazaba con el puñal, arma en que era sumamente diestro.

Un dia en que terminaban de almorzar, los empleados se hallaban reunidos en un corredor, vecino a uno de los corrales del establecimiento. Varios de ellos trataban de probar la fuerza que poseian. Amarrado a un poste habia un caballo de uno de los capataces que debia marchar enviado por el mayordomo a una faena distante.

Entóñces Dubois para probar la superioridad de sus fuerzas dijo a los demas compañeros.

—A que yo de una puñalada le abro el vientre a ese animal, de un lado a otro.

Y sin que los demas tuvieran tiempo de impedirselo se adelantó y dió una profunda puñalada en el vientre al indefenso bruto.

En seguida recojiendo el brazo le dividió el vientre en un espacio de diez pulgadas. El animal cayó muerto inmediatamente.

A todos los presentes a esta escena les sobrecorrió un sentimiento de horror y de indignacion contra el autor de tan repugnante hecho. Dubois sin la menor emocion limpió su puñal, como si acabase de cometer el acto mas sencillo del mundo y dijo:

—A un hombre es mas fácil partirlo que a ese bruto.

Desde esa techa se formó alrededor de Dubois una atmósfera de desprecio y todos huian de su compañía como de un individuo despreciable y peligroso. Se le creia un hombre temible, capaz de cometer el mayor crimen. Al mismo tiempo se admiraba su resistencia física y su altanería para con los demas. Daba muestra de una superioridad en todos sentidos sobre todos sus iguales.

Uno de los empleados del establecimiento de apellido Martini se atrevió a pedir al jefe que separase a Dubois del trabajo enviándolo a otra parte, porque su compañía no les era grata. Sólolo éste y dijo que el autor de este hecho se la pagaria.

Una noche en que estaban todos recojidos sintió Martini ruido de pasos que se aproximaban a su lecho.

Rápidamente encendió luz y vió parado en el umbral de la puerta a Dubois que tenia un puñal en la mano.

Tomó entóñces su revólver para no darle tiempo a que se echase encima y lo matase y le disparó un balazo a quema ropa. La bala pasó por alto sin herir a Dubois. Este no se movió ni hizo demostracion alguna de miedo. Al ruido de la detonacion vinieron otras personas e impidieron que sucediese una desgracia.

Entóñces Dubois delante de todos exclamó:

—Ya era tiempo que viniesen, por que si nó hago una carniceria.



..

Dubois conoce a Neira.—Cain y Abel.—Dubois mata a su hermano.—Los comienzos del crimen Neira.—Un poema.

Vecino al establecimiento de la planta eléctrica había otro establecimiento de la misma Compañía en que trabajaba un ingeniero peruano apellidado Neira.

Era un joven de unos veintiocho años, alto, de buena figura, que había venido de su país con el propósito de sacrificarse algunos años y formar un pequeño capital. Con este joven esmeró Dubois sus atenciones y éste cautivado por las demostraciones que se le hacían le cobró algún afecto.

Juntos hacían excursiones a caballo durante los días que había paralización de las faenas y organizaban a veces partidas de caza a las que Dubois se mostraba muy afecto. Un día salieron juntos a cazar a un punto llamado Malapa, distante unas cinco leguas del establecimiento.

Dubois llevaba consigo a un perrito que demostraba querer mucho y que era su acompañante a toda hora.

La expedición había sido bastante fructífera para Neira y su compañero y ambos se sentaron sobre el césped a comer las provisiones que habían llevado para almorzar.

Una de las habilidades del perrillo era traer donde su dueño los objetos que le arrojara a la distancia.

Dubois tomó una enorme piedra y la tiró a considerable distancia mandando en seguida a traerla al animalito. Este no pudo hacerlo a causa del peso excesivo de ella. Dubois se empeñó en que debía traerla. Al prin-



cipio le dió de puntapiés y viendo que tampoco ésto le daba resultado, tomó el puñal y degolló miserablemente al animalito. En seguida, deleitándose en su accion, lo dividió por trozos sin quebrar un solo hueso.

Neira, indignado de lo que veía, propuso regresar al establecimiento.

En la mesa, cuando estaban todos reunidos, Dubois contó a los empleados que habia muerto a su hermano por haberle desobedecido.

Decia siempre que el único amigo que tenia en el mundo era su perro.

—Ahora puedo llamarme Cain, espresó, porque he muerto a mi hermano.

Al cabo de dos meses de este suceso, Neira, que hacia ya tiempo pensaba retirarse de la mina para dirigirse al Perú, renunció a su empleo. Sus compañeros lo despidieron cordialmente, pues por su carácter afable y bondadoso se habia granjeado el aprecio jeneral. De Huanchaca se fué a Oruro para cambiar allí el dinero que habia ahorrado en oro y letras para llevarlas a su patria. Allí debia contraer matrimonio con una distinguida señorita de Lima. Dubois supo oportunamente el viaje de su amigo y acudió tambien a despedirlo y le hizo promesas de sincero cariño. En seguida, cuando Neira habia ya partido, se presentó al jefe de la oficina y le dijo que una necesidad urgente lo llamaba a Oruro y que tenia que partir inmediatamente. Como pretesto daba una grave enfermedad ocurrida a Ursula Morales, a quien hacia pasar por lejitima esposa.

Los caminos de Bolivia lo eran entónces y lo son todavia sumamente molestos, pues no hai la facilidad de los ferrocarriles. Los viajes se efectúan a lomo de mula o a caballo

y cuando el viajero cree hallarse, despues de una penosa travesia, al final de ella, se encuentra con que le queda que recorrer aun otra distancia igual. Se carece a veces de agua, de alimentos y hai que luchar contra la mala voluntad de los indíjenas y a veces contra los ataques de éstos. Dubois verificó la travesia de Huanchaca a Oruro en el menor espacio de tiempo que le fué posible.

Lo primero que hizo una vez en esa ciudad fué dirigirse a ver a Ursula. La compañera a quien sedujera y arrastrara con él desde Colombia, permanecia siempre siéndole fiel y cariñosa. Tuvo gran gusto de verlo y quiso obligarlo a que se quedase en la casa, pero Dubois pretestando hallarse con otros amigos le dijo que tenia que retirarse pronto y que no lo esperase, pues alojaria en el hotel del Ferrocarril, establecimiento destinado especialmente a los comerciantes.

Ahí averiguó en dónde se hallaba su amigo Neira, y supo que se hospedaba en el hotel Francia. Se puso al asecho y cuando éste despues de comida salia a pasear un momento, salió a encontrarse con él como si la casualidad los hubiese puesto en el camino.

Al ver a Dubois Neira tuvo una gran sorpresa.

—Cómo es eso,—le dijo—Ud. por aquí? No me imaginaba volver a encontrarlo tan luego.

—Yo tampoco me imaginaba volverlo a hallar tan pronto le dijo Dubois, pero una circunstancia impensada me ha traído a Oruro y no pienso poder despacharme ántes de varios dias.

Ya que la casualidad nos ha reunido celebremos este acontecimiento y Dubois invitó a su amigo a entrar a una cantina a beber una copa.



A la primera siguieron varias otras y cuando ya el licor comenzaba a hacer su efecto, Dubois convidó a Neira a visitar un prostíbulo en que espresó tenía unas amigas.

Neira, que a nadie conocía ni tenía tampoco nada que hacer esa noche, no puso inconveniente alguno.

Por el camino Dubois comenzó a hacer a su amigo confidencias lamentándose de lo adversa que siempre se había mostrado la fortuna para con él.

— Ninguna empresa en que yo me he metido, agregó, ha salido con bien, parece que una mala estrella siguiera mis pasos y se encargase de hacer fracasar todos mis proyectos. Mi vida ha sido para mí una cadena de aventuras, de las que ya estoy cansado. A medida que voy entrando en edad me voy poniendo fatalista y creo que en el mundo solo vence el que tiene mas fuerza de voluntad o mas energía, sea cuales sean los medios para formarse una fortuna.

Neira, una vez en el terreno de las confidencias, confesó a su vez a su amigo que él era un hombre feliz, pues con el trabajo honrado de varios años había podido formar un capital que ahora lo ponía a cubierto de las emergencias de la vida.

— Luego que llegue a Lima—agregó—contraeré matrimonio con una niña a quien quiero desde hace años y que me ha esperado durante todo el tiempo que he permanecido ausente de mi patria.



Un prostíbulo de Oruro.... risas, gritos, la voz ronca de los borrachos.—Catalina, una antigua amiga.

Al terminar la conversacion ambos amigos habían llegado al prostíbulo que buscaban.

Tocaron levemente la puerta para significar de ese modo que no estaban borrachos y les abriesen.

Por una rejilla asomó la cabeza una mujer anciana.

—Abra, Eloisa, le dijo Dubois, soy yo.

Se sintió un ruido de cadena y despues la puerta jiró sobre sus goznes.

Una espléndida iluminacion apareció ante los ojos de los amigos.

Al fondo de un estenso corredor se divisaban algunas plantas tropicales y mas léjos aun se veian pasar, como en un cinematógrafo, parejas que danzaban en confuso tropel.

El ruido lejano de una orquesta, risas, gritos de mujeres, la ronca voz de algunos borrachos, el chocar de copas y todos aquellos ruidos confusos que se oyen en una orjia, llegaron hasta donde estaban los dos amigos.

A ambos lados del corredor habia piezas, señaladas con números, pertenecientes a los pensionistas de la casa.

Por las puertas medio entornadas algunas mujeres asomaban la cabeza para ver quien era el nuevo visitante. En otras piezas se veian mujeres abrazadas de los hombres.

Cuando Dubois llegó al salon, una mujer con el rostro embetunado con pintura de colores vino hácia él con muestras de gran regocijo. Los demas parecieron no notar la presencia de los nuevos visitantes.



Dubois saludó a la que habia salido a su encuentro y en seguida, mirando a las demas del salon, las saludó a todas por separado, nombrándolas por su sobrenombre. Parecia ser un antiguo amigo de la casa.

Neira, algo cohibido al hallarse en presencia de aquellas damas, se fué a sentar tímidamente en un sofá rojo de la sala. Alrededor de él habia varias mujeres que mostraban las enaguas de color resaltante, o las botas de caña prolongada. El ruido enervante de la seda, las risas histéricas de las proxenetas le produjeron una especie de deslumbramiento. Durante su vida de hombre que rueda solo por el mundo, nunca habia pisado los umbrales de una casa semejante.

Un señor gordo, de lentes, con la obesidad que produce el ponche y la compañía de personas acostumbradas a vivir en contacto con los desbordes de la naturaleza, se hallaba sentado delante del piano.

— Señor Ambrosio, tóquenos un valse, dijo una de las mujeres.

¿Qué quiere que le toquen caballero? continuó dirigiéndose a Dubois.

— Me es indiferente, repuso éste.

Don Ambrosio miró al espejo que tenia al frente y comenzó, lentamente, siguiendo una costumbre maquinal, a tocar la música solicitada. Era aquello una música infernal, capaz de romper los oídos de la persona mas indiferente.

Una de las mujeres que durante todo este intervalo no habia dejado de mirar a Neira y de contemplarse en el espejo, de pié, de lado, y de todas las posturas imaginables, haciendo un estudio de su persona, se le acercó.

— Bailemos un valsecito, le dijo.

Neira se dejó llevar. Las parejas se hicieron cada vez mas numerosas. Un español proferia cada blasfemia que daba horror; dos borrachos disputaban y parecia que ya se iban a las manos; y por en medio de la barandilla las mujeres, siguiendo el compas de la música, se miraban al espejo a cada vuelta del vals. Rendido Neira propuso sentarse.

— ¿Por qué no me convida con una copa? le dijo su compañera.

Ambos fueron a la cantina.

— Beba lo que quiera le dijo él. La mujer bebió un trago y en seguida arrojó casi todo el contenido del vaso. Era la costumbre de la casa para que hubiese mas consumo de licor y la propietaria ganase mas.

Mientras tanto Dubois, aparte en un extremo del salon, sostenia un animado diálogo con su pareja, la misma que habia salido a recibirlo a la puerta. Era ésta una mujer que habria sido hermosa si no fuese que una prematura obesidad desfiguraba sus formas. Alrededor de los ojos tenia una sombra oscura que le daba un aspecto extraño. Los labios, de un rojo subido, eran provocativos. Todo su aspecto era típico, el de una mujer gastada en el vicio y la orjia continuada.

— Eso es imposible, le decia, dirigiéndose a Dubois; jamas lo haré. Dubois trataba, sin embargo, de convencerla. En ese momento la que habia hecho de compañera de Neira se aproximó a Dubois con un plato en la mano y dijo:

— ¿No me da nada para música? El sacó un boliviano distraidamente y lo echó al plato.

En seguida continuó su conversacion interrumpida.

La mujer se resistia a las pretensiones de Dubois. Entonces éste se paró y dirigiéndose directamente donde la dueña de casa le dijo:



—Catalina va a salir en mi compañía, así es que me hace el favor de cobrarse de lo que le debo, y extendió un billete de cincuenta bolivianos. La dueña de casa quiso darle el vuelto pero él jenerosamente no lo recibió.

Volviendo nuevamente donde Catalina, su compañera, le dijo con tono imperioso.

—Anda a arreglarte para que nos vamos.

Catalina obedeció esta vez sin decir una palabra.

Un ascendiente poderoso parecía influir este hombre sobre su voluntad.

Las relaciones de Catalina con Dubois databan de muy antiguo.

Cuando en Colombia hacia la corte a Ursula, ella figuraba también entre las coristas de la compañía. Ella misma fué la que le ayudó en sus amores hasta que ambos amantes huyeron de la vijilancia de la madre.

Al mucho tiempo despues de este suceso, encontrándose Dubois en el pueblo de Sagamoso, en Colombia, volvió a encontrar otra vez a Catalina y aunque su cariño por Ursula no se habia debilitado entró en relaciones con la primera.

Este hecho coincidió con el asesinato de un rico propietario de ese pueblo, crimen que no pudo ser descubierto a causa de que la efervescencia política que traía revuelto el país hacia frecuentes estos acontecimientos.

Catalina vivió despues largo tiempo en compañía de Dubois y de Ursula. En presencia de esta última Dubois la maltrataba y todas sus rabias y malos ratos tenían como un desquite a la desgraciada mujer. Ursula a veces intercedia por ella, a pesar de que no podia ver con satisfaccion que bajo su mismo techo su marido albergase una concubina; pero Dubois que siempre se mostraba defe-

rente con Ursula se irritaba increíblemente cada vez que se metía en sus asuntos, como él decia.

Cuando Dubois se fué a Guayaquil abandonó a Catalina, la que por fin se vió libre de su influencia. Pero su mala estrella la hizo volverlo a encontrar en Bolivia en la misma casa de tolerancia que la hemos visto.

Su antiguo amigo le hacia frecuentes visitas y llegó a hacerse amigo íntimo de la casa, con todas las asiladas tenia relaciones y a todas las trataba con buen modo y a veces les obsequiaba pequeños regalos.

Un pasado misterioso parecia unir a Dubois con Catalina y de ahí la secreta influencia que ejercia sobre ella.

Despues de haberle ordenado que se arreglase, fué donde Neira, que continuaba bebiendo en el mostrador y llamándolo a un lado le dijo:

—Nos vamos a ir con Catalina a cenar a casa de mi mujer, así es que despídete de tu compañera y nos marchamos.

Neira insinuó que seria mejor separarse, pues él no tenia deseos de ir.

—Vamos solamente un rato y despues volvemos. Yo tengo que venir a dejar a Catalina, insinó Dubois.

—Sies así, entónces no tengo inconveniente. Despídióse de su compañera y en seguida salió en compañía de su amigo.

Catalina ya estaba lista esperándolos en su pieza.

Era ésta una habitacion estrecha, ocupada casi totalmente por una ancha cama. Neira intentó sentarse en ella un momento, pero Catalina no lo consintió pretestando que se arrugaban las sábanas. Al frente del lecho habia un ropero con espejo, mas allá un pequeño divan y encima del lavatorio una infinidad de frascos de esencias. De las paredes pendian algunos cuadros con figuras pornográficas. A la cabecera de la cama estaba el retrato



de Dubois en una especie de red de paja de la China y entre las varillas algunas tarjetas postales de los amigos de Catalina, ninguna de las cuales se hallaba firmada.

—Vamos ya, exclamó Dubois.

Los tres salieron. Dubois se abrazó de Neira y con el otro brazo condujo a Catalina. Cualquiera que los hubiese visto en esos momentos habria dicho. "He ahí tres personas que van de juerga."

El aire frio de la noche en vez de refrescar la memoria de Neira contribuyó a que los vapores del licor le hiciesen mas efecto.

Atravesaron varias calles mal alumbradas. Los faroles de parafina despedían una luz indecisa. Las sombras de las tres personas se prolongaban a la distancia con proporciones alargadas que parecían mas bien siluetas de gigantes. El ruido de sus pasos se sentía aumentado con el silencio de la noche, ese silencio de las tres de la mañana de una ciudad que duerme.



..

La casa del crimen.—Un niño que duerme.—El asesinato de Neira.—¡Soy un hombre muy fatal, murmuró!

Antes de llegar a la casa de Ursula, Dubois se adelantó un pequeño espacio y dijo a sus acompañantes que esperasen un momento. Se aproximó a la ventana y dió ligeros golpes en los vidrios.

Del interior de la habitación llegaba hasta él débilmente el llanto de un niño. A los pocos momentos se sintió un ruido de pasos y una voz preguntó de adentro:

—¿Quién es?

—Soy yo, Ursula; abra, contestó Dubois.

Ursula abrió la puerta de la calle y Dubois le dijo:

—Vengo en compañía de Catalina y de un amigo y es necesario que nos des algo de cenar.

—Pero si no hay mas que un poco de licor. No tengo que darles.

—No importa. Nos darás entónces una taza de té.

Los tres visitantes entraron y Ursula encendió luz en el comedor, única pieza de recibo de que disponia.

Dubois revolvió un aparador y destapando una botella de vino obligó a Neira y a Catalina a beber.

—La vida hai que saberla llevar, compañero, le dijo a su amigo. Mañana nos llega la última hora y no la hemos aprovechado.

—A su salud.

—A la suya.

—Ursula, trae la guitarra para que nos cante Catalina.

—Si no puedo cantar, repuso ésta.



—No, es preciso que el amigo Neira oiga un poco de música.

A ver, canta las violetas.

Catalina se resistía siempre y parecía muy preocupada. Sin embargo, tomó la guitarra y comenzó a puntearla.

Dubois entró a la pieza de Ursula y tomando en sus brazos al niño que dormía comenzó a hacerle cariño.

Era éste su hijo, fruto de sus amores con Ursula, que había nacido en Iquique en uno de los viajes que hicieron los esposos a esta ciudad en busca de fortuna. Como aquí les fuese mal regresaron a Arequipa, de donde habían venido. Por una casualidad, el hijo de Dubois nació ciudadano chileno. Esto sucedió el año 1903. Su padre le profesaba una increíble ternura, extraña en él que no parecía capaz de avasallarse a ninguna afección.

De este cariño participaba también la madre.

Por una extraña anomalía, él que para todo lo demás era un hombre fuera del nivel común, en el hogar era otra persona. Salvo los días en que era atacado por crisis de melancolía en que se ponía muy irascible, en los demás era afectuoso y un excelente dueño de casa. Eso sí, no había jamás que contradecirle. Ursula sabía esto y se guardaba muy bien de contrariarle su voluntad.

Después de haber besado repetidas veces a su hijo, Dubois lo depositó cuidadosamente en la cama. En seguida abrió un baúl y sacó una daga. La examinó bien para ver si estaba en buen estado y la guardó en el bolsillo. Volvió otra vez al comedor en donde estaban las dos mujeres en compañía de Neira y se sentó al lado de ésta. A cada momento le escanciaba más licor, y él, entusiasmado con el canto de Catalina, no ponía obstáculo alguno.

Al cabo de una hora se hallaba completamente borracho y afirmándose contra el respaldo de la silla, se puso a roncar.

Ese era el momento que aguardaba Dubois.

—Catalina y tú Ursula ayúdeme a llevarlo a la cama, les dijo.

Ambas mujeres obedecieron casi maquinalmente. Ursula se estremecía y miraba a su marido anhelosamente, adivinando sus designios.

—Por Dios, le dijo, qué vas a hacer.

—Silencio, le dijo Dubois, lanzándole una mirada que parecía un rayo.

El cuerpo de Neira pesaba enormemente. Un borracho pesa más que un muerto.

Dubois lo tomó de los brazos y las mujeres de los pies. En esta situación atravesaron un corredor, entraron a la pieza y lo depositaron en la cama de Ursula.

Dubois comenzó entonces a hacerle un minucioso registro en los bolsillos del traje.

Primeramente sacó la cartera, la abrió y tomó unas letras de cambio giradas contra el Banco de Perú y Londres, pagaderas en Lima, por valor de veinte mil soles. Algunos billetes de banco que había en otro compartimento de la cartera se los echó al bolsillo. Registrando otros papeles encontró un retrato de mujer. Lo miró un momento y dijo: ¡Es bastante hermosa! Un ¡detente! que había también clavado con un alfiler en la misma cartera lo echó al cajón del velador.

Después le sacó el reloj con cadena de oro y lo depositó junto con las letras de cambio.

Cuando se cercióró de que ya no le quedaba más en los bolsillos comenzó a desnudarlo. En un cinturón de cuero

que Neira usaba cuando viajaba encontró algunas libras esterlinas y el revólver, que dejó junto con las prendas anteriores.

Cuando le hubo quitado la chaqueta, sacó la daga y miró un momento a su amigo. Este dormía profundamente.

Las dos mujeres, de pie delante de él, parecían aledadas.

El niño dió un vagido en su cuna como para recordar a su padre la acción que iba a cometer.

—Ayúdenme ustedes a desnudarlo, dijo Dubois.

Catalina se adelantó maquinalmente y le quitó un zapato.

—Y tú, qué haces ahí parada, le dijo a Ursula con tono imperioso.

Esta no pudo resistir la crisis que se venía operando en ella y cayó pesadamente sobre un sofá víctima de un desmayo.

—Nunca habrás de servir para nada, exclamó él.

Despachemos luego porque ya se hace de día le dijo a Catalina.

A su vez Catalina, como ya le había pasado a Ursula, comenzó a flaquear.

El criminal entonces la miró fijamente durante unos segundos.

¿Qué adivinó Catalina en la vista de Dubois? ¿Fue una sentencia de muerte o quedó subyugada por un poder hipnótico? No podríamos decirlo nosotros, pero desde ese momento obedeció como un perro.

Neira quedó completamente desnudo sobre el lecho.

—Acerca el lavatorio y ponlo al lado de la cama, dijo Dubois.

Se aproximaba el momento decisivo.



Ursula Morales.



Le estendió bien los brazos a la víctima y tomando la afilada daga la elevó en alto y la dejó caer con todas sus fuerzas sobre el pecho de Neira.

El desgraciado dió un grito ronco, inarticulado; contrajo el rostro con espresion dolorosa y sacudió desesperadamente los brazos y piernas. Fué esto solamente breves minutos, las contracciones de los músculos se hicieron cada vez ménos sensibles y los ojos, desmesuradamente abiertos, tomaron una espresion vidriosa, el tinte opaco de la muerte.

El asesino, impasible, esperó al lado del lecho que terminase la agonía de la víctima para continuar su obra.

Catalina, desde que vió a Dubois levantar el brazo, dió vuelta la cara para no ver tamaño horror.

La daga se habia enterrado hasta la empuñadura en el corazon y de la herida no brotaba una gota de sangre.

—Aproxima el lavatorio, ordenó a Catalina.

El tomó el cadáver y lo colocó de lado para desangrarlo. Cuando todo estuvo listo, empuñó nuevamente el arma y la revolvió en el corazon para cortar las arterias y no dejar dentro del cuerpo abundancia de sangre.

Un chorro humeante y rojo salió de la herida en tal abundancia que llenó hasta la mitad el tiesto.

Apesar de todas las precauciones tomadas por Dubois para no manchar la cama, sobre ésta se esparció una gran cantidad de sangre.

—¿Qué haremos ahora con el cadáver? preguntó a Catalina, no para tomarle opinion, sino consultándose consigo mismo.

Se sentó sobre el sofá al lado de Ursula que yacia inanimada y meditó un rato.

Se levantó despues bruscamente.

—Al diablo todo, dijo.

Y rápidamente, tratando de acabar luego comenzó a dividir por trozos el cadáver, tal como lo había hecho en otra ocasión con el perrillo. La operación la efectuaba con una destreza increíble, como el más hábil cirujano. Los brazos, la cabeza y las piernas quedaron amontonados sobre la cama.

La luz del día se había hecho ya completamente perceptible.

—Anda al patio y trae un jergón, mandó a su compañera de crimen. Vas a retovar ese pedazo de carne, le dijo, señalando el tronco del cuerpo mientras yo voy a botar a la calle lo demás. Hizo varios paquetes y salió.

Todo estaba tranquilo en el barrio. El guardian dormía en el hueco de una puerta, ajeno a la escena que a pocos pasos de él se había desarrollado.

Dubois tomó uno de los paquetes y lo dejó a su lado para que lo encontrase al despertar y siguió su camino hacia las afueras de la ciudad.

Los miembros humanos los fué depositando en diferentes puntos hasta que, concluida su tarea, regresó a la casa.

El guardian dormía todavía y el paquete había sido movido tal vez por algún carruaje y se hallaba inmediato a la boca de un cauce.

—Es mejor no dejarse llevar por la vanidad que puede perderme prontamente, exclamó el asesino y de un puntapié metió el envoltorio al hoyo.

Cuando entró a la casa, Ursula había vuelto de su desmayo y lloraba amargamente con su niño en brazos.

Dubois se sintió conmovido. ¡Qué quieres, hija, le dijo, dirigiéndose cariñosamente a su amante, es mi destino! ¡Soy un hombre muy fatal! murmuró con tono sentido.

Quiso tomar en brazos a su hijo para acariciarlo, pero Ursula se lo impidió.

—¡Nó! nó! lo mancharías!

—Pero si no tengo sangre en las manos. Mira mis ropas.

—¡Nó! nó! insistió otra vez la mujer, te digo que lo mancharías.

—Lo importante es ahora terminar pronto, exclamó el criminal.

—Catalina, llevemos el colchón al patio para quemarlo.

—Nó, eso lo puedes hacer tú sola, le dijo a Ursula, cambiando de opinión. Es hora de que vuelvas a tu casa para que no te estrañen.

En la puerta de la casa, cuando ya ésta se iba, le dijo:

—No te olvides que si hablas algo te cuesta la vida. Ya sabes el peligro en que estuviste la otra vez en Colombia. Con que así, ya sabes...

—No diré nada, exclamó Catalina.



# CIGARRILLOS

CORONA AFRICANA 679

— Y —

679 CORONA ORIENTAL

Estos cigarrillos son elaborados con tabacos escogidos de superior calidad.

En beneficio de los consumidores la fábrica sortea \$ 6,000.00 anualmente; los boletos están en las mismas cajetillas.

PEDIRLOS EN TODAS PARTES

W. Hahn y Ca.

TACNA.

## EL PISCO

### Daniel Iglesias

ES SIN RIVAL POR SU BUENA CALIDAD

— Y —

PRECIO EQUITATIVO

— \* —

PÍDASE EN TODAS PARTES

Dubois se dirige a Challapata.—Nunca hay que confesar nada.—Aventura amorosa en el vapor Chile.

Dubois volvió a la pieza, tomó las letras de Neira, sus alhajas y algunas libras esterlinas, y le dijo a Ursula:

—Fíjate bien en lo que voy a decirte:

Yo me voy a Chile para no ser descubierto. Primeramente haré un viaje a Challapata, en donde según me dijo Neira debían entregarle una suma de dinero a la presentación de un documento que llevo conmigo.

Después, como te he dicho, seguiré a Chile, dando una vuelta por La Paz, Arequipa y Mollendo.

Irás a reunirte conmigo en Antofagasta. Te dejo esa plata para que hagas el viaje.

Si la justicia toma parte en este suceso y tienes que comparecer ante los tribunales, tú sabrás valerte de manera de no confesar nada. Entiende bien. Nunca hai que confesar nada.

Adios.

—Adios, contestó Ursula con voz apenas perceptible.

Al hacer Dubois retovar los restos humanos de Neira y ponerle la dirección para Challapata, tenía la intención de botarlos en ese pueblo y despistar de ese modo a la justicia. Llegó a la estación y el empleado le entregó el boleto de recibo sin que hubiera inconveniente alguno.

Una vez en Challapata sacó de la oficina del ferrocarril la encomienda, tomó un coche y se fué hacia un punto apartado de la ciudad, donde depositó su fúnebre equipaje. En seguida se presentó a cobrar el documento girado a



favor de Neira. No se le puso inconveniente alguno y Dubois firmó tratando de imitar en lo posible la firma de su víctima. Todo había salido perfectamente.

—Ya no me resta nada mas que hacer, exclamó el asesino.

Ahora preocupémonos de huir de la policia. Lo mas práctico seria irme a Chile por la via de Antofagasta, pero es claro que ese camino será precisamente el que tomarán mis perseguidores. Es mas conveniente escapar por la via de Mollendo.

El mismo dia volvió a Oruro en la noche, estuvo un rato en el hotel y pidió su cuenta diciendo que se marchaba. Al dia siguiente al emprender el viaje leyó la relacion del crimen cometido la víspera.

Los comentarios que se hacian eran variados y cada periódico daba una informacion a cual mas errónea.

—Nunca darán con el verdadero culpable, murmuró, y quedó tranquilo por su seguridad personal.

Una vez en Arequipa, punto de tránsito para tomar el vapor que desde Mollendo habia de conducirlo a Antofagasta, uno de los primeros actos de Dubois fué ir a una sastreria y mandarse hacer ropa en abundancia. El dinero robado a Neira le daba para hacer todos esos gastos y vivir durante algun tiempo holgadamente. La idea de cobrar los veinte mil soles, en letras sobre el Banco Perú y Lóndres, en Lima, la abandonó desde el primer momento, pues su penetracion le decia que ese seria el punto por donde la justicia fácilmente podria atraparlo.

Fué a una imprenta y mandó hacer tarjetas con su nombre e hizo poner al pié el título de ingeniero de minas. Este título, pensó, me puede servir de mucho en el pais a donde me voi.

Hechos estos preparativos compró los diarios de Bolivia para estar al corriente de los acontecimientos ocurridos desde su salida.

Siempre se divagaba respecto al autor del crimen, pero por algunos detalles comprendió que se sospechaba de él. Supo tambien que Catalina y Ursula habian sido aprehendidas y que ámbas habian jurado en falso, diciendo que no lo habian visto ni tenian conocimiento alguno de lo que habia pasado.

—Tengo la seguridad absoluta, dijo, de que ninguna de las dos hablará nada aunque se tengan que secar en la cárcel.

El hecho de estar Ursula presa me impide juntarme con ella en Antofagasta; así es que es mas conveniente seguir viaje directo a Valparaiso.

Varios dias despues de haber llegado a Mollendo pasó por ese puerto el vapor *Chile* y en él se embarcó para Valparaiso.

La navegacion la hizo con felicidad. El vapor traia muy poca carga. En Arica se detuvo medio dia y ahí aprovechó Dubois para visitar el puerto.

En Iquique tambien bajó a tierra y a su regreso a bordo encontró que al buque habia llegado una cantidad inmensa de pasajeros. Subió tambien ahí una niña acompañada de su mamá a quien Dubois cortejó para pasar el tiempo. Mientras él se pasaba en la escotilla de proa observando el movimiento de la carga y la maniobra del winche al echar los bultos a la bodega, ella permanecia sentada en la puerta de su camarote mirando hacia la inmensidad del mar o las casas distantes del puerto que como puntos opacos se delineaban en el horizonte. Pero de repente, como distraida, su vista se dirijia hacia Du-



bois y siempre se encontraba con la de éste fija en ella. Después de dos días de este idilio Dubois se decidió a hablarla en el salón.

Supo que era de Coquimbo y que venía de Iquique de visitar a un hermano empleado en las salitreras. Se llamaba Matilde. Al hablar con Dubois demostraba corteidad y poca naturalidad de ademanes; se notaba en ella la persona poco acostumbrada al roce social. Su madre al saber que la persona que atendía a su hija era un ingeniero de minas le hizo grandes atenciones. Sin duda veía en Dubois un buen partido.

Desde ese día se les vió juntos a toda hora en el vapor. En las noches, después de comida, aprovechando la luz de la luna, se paseaban sobre cubierta. El la hablaba de amor, de lo hermosa que es la vida para dos personas que se aman. Ella le escuchaba y recibía las palabras de Dubois como una extraña música que deleitase sus oídos. Una noche, sin que ellos mismos lo notaran, se quedaron sobre la cubierta del vapor hasta una hora en que todos los demás pasajeros se habían retirado.

El buque se mecía suavemente sobre la superficie del mar. Las olas chocaban débilmente contra sus costados y el agua tomaba una fosforescencia deslumbradora. Algun pececillo saltaba a veces y volvía a aparecer mas allá en constante seguimiento del vapor.

La luna dejaba ver apenas, allá en el confin lejano, la sombra de la costa. Los dos enamorados se sintieron sobrecogidos con el hermoso espectáculo. Dubois miró entonces de frente a Matilde y ella adivinó en la mirada sus intenciones. Sin dejar de mirarla él entonces la tomó una mano.

—Nó; puede haber alguien mirándonos, dijo Matilde.

—No hai nadie, ya todos están acostados.

—Nó, déjeme, insistió nuevamente Matilde. Cuando nos casemos.

Pero él ya no la oía. Anhelosamente la atraía hacia sí y le dió un prolongado beso, que ella recibió tratando débilmente de rechazarlo.

¡Si hubiese sabido que besaba a un criminal!

Cuando se separaron, Matilde quedó algunos momentos mirándolo embelesada.

De pronto dijo:

—¡Por Dios! es ya muy tarde y mi mamá debe estar me esperando. Hasta mañana.

Al día siguiente al volver a encontrarse Matilde con Dubois después de haber hablado algunas palabras acerca de lo ocurrido durante la noche que ella calificaba de una locura, le dijo:

—Anoche hablé a mi mamá respecto a que Ud. me había hablado de casarse conmigo. A ella le parece muy bien y espera que nos vaya a ver a Coquimbo. Esta tarde debemos llegar allá; así es que sería bueno que Ud. mismo le hablase.

Dubois se quedó callado. Parece que estas solas palabras lo habían traído a la realidad de la vida.

¡El, casado con una niña semejante! ¡Y su pasado! ¡Y su actual existencia!

No obstante dijo:

—Antes que Ud. me lo dijese yo ya lo había pensado. Ahora mismo hablaré con su mamá.

En la tarde cuando ya el vapor iba a fondear, el matrimonio de Dubois con Matilde había quedado "palabreado," para cuyo efecto él iría a Coquimbo tan pronto como se



lo permitiesen sus ocupaciones; pero todo quedaria mientras tanto en la mayor reserva.

La despedida se verificó en medio de grandes promesas.

Cuando Dubois, afirmado en la baranda del buque miraba el bote en que Matilde se dirigia a tierra, no pudo ménos que hacerse algunas filosóficas reflexiones. Hé ahí lo que es el mundo, exclamó. Un compuesto de engañadores y engañados en el cual vence, no el que tiene mas talento sino el que se da mas maña. Hé ahí una niña que se va con el corazon lleno de ilusiones y una madre que en el deseo de casar a su hija la entrega al primero que la conoce. Hé aquí, tambien, un individuo que ha hecho toda esta aventura por pasar un rato agradable.

La campana anunciando la comida lo distrajo de estas reflexiones. Al pasar por frente a la oficina del contador se detuvo un momento a conversar con los sobrecargos, los que apuraban el trabajo de oficina con la proximidad de la llegada a Valparaíso.

Comió ménos entretenido que en los días anteriores y salió como de costumbre a pasear a la cubierta. Se sintió aburrido y entró a la sala de fumar en donde habian unas cuantas personas jugando poker. Se sentó y pidió que le diesen cartas.

Poco a poco fueron llegando mas jugadores. La suerte desde el primer momento lo persiguió. En dos o tres ocasiones hizo juego con tres cartas en mano y siempre al adversario le ligaba juego mayor.

Decididamente, dijo, no gano al poker; tentaré tallar una usipada. Al sonar las once de la noche, hora en que se apagan las luces de los vapores, Dubois habia perdido casi todo el dinero que robara a Neira, quedándole solamente lo necesario para sostenerse algun tiempo en Val-

paraíso. De ese modo, en el espacio de pocos días perdió todo el fruto de su crimen.

Se acostó y no pudo conciliar el sueño, devorado por la fiebre. A la mañana siguiente el sonido de la campana de la máquina, que anunciaba la llegada a Valparaíso, lo despertó.

Se vistió apresuradamente y subió a cubierta. Allí estaban ya casi todos los pasajeros, ansiosos de que llegase el momento de desembarcar.





Valparaíso visto de a bordo.—Dubois y el propietario  
del Gran Hotel

La ciudad se divisaba a lo lejos cubierta por una ligera bruma. Hasta el buque llegaban el sonido del pitazo de las locomotoras y todos aquellos ruidos inesplicables que forman la babilonia de una gran poblacion. Tan pronto fondeó el vapor fué recibido por la Capitania. En seguida desde a bordo se hizo una señal a los fleteros que apostados en el muelle esperaban listos la orden para lanzarse a traer los pasajeros.

Visto desde un vapor este espectáculo es sumamente entretenido. Cada bote apresura su carrera para llegar mas pronto y abordarlo en busca de buenos parroquianos que llevar a tierra. Cuando llegan allí se forma una algarabía indescriptible, formada por los insultos de los fleteros, los saludos de las personas que van a recibir a sus familias, etc.

Un corredor del Grand Hotel se le acercó a Dubois y le presentó su tarjeta para que se hospedase en ese establecimiento. Dubois, que ya tenia conocimiento de la clase de hotel que era ese, aceptó y entregó su equipaje al empleado.

Desde que llegó al muelle Prat fué observando una serie de detalles que pasan desapercibidos para los que viven en Valparaíso, pero que llaman inmediatamente la atencion a los que los observan por primera vez.

Por ejemplo, un detalle que encontró muy curioso fué que la estatua de Arturo Prat estuviese mirando hacia



tierra, en vez de haber sido colocada de frente al mar, que fué su elemento y en medio del cual encontró la muerte. Este hecho le causó risa.

En el Grand Hotel salió a recibirlo el propietario M. Stael, quien, con finos ademanes solicitó de Dubois su tarjeta. Al saber que era un ingeniero de minas redobló sus atenciones.

—¿Qué habitación quiere que le proporcione? le preguntó, tenemos de todos precios, desde los alojamientos para príncipes hasta los precios mas reducidos. En mi casa se aloja nada mas que la jente mui distinguida. Ayer no mas estuvieron aquí el Ministro de Portugal, el de Rusia. La señora del almirante Escobar tiene todos estos departamentos.

—Necesito una pieza de precio reducido dijo Dubois para concluir con la charla de M. Stael.

—Mui bien, le voi a dar un departamento en el segundo piso; es una pieza excelente.

A ver, niño, dijo, dirijiéndose a uno de los mozos que se hallaba a poca distancia, lleva al caballero al número 69.

—Por aquí, señor, tenga la bondad, continuó, encaminándolo.

La figura de Dubois, aunque no de grandes proporciones, se destacaba gigantesca ante la de M. Stael que apenas mediría metro y medio de altura.

En ese momento descendía de la escalera un caballero extranjero, de figura distinguida, acompañado de una niña rubia de ojos melancólicos.

—Cómo está señor de Porcel, continuó el propietario abandonando a Dubois. ¿Se siente bien? Se le ofrece algo?

—Y Ud. lindura, agregó, dirijiéndose a la niña, está ya mejor?

El caballero dió las gracias cortesmente y siguió su camino.

—Arturo, gritó M. Stael, dándose palmaditas en las manos, ven acá, niño. ¿Has atendido ya al caballero? El interpelado, un muchacho rosado y crespo contestó que todo estaba ya hecho.

Dubois dejó arreglado su equipaje, se cambió de ropa y salió a la calle.

No tenía ninguna idea clara de lo que pensaba hacer en Valparaíso. Contaba talvez con los recursos que siempre le habían dado buenos resultados hasta entónces. Lo mas decisivo para él era que el dinero se le concluiría pronto, obligado como estaba a pagar sus cuentas de hotel y a sostenerse en el rango a que lo obligaba el nivel en que se había colocado.

Recorrió las calles mas centrales de la ciudad. Estuvo largo rato en la calle de Condell viendo pasar la jente que a esa hora de la mañana circulaba en abundancia. Le admiró especialmente la hermosura de las mujeres.

—Las chilenas, dijo, son sin disputa las mujeres mas hermosas que he visto en América. Aquí debia haber hecho el Sultan su serrallo. ¿Quién fuera Sultan!

A la hora de almuerzo regresó al hotel. Allí recibió nuevamente las atenciones de M. Stael, pero sin hacer gran caso de ellas pasó al comedor, en donde se encontraban casi todos los pasajeros reunidos. Allí vió a varios compañeros de viaje, a quienes saludó cortesmente. Entre ellos habia un jóven peruano, quien lo invitó a su mesa. De ese modo ámbos llegaron a intimar durante la conversacion. El jóven habia estado muchas veces en Valparaíso y conocia a un considerable número de personas de la sociedad. Frequentaba los clubs y si no hubiera sido por el tinte



colorado de su nariz, que denotaba su afición al libertinaje habría sido admitido entre las familias que componen la aristocracia porteña. El mismo se ofreció para presentarle a algunas relaciones y hacerle socio de alguno de los clubs.

—¿No conoce Ud. algunas personas que se dediquen a negocios de minas? espresó Dubois.

—En Valparaíso hai mucha jente que se ocupa de esos negocios y creo que para Ud. será aquí un buen campo de accion.

En la tarde cuando Dubois, despues de haber vagado por la ciudad, regresó a su alojamiento, se encontró con la tarjeta de presentacion ofrecida por el jóven peruano para uno de los clubs.

Si no hai otro recurso, pensó, habrá que tentar el juego para obtener dinero. Esta noche iremos a probar suerte.

Se afeitó y arregló su persona cuidadosamente y llegada la hora de la comida bajó al comedor. Cuando terminó, en compañía de su amigo se dirijió al club de la Revolucion.



El Club de la Revolucion.—Dubois juega y pierde.—  
Entretenimientos de "Curcunchos".

Hoi dia el Club de la Revolucion ya no existe. No sabríamos decir si la mano de la policia o el terremoto concluyó con él. Se hallaba situado en una de las calles mas centrales de la ciudad y a sus salones concurría un elemento heterojéneo, compuesto de todas las clases de la sociedad.

Una persona de Valparaíso que no tuviese costumbre de ir allí, al entrar por primera vez y ver tanta persona, no podría menos de preguntarse. ¿Cómo puede haber en una ciudad como ésta, tanta jente que resida aquí mismo y que no se vea en otras partes! Abogados, médicos, comerciantes, diputados, municipales, marinós, tunantes, jugadores de profesion, matones, etc., todas las jerarquias de la sociedad y toda una diversidad de tipos inmorales se podían ver allí representados.

Dubois, que era un extranjero, no pudo observar nada de ésto, pero le llamó la atencion que un jóven medio borracho insultase a todo el Directorio del club en masa, diciendole que eran unos bribones y pobres diablos, sin que nadie lo llamase al órden. Parecia que ese hecho por su frecuencia no llamaba la atencion de los demas.

Algunos amigos, al ver al peruano, acudieron a saludarlo.

Uno de éstos, hablándole en tono confidencial, le dió detalles de algunas amigas fatimas. Una de ellas estaba en Santiago, la otra vivía en la calle Tal, las demas sin novedad.



—No te vayas luego para que vamos a visitar a las Estrellas que han preguntado mucho por tí.

—Convenido.

—Entonces, hasta luego.

Para hacer hora estuvieron un momento en la cantina.

Dubois oyó ahí varias veces pronunciar la palabra "curecuncho."

Le llamó la atención la frecuencia con que se usaba esta expresión y preguntó su significado.

—En Chile hai ciertas expresiones peculiares para designar algunos individuos, le dijo su amigo. Curecunchos son las personas que de ordinario permanecen inclinadas sobre el tapete.

Ya podrá Ud. observar que la expresión es gráfica cuando entremos a la sala de juego. Creo que ya hai número, agregó. ¿Vamos allá?

—Como Ud. quiera.

Mucho antes de entrar a la sala de juego se sentía el tintineo de las fichas y algunas expresiones de los jugadores: no va mas, chica, grande, muestre sus cartas.

Una sala estrecha para contener a tanta jente como habia allí reunida apareció ante los ojos de Dubois.

Habia solamente dos mesas de juego, a cuyo rededor estaban los "curecunchos" haciendo el juego. De pie, observando a hurtadillas, habia también gran número de personas. Estos eran los que se les habia concluido ya el dinero y soportaban el suplicio de Tántalo, o los que esperaban que alguno reventase y entregara el asiento.

Algo retirado en una silla habia un viejo, dormido aparentemente, pero cualquiera que lo hubiese observado habria visto que seguía ansiosamente las peripecias del juego. Hombres venerables, jóvenes imberbes, fisonomias

distinguidas y rostros dejennerados por la crápula, todos se hallaban ahí congregados bajo la seducción del vicio.

El silencio era el que dominaba siempre. A ratos uno de los comensales dándoselas de gracioso salía con un chiste o una frase que pretendía hacerla ingeniosa.

—¿Cuánto ganaste tú anoche, Chácara? preguntaba uno.

—Yo, salí perdiendo quinientos pesos, contestaba el interpelado.

—Este Chácara es muy diablo; siempre dice que pierde y mientras tanto ya ha comprado casa...

De la otra mesa, un sujeto alto, recio, tipo de maton, daba de cuando en cuando gritos feroces imitando el mahullido de los gatos, el rebuznar de los burros. Hacia la imitación tan perfecta que cualquiera lo hubiese confundido...

El que tallaba, al ver que las cartas llegaban a poder de un caballero de lengua barba, dijo:

—Estoy embromado. Cáñamo, agregó, nombrando al caballero por su nombre, le dió cinco pesos por que no me tome las cartas.

—Délas no mas, contestó éste.

El banquero dió cartas y Mr. Cáñamo pasó doce veces seguidas.

Su banca quiebró.

—Don Simon, dijo el tallador, deme otra caja.

—No puedo, señor. Ya le he dado cinco cajas.

—Y eso qué importa?

—Es que no puedo, señor.

—Perro sinvergüenza, vociferó el banquero, para recibir plata si que estás dispuesto, y tiró el naípe al plato.

—Naipes, don Simon, dijo una voz.



Sigue el poker.

Dubois ocupó el asiento dejado por el perdidoso.

Este se acercó donde don Simon y le dijo, en tono de súplica:

— Dame otra caja mas, mañana la pago sin falta.

— Ya lo sé señor, si pudiese con el mayor gusto. Ud. es tan buen caballero. Siempre me da a ganar, pero no puedo; no tengo plata en caja. Don José se fué debiéndome seiscientos pesos, don Pedro quinientos, don Antonio trescientos... Ya no tengo plata para responder a las fichas.

— Pero otra caja mas.

— La última que le doi.

— Sí, la última, dijo con ansiedad el jugador y volvió con los cincuenta pesos al tapete.

El poker continuaba.

Dubois entró al juego.

— Abro, dijo.

— Voi, dijeron otros tres jugadores, entre ellos Mr. Camaño.

— ¿Cuántas cartas? insinó el que las daba.

— Deme dos, dijo Dubois.

— Tres, agregó el otro.

— A mí deme una solamente, concluyó Mr. Camaño.

— Cinco pesos, mandó Dubois.

— Voi, dijo el otro.

— Visto, terminó el tercero. Dubois mostró su juego: tres cartas.

— No sirve: color.

— Yo, tres señoritas, dijo Mr. Camaño reteniendo las dos cartas restantes y haciendo una pausa, agregó... y dos ases.

— No haga música, Mr. Camaño, dijeron todos los jugadores en coro.

Dubois lanzó al ganador una mirada de odio y recibió las cartas del juego siguiente.

En ese momento apareció en la puerta un nuevo visitante. Al verlo todos exclamaron:

— Ahí viene el Choche a arrear con la plata.

— ¿De dónde vienes Choche?

— Tallemos en compañía, espuso otro.

— Yo no tallo con nadie, dijo el nombrado Choche.

— Oiga socio, dijo dirigiéndose a un joven distinguido que sin hablar con nadie hacia su juego, déjeme el asiento un momentito.

— Tallamos a medias.

— Perfectamente. Pase veinticinco pesos.

— Ahí están.

El joven se paró y fué a saludar a otro joven que, retirado en un extremo, miraba sin conversar con nadie.

— ¿Cómo te va? le dijo al visitante, ¿cómo es que te has venido a meter aquí?

— ¿Y tú, cómo es que también estás aquí?

— Te diré la verdad. Yo llego aquí porque nadie sabe que vengo.

No intimo con nadie y a todas estas personas no las vuelvo a encontrar en la sociedad donde podrian propalar la noticia de que juego.

— Socio, exclamó en ese momento el tallador. Se perdió la sociedad. ¿Hacemos otra nueva?

— Convenido.

Las cartas circularon nuevamente sobre el tapete.

Dubois, que al principio jugaba con calma, poco a poco fué entrando en calor y hacia posturas demasiado gruesas.



La banca se mostraba implacable. Se tendía todas las veces. A los pocos momentos ya no había apuntes.

El Choche, a quien todos habían saludado a su entrada, viendo que las paradas disminuían, dijo entónces:

—¡Otro talla! que fué a repercutir como una puñalada en el corazón de todos los curunchos, al ver que se iba con la plata. Varios de ellos se pararon y entraron a acción otros que estaban a la espera del asiento.

—Sigue el poker, gritó otra vez una voz y el juego siguió su curso con otros actores.

Dubois, que ya no tenía dinero, se paró y se fué de sala.

Al salir oyó que decía una persona:

—No se me ponga detras, compañero, que me «cachucha».

Despedida de M. Stael—Un sablazo bien dado—La princesa de Cuchiman.

Serían las dos de la mañana cuando llegó al hotel.

Se desnudó y se puso a meditar sobre lo que haría para pagar su cuenta y sostenerse mientras encontraba en qué trabajar.

Lo mejor que puedo hacer, dijo por fin, es decirle al dueño del hotel que voy a Santiago por unos días y que dejo mi equipaje. A mi regreso, si he encontrado plata, pagaré. Y si no, allá veremos.

Para el pasaje le pediré dinero al peruano, que creo no me lo negará.

Nunca falta una letra por cobrar, un jiro que se atrasa, para engañar a un prójimo.

Le diré que espero una comunicacion de Oruro que debía haberme llegado ya y diciéndole esto no miento, pues la noticia de que he sido descubierto puede llegarme de un momento a otro.

Al día siguiente se levantó tarde y fué a ver a M. Stael para decirle que iba a Santiago en el espreso.

M. Stael, siempre obsequioso, lo convidó a su pieza y le mostró su gabinete lujosamente decorado.

Era ésta una pieza amueblada con muebles color celeste, que mas bien parecia el dormitorio de una dama que el de un dueño de hotel. La cama ancha para dos personas, estaba cubierta con una colcha de seda, tambien celeste, de gran valor. Del techo pendia una especie de mosquero, que su dueño lo utilizaba para resguardarse de los zancudos. En la sala se veían multitud de cuadritos, meda-



llones, bibelots y chucherías que hacían esclamar al que observaba todo esto: ¿Qué buena sería esta habitación para novios! Un olor de esencias envolvía el ambiente, produciendo una especie de vértigo.

—¿Qué lujosa y elegante es su habitación, dijo Dubois, que había tomado por sistema alabar todo lo que perteneciese a M. Stael para mantenerlo grato.

—En París, dijo éste, tuve yo algo superior.—Esto no es nada, continuó. ¿Has oído hablar alguna vez de la princesa Cuchiman? agregó, tuteando a su interlocutor, cediendo a una costumbre arraigada en él.

—Ah! sí, dijo Dubois, en París era admirada de todos.

—Pues mira, niño, dijo M. Stael, guiñando el ojo. Ella fué la que me dió la idea de hacer una pieza así. Es enteramente igual a la que ella poseía; yo fui muy amigo de ella.

Recuerdo que una vez yendo a pasear por los Champs Elisees, encontré a ella. Yo me quise hacer el desentendido, naturalmente. Entonces detuvo su carruaje en medio de todo el paseo y me gritó:

—Stael, ven a mí. Sube a mi coche.

Yo me quise resistir, naturalmente, pero me fué imposible.

—Oh! la princesa Cuchiman! continuó—Ella era una gran mujer.

—¿Y por qué está usted en Chile? expresó Dubois.

—Ya verás tú, hijo. Aquí paso la vida. Aquí no hay aristocracia, pero son todos gente buena. A mi hotel viene todo lo mejor. Ayer se fué el jeneral X, el diputado M...

Desearo concluir pronto Dubois pretestó un quehacer y fué a ver al peruano para pegarle un «sablazo». En este arte Dubois era un maestro. En Ecuador y Perú, donde había escaseado de recursos, había vivido durante largas

temporadas, pidiendo a cuanta persona acomodada creía fácil de sacarle cinco o diez pesos. Este sistema pensaba ya utilizarlo en Chile.

Fué donde su amigo y le dijo que debía llegarle una letra de Bolivia, pero que se le había atrasado. Anoche he perdido todo mi dinero, agregó, ¿tendría usted cien pesos que prestarme para ir a Santiago a ver al ministro de Francia a quien estoy recomendado?

—Con el mayor gusto, contestó su amigo. Aquí tiene usted los cien pesos y si tiene necesidad de mas, pídamelos.

—Bueno, gracias, deme entonces doscientos.

—Aquí están.

Como se ve, Dubois sabía hacer las cosas.

Arregló una maleta y en la tarde, sin que el dueño del hotel le dijese nada de la cuenta, se fué a Santiago.



de Valparaiso a Santiago—Primeras impresiones de Dubois sobre la capital—Los jóvenes del "Portal"—Dubois conoce a don Ernesto Lafontaine.

Cómodamente arrellenado en un asiento de primera clase, Dubois dejaba vagar la vista hacia el hermoso panorama que en toda la estension de Valparaiso a Santiago se presenta al viajero.

Era a principios del mes de Febrero y los campos se mostraban en toda su pujante vejetacion.

A la luz mortecina de la tarde se delineaban, en medio de la llanura verde, los altos álamos, el ganado que pastaba en los alfalfaes y a grandes trechos las casas de una hacienda medio perdidas entre el bosque. Su mirada se detenía por momentos a mirar algun arroyo que, como cinta de plata, dividia un potrero o la pendiente de un cerro.

Por todas partes Dubois notaba la vida, una naturaleza exhuberante y privilegiada. Muy léjos, cruzando un camino polvoroso, un huaso se dirigia al galope de su cabalgadura a su rancho, donde talvez lo esperaba la esposa con la comida preparada.

—Este pais es bastante bello, exclamó Dubois.

En cada estacion que se detenía el tren salía a los andenes y observaba los tipos del pueblo. Lo que mas le llamaba la atencion era el modo de pronunciar las palabras, tan diferente al de otros paises que habia visitado.

Llegó a Santiago a las once de la noche y fué a alojarse a un hotel vecino a la estacion central. Durmió tranquila-



mento y al siguiente día de mañana fué a pié por la Alameda de las Delicias hácia el centro.

No tenía idea fija de lo que iba a hacer en Santiago. Llevaba solamente la idea clara de que tenía que obtener dinero por cualquier medio.

Recorrió la Alameda en toda su estension hasta la calle Ahumada y ahí, siguiendo el trayecto donde notaba mayor afluencia de jente, torció para la plaza de Armas. Es la mejor ciudad que he visitado en América, pensaba Dubois. Aquí hai movimiento y cultura, parece ser la raza chilena mas adelantada que cualquiera otra de los países sudamericanos que he recorrido.

Al llegar por la misma calle a la de Huérfanos se quedó un momento parado viendo pasar a la jente que a esa hora, las diez de la mañana, paseaba por el «Centro». Cualquiera diria pensó que en esta ciudad nadie trabaja.

Detenidos en la esquina o afirmados contra los escaparates de las tiendas habia centenares de jóvenes almidonados y de punto en blanco, mirando a la concurrencia femenina que desfilaba. Todos éstos deben ser hijos de millonarios, pensó, cuando en horas en que todo el mundo se halla entregado a ganarse la vida ellos no hacen nada. ¡Qué buen país! observó. Yo creo que aquí podré estar a mis anchas. Dubois adivinaba que en Chile, la juventud, hablamos de cierta juventud de Santiago, tiene por norma no hacer nada, como no sea pasear y ocuparse de andar bien vestido. Tener veinte centavos en el bolsillo es cosa secundaria. Si entran por bien, bien venidos sean, pero esos veinte centavos jeneralmente entran por conductos vedados. Hai escepciones de la regla, como en todo y en apoyo de esta última idea se podría citar un núcleo distinguido de jóvenes que son los que precisamente empujan el país.

Un santiaguino sabe muy bien que esa clase de jóvenes nunca aparece por los «Portales», como no sea de paso y jamas se detiene a mirar a los transeúntes.

Un alcalde que hubo en Santiago, perteneciente a esa juventud laboriosa que honra al país, quiso impedir que los lechuguinos se estacionaran en grupos en las calles del centro; pero no pudo impedirlo como no lo podrá nadie, pues es esa una costumbre ya muy arraigada entre cierta jente.

Dubois que como ellos no tenía qué hacer, permaneció un buen rato observando el ir y venir de la multitud. Despues siguió por la calle de Huérfanos hácia el cerro y al llegar a la calle del Estado hizo una nueva paradilla.

Entró a una oficina preguntó a un caballero dónde habria una agencia de telégrafos. Su intencion era saber si acaso Ursula se hallaba ya en libertad en Oruro para que se viniese a reunir con él en Valparaíso.

Puso el telegrama y lo firmó con su antiguo nombre de Luis Brihier para no ser sorprendido.

El caballero a quien se habia dirigido, al notar en Dubois un ligero acento frances, le contestó en ese idioma atentamente. Dubois volvió, despues de haber puesto el telegrama, a su oficina y le dijo que era extranjero, que tenía la profesion de ingeniero de minas y que si acaso lo podia favorecer en algo por que se hallaba recién llegado y no disponia de dinero. El caballero sacó de su cartera un billete de veinte pesos y se lo entregó. Le dijo ademias que volviese dentro de algunos días a su oficina para ver si acaso habia encontrado en qué ocuparlo.

Conversaron un momento sobre minerales en los que parecia tener conocimiento y Dubois esmeraba darse a conocer como persona profundamente entendida.



Como llegasen algunos caballeros y fuese ya hora de almuerzo se retiró prometiendo volver en pocos días más.

—He llegado hace un momento y la cosa no va mal, se dijo Dubois.

Me resolveré a quedarme algún tiempo en Santiago a ver si emprendo alguna labor que me dé resultado.

Fué al hotel, almorzó y después preguntó al mozo si conocía alguna pensión barata donde alojarse. El mozo le dio la dirección de una que había en la calle de San Diego, donde podría ser atendido por bajo precio. El mismo mozo se encargó de recomendarlo y llevarle su maleta.

En la tarde, Dubois se encontró instalado en su nuevo alojamiento.

Era ésta una casa de pensión semejante a muchas que hai en Santiago. En los altos y en otras piezas situadas en el piso bajo había numerosos pensionistas, italianos en su mayor parte. A un lado del edificio se hallaba la cantina y el comedor para todo cliente de fuera que quisiese venir a comer. Había también piezas disponibles para todas las personas que llegasen a pasar la noche.

Dubois, desde el primer día, adoptó el método de no mezclarse con nadie. Tomó un continente reservado y cuando por casualidad alguno de los habituales comensales le dirigía la palabra contestaba cortésmente, pero sin prolongar la conversacion.

A los ojos del dueño del establecimiento y de toda la demás jente apareció como un extranjero de costumbres morigeradas, que se recojía temprano y jamás abusaba del licor. Este temperamento lo observó durante todo el tiempo que permaneció en Santiago.

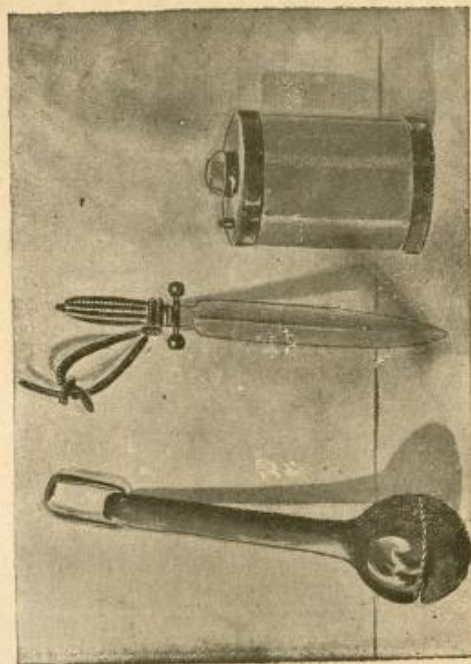
A los pocos días de haberse instalado volvió nueva mente a ver al caballero de la calle de Huérfanos, para pre gun-

tarle si le había encontrado ocupacion. El caballero le dijo que todavía nada le podía proporcionar, pero que no desmayase, pues él se preocupaba de emplearlo en algo.

—Es usted muy bondadoso, repuso Dubois.

Como la primera vez, ámbos se entretuvieron largo rato conversando. Dubois supo que su protectora era don Ernesto Lafontaine.





El loque, la daga y la linterna de Dubois.



Situacion apurada.—Llegada de Ursula.—La fortuna se hace peso sobre peso.

Despues de estas primeras visitas, Dubois intimó cada vez mas con el señor Lafontaine y pasaba tardes enteras en su compañía.

Miéntas tanto su situacion se hacia cada vez mas difícil. En la pension debia mas de un mes y el dueño le amenazaba con despedirlo si acaso no pagaba puntualmente.

En esos mismos dias recibió una carta de Ursula comunicándole que se hallaba en Valparaiso, recién llegada de Bolivia, y que esperaba sus órdenes para ir a reunirsele. Dubois, a pesar de su situacion apurada, le contestó diciéndole que se fuese a Santiago.

¡Qué hacer sin dinero y sin tener por el momento de dónde obtenerlo!

Recurrió entónces a su antigua estratajema de hacer listas de personas a quienes pedirles auxilios. Averiguó con algunos sujetos de la pension qué caballeros eran conocidos por su jenerosidad o por su vida desordenada, que son a veces los que mas dan.

Durante muchos dias recorrió diversas oficinas y casas de Santiago pidiendo dinero con diversos pretextos. Entre los miembros de la colonia francesa encontró varios que le dieron cinco o diez pesos, pero de mal modo. Dubois comprendió que no le darian por segunda vez. En cuanto a los chilenos fué menos afortunado, pues no encontró uno solo que le obsequiase algo. Dubois tropezó con el



inconveniente de que el recurso que tentaba era demasiado explotado en Santiago no solamente por los individuos verdaderamente necesitados, sino por "sablistas" de profesion.

Al día siguiente de haberle escrito llegó Ursula, la que traía algun poco de dinero que ella misma había podido proporcionarse con su trabajo.

Le contó todas las peripecias porque había tenido que pasar en Oruro cuando se sospechó de que tuviese alguna complicidad en el crimen Neira. Era una historia larga de detallar. Ella y Catalina permanecieron encarceladas largo tiempo, pero la justicia no les pudo arrancar ninguna confesion.

Por fin, despues de privaciones y de incertidumbres por el temor de ser condenadas, fueron puestas en libertad. Catalina se fué a Colombia y ella se vino a Chile.

Como Ursula era entendida en trabajos de joyeria, Dubois consiguió por intermedio de un compatriota que entrase a trabajar a un gran almacén situado en la calle Ahumada. Con el fruto de su trabajo vivían ámbos y el niño que se criaba gordo y sano, despues de haber tenido que estar asilado en una casa de huérfanos en Oruro mientras su madre permaneció presa.

Todas las mañanas Dubois salía a andar por el centro a ver si se le ocurría alguna idea para obtener plata.

Su ánimo se agriaba al ver la opulencia y la riqueza deslumbrante de los privilegiados de la fortuna.

En las tardes, al divisar los lujosos carruajes que acudían al Parque o a la Alameda, se preguntaba por qué medios hubrían llegado sus propietarios a proporcionarse toda esa clase de refinamientos. ¿Siempre habría sido con el trabajo honrado? Algunos de esos rostros surcados

de arrugas, a quienes la blancura de las canas hacía dos veces venerables, no tendrían en su pasado, como él, algunos horribles delitos que atormentaran sus conciencias? ¿Su opulencia no sería adquirida a costa de la desgracia de muchas familias?

La fortuna, agregaba, dicen algunos que se obtiene peso sobre peso. El primer centenar es el que cuesta, despues la riqueza aumenta como la bola de nieve, porque el individuo, al efectuar los primeros ahorros, adquiere el hábito de la economía. ¿Pero esos individuos no estarán constituidos especialmente por la naturaleza para poder llegar a obtener ese resultado?

¿Cada cual en la vida no nacerá con ciertas predisposiciones naturales y todo cuanto haga por apartarse de ellas será inútil?

Yo he nacido con lo que unos llaman malos instintos; he cometido varios crímenes. ¿Si acaso hubiese tratado de sobreponerme lo habría conseguido! ¿No habría sido superior mi instinto a mi voluntad!

El caso es que lo inevitable no tiene ya remedio, concluí por decir, y ahora como en casi todos los instantes de mi vida se me presenta el problema del dinero. ¿De dónde lo obtendré?

Una tarde, despues de haber cavilado estensamente sobre este punto fué a visitar al señor Lafontaine. Al despedirse de él vió que este caballero sacaba de uno de los cajones de su escritorio gruesas cantidades de dinero por pagos hechos durante el día y los depositaba en la caja de fondo. Su vista miró con avidez los fajos de billetes. ¿Si yo tuviese siquiera unos cuantos de ellos! pensó.

Al despedirse y estirarle la mano a su protector se turbó y no supo contestar a tiempo una pregunta que le



hacia. Una idea habia cruzado por su cerebro, la misma idea que en otras épocas se habia adueñado de su ser, la misma que habia llevado a Neira a la tumba. ¿Seria esto posible efectuarlo con el señor Lafontaine? ¡Y por qué no! ¿No habia salido con bien en todas las otras empresas en que se habia mezclado? Una vez en la pendiente del crimen una victima mas o ménos qué importaba! Cruzó la Alameda en direccion a la calle de San Diego y volvió a preguntarse nuevamente. ¿Seria eso posible! Un coche que cruzaba en esos momentos a gran velocidad por nada le atropella. ¡Eh! ¿que estás borracho? le gritó el cochero. Dubois no contestó y siguió su camino.

Ursula, al verlo entrar, le preguntó por qué causa venia tan contento. —¿Has comenzado a trabajar?

—¡Nó! no tengo ninguna novedad. Solamente que espero dentro de algunos dias realizar un buen negocio, contestó.

Era que ya tenia un plan en su cabeza y la idea de asesinar al señor Lafontaine y robarle el dinero de la caja, le habia trastornado el cerebro.

—Hoi es Juéves, murmuró, ¡qué dia será mas a propósito!...

Ursula, dijo despues, tengo mucha hambre ¿quieres que vayamos a comer?

¡Estás mui buena moza! mujer, añadió, cortejando a su amante con rostro placentero. ¿Y el chico? ¿Dónde está el chico?

—Lo acosté hace rato, contestó Ursula, porque estaba con sueño.

La cara de Ursula en vez de participar de la alegria de Dubois se habia puesto ceñida y con espresion dolorosa.

En la mesa habia los habituales parroquianos.

Dubois los saludó a todos mas atentamente que de costumbre.

Comió con apetito y se quedó despues de sobremesa un buen rato fumando un cigarrillo. El dueño del establecimiento vino un momento a hacerle compañía. Ambos hablaron amistosamente, pero en las atenciones del primero parecia que siempre iban envueltas las palabras: —¡No se olvide Ud. de la cuenta!





\* \* \*

¡Fuera las leyes sociales! exclamó.—¡Qué cosa es la  
estirpación de una vida, si ella justifica grandes  
consecuencias!

—No tengo un centavo, meditaba Daboís mientras se-  
guía con la vista el humo del cigarrillo que formaba como  
una nubecilla blanca a su redor. Se encontraba en uno  
de esos momentos a que frecuentemente se hallan predis-  
puestas las personas después de una buena comida o  
cuando se adueña de nosotros una idea que viene a solu-  
cionar una situación que nos mantenía preocupados largo  
tiempo.

—¿Por qué no he de hacerlo? En casos iguales y talvez  
mas difíciles me he encontrado en otras ocasiones! ¡Pero,  
ese caballero ha sido tan bueno para conmigo! ¡Le tengo  
estimación! Hai en él algo que predispone a su favor....  
¡Tonterías! El mundo pertenece a unos pocos, a los mas  
fuertes. Analicemos el caso, dijo.

De una parte un caballero ya anciano. Un buen caba-  
llero es cierto, en el sentido que el mundo da a este califi-  
cativo. Un ser que beneficia con sus bondades al estrecho  
círculo de su familia y de sus relaciones. Se encuentra ya  
en el ocaso de su vida y es seguro predecirle pocos años  
mas de existencia. Mañana morirá de muerte natural y su  
fortuna pasará a manos de unos cuantos a quienes talvez  
en nada mejorará, pues serán jentes acomodadas.

Del otro lado, es decir de mi parte, fuerzas juveniles,  
la vida en todo su apojeó, un sujeto con ansias de dominio,  
de ser un hombre con todas las facultades activas de que



le ha prodigado la naturaleza y que por falta de medios se debilita y se pierde.

Y el caso que se me presenta a mí se presenta en el mundo a millares y en todas partes. Hombres admirablemente dotados que se consumen a causa de la camisa de fuerza con que los ha echado al mundo el acaso. Si alguno de ellos quiere romper las vallas en que los contienen las leyes, la justicia los toma y los castiga como a hombres perniciosos. ¿Qué culpa tiene un hombre de nacer superior a los demás?

¡Fuera las leyes sociales! exclamó, exaltándose con sus propias palabras. En la vida no deben existir mas que dos elementos: el poder destructor, al cual pertenezcan los hombres de espíritu superior, digamos mas bien el superhombre; y el poder que conserva lo establecido, en el cual figurarán siempre las medianías, la gran vulgaridad de que está compuesto el mundo. ¿Newton, Copérnico y Galileo qué otra cosa fueron sino grandes poderes destructores que con su ciencia destruyeron las creencias de muchos siglos? ¿Qué cosa es la estirpación de una vida, si ella justifica grandes consecuencias?

Si yo cometo otro crimen y robo el dinero que se encuentra detenido por falta de movimiento me beneficia a mí en primer término y en seguida. ¿Es posible determinar la serie de consecuencias que pueda tener la acción de un solo individuo?

¡Cuántos trabajadores podrán mejorar a causa de ese dinero que llega a sus manos y que se pone en movimiento!

Cien mil personas pueden adquirir el dinero que yo robo a costa de una vida, otra situación mas holgada. Formarán una familia, educarán a sus hijos, establecerán

una nueva industria, en fin, crearán algo nuevo que impulse a la humanidad, un grano de arena talvez en su marcha, pero al fin es un impulso.

¡Cuántas familias pueden ser arrancadas del hospital, de la corrupcion, del vicio, de la miseria, con un poco de dinero que se halla acaparado en una sola mano y que salga a rodar!

Cada vez mas exaltado Dubois continuó:

En lo alto de una montaña hai un lago de agua pura y cristalina. Nadie puede llegar hasta él y aplacar la sed.

Todo cuanto le rodea vive lánguido, agostado por los rayos del sol.

Un día se abre una brecha y el agua se desborda abundante y corre por la llanura. En vez de los campos yermos que ántes se veía aparece la vegetación y hermosos valles. Centenares de personas que permanecían en la miseria se hacen ricas y entran a una nueva vida. He ahí lo que es una fortuna en poder de una sola persona. Es el agua que cae en terreno arenoso y se concentra en sí misma.

El crimen, si es que crimen hai para personas que piensen como yo, ¿no será compensado por miles de buenas acciones?

A cambio de una sola vida, millares de existencias arrancadas al infortunio. A cambio de la supresión de una sola persona, cien personas vueltas a la vida... ¿Qué pesa la existencia de un anciano, por bueno que sea, en la balanza social?

Sobrepongámonos a las leyes sociales, a la garra de la justicia, concluyó Dubois levantándose.

Si alguna vez me toca el turno bien merecido lo tendré.

Dentro de algunos días habré cambiado de situación. Por otra parte, esto se hacia inevitable.



¡La persona que dijo que el hombre era hijo de las circunstancias espresó una gran verdad! Si yo he asesinado ántes, ha sido obligado por el medio en que me hallaba.

Cualquiera persona que hubiera oído estas reflexiones de Dubois habria notado en él ideas superiores a las de un criminal vulgar.

Ese hombre, habria dicho, bien encaminado habria podido ser una personalidad. Como hemos visto, su cerebro se entregaba a consideraciones fuera del modo de pensar de la jeneralidad. Pero en la práctica resultaba un asesino comun. El dinero que él obtenia por medio del crimen no beneficiaba a nadie, pues no lo utilizaba en ninguna obra de provecho.

En esto los criminales se asemejan a los hombres de bien. Todos tienen buenas ideas y proyectos inmejorables, pero tambien casi todos fallan en la práctica.

Bebió una copa de cerveza en la cantina y salió a la calle. El aire puro de la noche refrescó su cerebro y dejó de permanecer en la especie de fiebre en que lo hemos encontrado.



Preparativos del crimen Lafontaine.—La fabricacion del laque.—¡Habrá que esperar otro día!

Dubois llegó a la Plaza de Armas y allí se sentó un momento deleitándose en la contemplacion de los surtidores de agua del interior del paseo. La calma y una absoluta confianza en el porvenir se habian apoderado de él. Con el sombrero echado atras y las piernas estendidas hacia adelante fumó un cigarrillo y despues volvió lentamente a la pension de la calle de San Diego.

Se acostó y durmió profundamente hasta las nueve de la mañana.

Su primera ocupacion al comenzar el día fué ir a comprar plomo para derretirlo y un pedazo de cuero. Tenia la intencion de fabricar una arma que en otras épocas la habia usado y que en sus manos era un instrumento de muerte. Esta arma denominada "casse-tete" por unos y laque en otras partes, consiste en una bola de plomo forrada en cuero y adherida a una barra de fierro que fácilmente se puede llevar en el bolsillo sin que se note o cause molestias. A las tres de la tarde ya habia concluido y el instrumento habia quedado tan bien hecho que parecia un objeto de arte. Se puso a estudiar entónces la manera de llevarlo consigo de modo de poder utilizarlo prontamente sin que el ademan fuese conocido.

Se sacó el paletot y al lado izquierdo le pegó una presilla bien firme que resistiese el peso del arma. Despues se miró al espejo para ver si se le notaba al andar o al



hacer movimientos. El ojo mas perspicaz no habria podido notar nada.

—Todo está preparado, dijo despues. La daga está tan buena como la primera vez que la usé.

¿Cuándo fué eso? dijo, tratando de hacer memoria.

La verdad es que hace ya tanto tiempo que no me acuerdo.

Fué a ver a Ursula y viéndola tranquila salió a la calle.

No se apresuraba al andar. Parecia no tener prisa de llegar al punto de su destino.

Llegó a la calle de Huérfanos, y en la esquina de Estado se detuvo. En una cigarrería un fonógrafo rechinaba de una manera antipática y empalagosa. ¡Maldito aparato! murmuró Dubois. En ninguna parte se encuentran las personas libres de él.

Pasaban los carros haciendo sonar la campana, los coches particulares, los automóviles y el desfile de los elegantes se hacia cada vez mas numeroso. Frente a un almacén de modas se detuvo un carruaje en cuyo interior iban varias mujeres bastante hermosas. Una de ellas se aprontó para bajar y Dubois se puso en asecho para verle las faldas. ¡En Santiago tambien hai damas mui hermosas! murmuró. ¡Y lo curioso es que ellas parecen ignorarlo!

El movimiento seguía siempre lento y monótono. Las mismas parejas que vió al principio volvía a verlas dando vueltas.

Cuando comenzó a oscurecer se acercó a la oficina del señor Lafontaine, tomando precauciones para no ser notado. Pasó primeramente con paso apresurado y miró de reojo. Observó que el señor Lafontaine se hallaba dentro conversando con una persona. Lo importante es que ese im-

portuno se vaya luego, pensó. Pasó una media hora y volvió nuevamente a ver si acaso ya se habia retirado el intruso. ¡Nada! todavia estaba allí.

Dubois comenzó entónces a impacientarse. El corazón le latía fuertemente y su estado nervioso se revelaba en el movimiento febril con que se retorcia la perilla.

Dieron las siete de la noche y el importuno todavia permanecía dentro. Se marchará alguna vez ese imbécil, dijo. A los pocos momentos una persona apareció en la puerta.

— Por fin se marcha, murmuró. Pero el individuo no se movía. Despues salió el señor Lafontaine y en compañía de su visitante subió a un coche.

— ¡Buena la han hecho! exclamó con ira el criminal. Un día mas de espera. Es la primera vez en la vida que esto me pasa.

Volvió a pasar nuevamente por la oficina y la encontró cerrada. ¡No hai mas remedio, dijo otra vez. Hai que esperar!

Cuando llegó a comer, Ursula ya habia comenzado. A las palabras que ésta le dirigió contestó de mal modo y no quiso acerciar a su hijo que "gateaba" cerca de él.

Como ya hemos dicho en otras ocasiones, siempre que Ursula veía a Dubois en una de esas crisis se abstenía de dirigirle la palabra.

Sin decir una nada, sin hablar con nadie, Dubois se levantó de la mesa y se fué a acostar.

— Hoi no me volverá a pasar lo de ayer, dijo, desmerezándose en la cama.

No me gustan las esperas. Para que una cosa dé resultados hai que obrar rápidamente.



El crimen.—¡Muy buenas tardes, señor Lafontaine!—¡No me reconozco a mí mismo!

A la misma hora del día anterior se hallaba Dubois observando la oficina del señor Lafontaine. En la oficina del Telégrafo Americano dos muchachos jugaban al cara o sello. Al verlo detenido tanto rato en la acera uno de ellos le llamó la atención a su compañero. Después volvieron a seguir su juego.

Poco antes de las seis y media Dubois recurrió a una estratagemas. Pidió a los muchachos que le permitiesen hablar por teléfono. Llamó a la oficina del señor Lafontaine y al contestar éste por el aparato, le dijo si acaso estaba solo en ese momento porque un caballero tenía que hablarle urgentemente sobre un negocio. El señor Lafontaine contestó que esperaba a la persona en su oficina.

—Ahora sí que no me falla, exclamó el asesino. Dió las gracias en el telégrafo y para dejar pasar un rato quedó parado algunos minutos en la misma colocación que tenía antes.

La tarde declinaba y los bultos comenzaban a verse entre dos luces.

Un caballero de anteojos pasó por la vereda de enfrente y se dió vueltas a mirarlo. Parece que le hubiese llamado la atención verlo allí detenido. Después siguió su camino.

—No perdamos mas tiempo, dijo el asesino y se dirigió a ver al señor Lafontaine.

En el escritorio no había nadie. El caballero escribía tranquilamente una carta.



Dubois palpó bien si el laque estaba colocado de manera de utilizarlo a tiempo y entró a la oficina.

— Mui buenas tardes, señor Lafontaine.

— Como le va M. Dubois. Tenga la bondad de esperar un momento y despues conversamos.

— No lo molestaré mucho tiempo, señor. Estoy apurado y desearia que me socorriese con algo, pues ahora tengo a mi mujer aqui y me faltan recursos.

Esto lo decia Dubois de pié frente al señor Lafontaine que permanecia sentado en su sillón.

Se paró en seguida y se dirigió a la caja de fondos para sacar dinero y dar al solicitante.

En ese momento, Dubois, ágil como una serpiente, dió un salto sobre él y le dió un fuerte golpe con el laque en la parte de atras del cráneo. El señor Lafontaine se tambaleó un poco, pero se repuso casi instantáneamente y a su vez se lanzó contra su victimario.

— Asesino! le dijo, y lo alcanzó a tomar de un brazo para contenerlo.

Pero Dubois era mucho mas fuerte y dándole un fuerte golpe contra el suelo lo aturdió completamente. Despues volvió a empuñar el laque y lo dejó caer sobre la cabeza de la víctima. Esta dió únicamente apagados quejidos y quedó tendida sobre la alfombra.

Esta escena pasó con una rapidez increible, tanto que cualquiera otra persona que se hubiese encontrado en alguna pieza inmediata no habria tenido tiempo de darse cuenta de lo que sucedia. De la calle llegaba hasta Dubois el ruido de los coches que traian a los parroquianos al restaurant Gage.

— Tengo que obrar con mucha rapidez si no quiero ser descubierto, dijo, y con toda rapidez le sacó el reloj a la vícti-

ma y rebuscó en los bolsillos todo lo que hubiese en ellos que fuese de valor. En la cartera encontró solamente papeles de poca importancia los que botó sobre el piso para no perder tiempo. Despues registró la caja de fondos. Ahí encontró la cantidad de 1,045 pesos que depositó en sus bolsillos. Habia tambien varias acciones que no tomó por creerlas imposible de reducir a dinero sin ser descubierto.

— Mi mala suerte ha querido que solo encuentre ahora una cantidad insignificante de plata. ¿Apostaria cualquiera cosa que hoy ha sido el día que tenia ménos dinero este caballero...! ¿qué mas puedo llevarme? Este manojito de llaves tambien me puede servir, especialmente la de la caja...

¿No hai nada mas! Entónces huyamos para no ser pillado.

Se dirigió a la puerta y la encontró abierta. Decididamente yo pierdo la calma, dijo. No se me ha ocurrido siquiera cerrar la puerta ¿que bien podian haberme sorprendido!

Cualquiera persona que hubiese llegado en estos momentos me coje infraganti. Afortunadamente todo ha salido bien.

Se encontraba como a una media cnadra de distancia cuando se le ocurrió una idea. ¿Si no lo habré muerto y al recobrar el conocimiento me delatase! ¿No me reconozco a mí mismo!

Me he portado ahora como un torpe. ¿Es necesario volver para cerciorarme de que está bien muerto. Volvió a la oficina y entró. Cerró esta vez la puerta y tomando un fósforo lo acercó a los ojos de su victima. Esta no hizo ningun movimiento. Los ojos estaban opacos y hundidos en las órbitas.—; Está bien muerto! pero por si acaso... exclamó el criminal y tomando la daga le dió una estocada mortal al corazon.



En ese momento llamaron a la puerta. Dubois se puso lívido de emoción. Estoy perdido, murmuró.

Quedó durante un momento parado, silencioso, sin ocurrírsele nada que hacer. Los golpes se repitieron por segunda vez. Dubois optó por ir a la puerta a ver quién era.

Abrió y se encontró con un individuo que le preguntó cortesmente. ¿Podría decirme, caballero, cuál es la oficina de don Abraham Navarro?

—¿Podías caerte muerto imbécil! murmuró el asesino, y en seguida dijo. No sé; no conozco a esa persona, puede preguntar en otra parte.

—Disculpe, señor.

—Hasta luego.

Ahora sí que no tengo otra cosa que hacer. Huyamos de aquí. Cuando iba a doblar por la calle de Estado hacia la Alameda, miró para atrás. No vió ningún signo sospechoso.

Otro crimen que quedará en el misterio, dijo, y sin apresurarse se fué a su casa.

\* \*

Las manchas de sangre.—A prisa y por la oscuridad.—  
El niño se enferma de membrana.

Al llegar a la Alameda notó que los paños estaban manchados con sangre. Se examinó el resto del traje y también vió varias salpicaduras.

—El golpe de laque tiene el inconveniente que hace saltar la sangre, dijo. Para ésto no hai nada como la daga.

Miró sus zapatos y también los encontró con sangre coagulada.

—A prisa y por la oscuridad, dijo. Cuando se halló en la calle de San Diego sacó el pañuelo y limpió los zapatos.

—También tengo que tomar precauciones para no ser visto en el restaurant. Esta es la vez que mas torpe me he portado y cuando he tenido que soportar mas molestias. No valia la pena haberse arriesgado por tan poca cosa.

Llegó por fin al restaurant y subió a su cuarto, a nadie vió a su paso.

Ursula que lo vió llegar no notó al principio la intensa palidez del asesino ni su estado nervioso.

—Dadme otra ropa, le dijo Dubois, para mudarme.

Ursula, extrañada de esta orden de su compañero, pues éste no tenia costumbre de cambiarse ropa en todo el día, lo miró como para interrogarlo.

—¡Ah! dijo al observar el cambio de fisonomía que se habia operado en él.

—Silencio! le dijo el criminal. Su obligacion es ver y callar. Haga lo que le ordeno.

Ursula obedeció sin decir nada y le pasó un traje de chaquet negro.



El calzado no lo pudo cambiar porque no tenía otro.  
—Mañana nos vamos a Valparaíso, le dijo lacónicamente a su compañera. Es necesario que arregles todo y nos embarcamos en el tren ordinario.

—Está bien, contestó Ursula, acostumbrada a estas órdenes repentinas de Dubois. El mismo se puso a acomodar la ropa y algunos utensilios para tener todo listo.

A eso de las 12 de la noche continuaba Dubois sumamente preocupado y no quiso tomar una taza de té que le ofrecían. Se acostó y Ursula lo sintió darse vueltas en la cama cojido por la fiebre.

Ella tampoco dormía; comprendía que alguna nueva aventura sangrienta había caído en la frente del padre de su hijo y tenía por las consecuencias que le pudiese acarrear este suceso. Todavía estaban frescas en ella las privaciones y sufrimientos porque había tenido que pasar en Oruro.

A las tres de la mañana el niño despertó sofocado y estiraba convulsivamente los bracitos. Ursula despertó a Dubois y le dijo que el pequeño estaba malo.

—Iré a la botica, dijo éste. Y salió apresuradamente atemorizado por señales de abogo que veía en su hijo. El semblante de la criatura estaba rojo y parecía que le faltaba respiración. Era un ataque de membrana falsa que tan común es en los niños de corta edad y ante los que las madres se alarman creyendo ver llegada la última hora de sus hijos.

Al cuarto de hora llegó Dubois con una bebida y emplastos dados por un boticario.

Se le hicieron al chico cataplasmas y después de una hora de este tratamiento todo peligro había cesado.

Hemos dicho, en otra ocasión, que Dubois profesaba mucho cariño a su hijo. En esta vez el instinto de padre

dominó profundamente en él y durante los momentos de crisis demostró grande angustia por lo que le pasaba.

Cuando el niño concilió el sueño, Ursula volvió a acostarse e invitó a Dubois que también lo hiciese, que ella permanecería alerta para cualquier movimiento que hiciese.

—No tengo sueño, le repuso. Me quedaré un rato más despierto; mañana dormiré hasta tarde.

Cojió un libro y se puso a leer. La luz del alba lo sorprendió embebido en la lectura.

Con este incidente quedaba postergado el viaje, quién sabe por cuántos días. Había que ver primeramente un médico.

Dubois, rendido por el cansancio y por la serie de diferentes emociones que había tenido que soportar durante el día, se quedó profundamente dormido en una silla.

A las ocho de la mañana ya estaba otra vez en la calle en busca de un facultativo. Trajo para que viera a su hijo un médico joven que vivía en el barrio, y que desde las primeras horas de la mañana comenzaba sus visitas.

Examinó al paciente y opinó que todo peligro había pasado.

—No obstante, agregó, sería conveniente dejarlo en su cama varios días; el aire puede serle perjudicial. Le recetó un purgante para prevenir la fiebre y se fué. Dubois salió en su compañía para ir a la botica a traer la receta.

El médico mismo le recomendó que fuese a la plaza de Armas a una droguería en donde sería bien servido.

—La receta demorará una media hora, le dijo el dependiente de la farmacia.

—Volveré entonces en un rato más.

Fué al jardín de la plaza y ahí se puso a leer los diarios.



de la mañana. Todos daban la noticia del asesinato del señor Lafontaine. Algunos con caracteres novelescos y agregaban que la pesquisa había despachado a los mas hábiles agentes en persecucion del criminal, el que no tardaria en caer en manos de la justicia.

— ¡No piensan que el asesino es mas hábil que ellos! murmuró Dubois.

Volvió a la botica y se fué a la casa con la receta.

Un agente de pesquisa listo.—La Sección de Seguridad.  
— ¡De buena me he librado!

Por el camino notó que un individuo lo seguía a corta distancia.

— ¿Qué me querrá ese sujeto? dijo Dubois, viendo la insistencia con que lo seguía. Se detuvo un momento en una ventana a ver los objetos en exhibición.

El individuo se detuvo a su lado lo examinó de pies a cabeza y en seguida, adoptando una resolución, le ordenó:

— Tenga la bondad de seguirme a la cárcel.

— ¿A quién se dirige? le dijo Dubois, mirando a su redor.

— A usted me dirijo.

— ¿Podría saber por qué lo voy a acompañar? Yo soy un hombre honrado.

No obstante su presencia de ánimo acostumbrada el criminal palideció enteramente. Se creía descubierto.

— Es inútil cuanto diga, repuso el agente de pesquisa. Sígame.

Dubois sabía bien que toda resistencia sería inútil.

— Alguien me dará cuenta murmuró de este atropello de que soy objeto.

Agente y criminal siguieron juntos por el centro atravesando la calle del Puente, la de Sama y en seguida Teatinos hasta llegar al cuartel de San Pablo. Ninguno de los dos despegó los labios durante el trayecto.

Nadie que los hubiese visto en esos momentos, podría haberse figurado que se trataba de un reo y de su aprehensor.



Dubois creía su situación comprometida, pero no perdida; contaba con su audacia que siempre le había dado buenos resultados.

El agente de pesquisa lo dejó en la Sección de Seguridad. Allí fué echado a un patio en que se hallaban una gran cantidad de detenidos por sospechas o diversos delitos, en espera de la llegada del jefe, quien debía tomarles declaración y si encontraba en ellos alguna culpabilidad pasarlos al juzgado del crimen.

Llegó la hora de almuerzo y Dubois comenzó a sentir un grande apetito. La mala noche pasada y las emociones diferentes porque atravesaba lo habían debilitado.

Después de medio día aparecieron dos individuos trayendo un fondo de frejoles. A cada reo le fué entregado un plato de latón, que parecía haber sido usado por toda una generación de delinquentes, a juzgar por el estado de desaseo y deterioro en que se hallaba.

Dubois intentó comer algunos bocados, pero le fué imposible. Se decidió mas bien a esperar a la comida si es que lo dejaban detenido hasta esa hora.

Los demás reos comieron sin repugnancia ninguna todo el almuerzo y hubo algunos que se repitieron. La costumbre lo hace todo, dijo Dubois.

A las dos de la tarde llegó el jefe de la Sección de Seguridad e inmediatamente en compañía de otros dos empleados comenzó a hacer interrogatorios.

Dubois fué uno de los primeros en ser llamado.

—¿Por qué motivo está usted aquí? le preguntó el jefe.

—Es un atropello inaudito el que se quiere cometer conmigo, espuso el reo dando pruebas de gran indignación.

Soy una persona extranjera, un hombre honrado, que jamás ha pisado los umbrales de un establecimiento semejante...

El jefe le cortó su discurso, ordenando que compareciese el agente aprehensor.

—Esponga usted el motivo ¿por qué ha tomado preso a esta persona?

—Se sospecha, espuso el agente, que este individuo tenga alguna complicidad en el crimen cometido anoche. Hai personas respetables que aseguran haberlo visto rondando la oficina del señor Lafontaine.

Además, es conocido como sujeto de malos antecedentes. Hai jente que le tiene miedo y que ha dicho en repetidas ocasiones: hai que tener cuidado con él porque es un bandido.

Esta mañana lo he encontrado en la plaza, sentado, y al examinarlo le he notado en los zapatos huellas de sangre, usted sabe que la sangre no se confunde con otras sustancias. Lo seguí y por si acaso le he ordenado venir a la Sección.

Dubois protestó furioso nuevamente de estas aseveraciones.

El jefe ordenó que se practicasen algunas indagaciones respecto a la conducta del reo.

Como primera providencia se tomaron informes en su casa misma y ahí el dueño del restaurant y los parroquianos espresaron lo que en realidad sabían de Dubois: que era una persona arreglada y de buen vivir segun lo habían notado durante la época que permaneció en compañía de ellos.

A las cuatro de la tarde fué llamado de nuevo Dubois ante la presencia del jefe.

—¿Cómo explica usted esas manchas que aparecen en su calzado? le dijo.

—Es muy sencillo, señor. Anoche se me enfermó mi hijo como puede usted comprobarlo en la pensión donde vivo y tuve que matar un pollo para darle dieta.



La contestacion no podia ser mas natural y el jefe que sabia la enfermedad del niño creyó que fuese la verdad.

Ademas, el aspecto de Dubois que predispone a su favor, su título de ingeniero de minas y los antecedentes que habia obtenido de él, hicieron confirmarlo en la idea de que se habia cometido un error. El caso era delicado. Suponiendo que Dubois fuese inocente, formarle causa criminal podría ser hasta motivo de una reclamacion, por tratarse de un ciudadano frances.

—Está bien, dijo por fin el jefe, puede usted retirarse en libertad.

Dubois, sin siquiera dar las gracias, se retiró.—De todos modos, esto ha sido un atropello cometido contra mi persona, espresó cuando iba saliendo.

—La justicia debe ponerse en todos los casos, replicóle el jefe.

La guardia, advertida, lo dejó pasar.

—De buena me he librado, dijo, cuando se halló en la calle.

¡Pero nó! agregó despues, en este pais un hombre como yo, que haga las cosas bien hechas y con cálculo, estará siempre a cubierto de la policia. Esta tiene costumbre de obrar con tipos burdos que cometen un crimen y se ponen a beber en el primer despacho que encuentran a su paso y cuentan al compadre sus hazañas por vanagloria.

¡A mí costará mucho para que me encuentren!

Ahora estoi mas seguro que nunca de no caer en manos de la justicia. Con este hecho la he despistado completamente. No obstante será conveniente salir de Santiago. Ademas aquí no hai campo para mis operaciones. Es mejor regresar a Valparaiso. Si el niño sigue bien mañana nos vamos. Reflexionando de esta manera llegó a su casa.

Ursula lo aguardaba con cuidado. En el restaurant ya habia cundido la noticia de que Dubois estaba preso por sospecha de ser cómplice en el asesinato.

Sin embargo, como nadie lo hubiese creido capaz de una cosa semejante halló que todos lo recibieron con las mismas espresiones afectuosas de costumbre.

Todos le echaban la culpa a la policia. ¡Si esos pacos no sirven nada mas que para acriminar a la jente! decian unos. ¡En Chile no hai policia! ¡Los bandidos mas terribles, agregaba otro, están de agentes de seguridad!

Dubois los oia a todos murmurar y daba muestras de pesadumbre.

—Lo peor es, dijo, que ya no podré continuar en Santiago donde con este suceso he perdido mi reputacion. Me siento degradado ante los ojos de mis amigos y protectores. Es la primera vez que llego hasta los umbrales de una prision.

Mañana me voi a Valparaiso, concluyó. Ahí comenzaré a trabajar de nuevo.

Se levantó de la mesa despues de haber comido con un apetito devorador y se fué a la pieza a ver a Ursula y al niño. Todas las cosas estaban sin desacomodar, tal como las habia arreglado durante la noche. Su compañera, con quien habia permanecido un momento a la llegada dándole cuenta de su atraso, le dijo que el niño ya estaba bien y que podian irse al dia siguiente.

Dubois en la misma noche arregló su pension y se portó jeneroso con el dueño el que al despedirse le hizo promesas de amistad y que haria todo cnanto pudiese porque su reputacion no sufriese menoscabo con lo ocurrido.

—¡Poder del dinero! dijo Dubois.



Regreso a Valparaiso.—Se separa de Ursula.—La pension de la calle Cochrane.—Habitantes de una pension.—Amores de Dubois y Luisa.

Como no podía levantar temprano al niño que todavía estaba delicado, Dubois resolvió hacer el viaje a Valparaiso en tren ordinario. Tampoco habia apuro por llegar pronto a esta ciudad.

Para una persona que viaje por primera vez de Santiago a Valparaiso en tren ordinario, la travesia es muy entretenida. El convoi se detiene en todas las estaciones y allí acuden los vendedores de frutas, de quesos de cabra, de tortas, de empanadas, etc. Cada cual pregona su mercancia con un canto especial que, oido una vez, agrada y divierte.

Dubois se entretuvo gran parte del camino hasta Llai-Llai con la lectura de los diarios, todos los cuales hacian largas consideraciones del crimen Lafontaine. Ninguno hablaba de su detencion de la vispera y todos espresaban que gracias a la habilidad de la pesquisa que habia despachado a sus mejores agentes, ya se tenia la pista de los criminales.

Dubois habia combinado el método de vida que llevaria en Valparaiso. Para aparentar una vida arreglada dispuso que Ursula viviese separada con su hijo. Ademas su compañera habia comenzado a hostigarle, como sucede en casi todos los matrimonios despues de largo tiempo de union y ansiaba tener amores frescos, mas en armonia con sus deseos.



A su llegada a la estación del Barón le dió algún dinero y Ursula le expresó que se iría a la misma casa en donde se había hospedado a su llegada de Bolivia. No pudo disimular el gozo que experimentaba con esta decisión de su amigo y su semblante dejó de tener esa expresión adusta y de sentimiento que denotaba desde la noche en que sospechó su nuevo crimen.

En la misma estación se separaron y Dubois se fué a buscar pensión para establecerse.

Después de algunas averiguaciones se decidió ir a la calle de Cochrane a una casa situada cerca de la Bolsa de Corredores.

Dejó el coche a la puerta con su equipaje y subió a los altos a ver a la dueña de casa.

Una señora joven y bien parecida salió a recibirlo.

—¿Es usted la dueña de casa? preguntó Dubois.

—Yo soy, tenga la bondad de pasar al salón, repuso ésta.

—Deseo tomar pensión, le dijo una vez en la sala. ¿Tiene alguna pieza disponible?

—Sí. Hai varias. Usted, quien sabe, ignora la costumbre que tengo para admitir pensionistas: pago adelantado.

—No tengo inconveniente ninguno. ¿Cuánto debo darle?

—Un mes, setenta y cinco pesos, sin vino.

—Aquí están, le dijo Dubois, sacando de su cartera la suma antedicha.

—Bajó a la calle en compañía de un mozo que le ayudó a subir el equipaje y tomó posesión de su alojamiento.

—Dele a la señora mi tarjeta, le dijo a la sirviente que acudió a ver si necesitaba algo. ¿A qué hora se come aquí? agregó después.

—La comida es a las siete y el almuerzo a las once, repuso la sirviente.

—Está bien. No necesito nada más.

La pieza de Dubois daba a un patio en el que habia un palomar, gallinas y patos. Todo era estrecho allí desde las habitaciones de los pensionistas hasta el gallinero que nombramos. La única pieza que ofrecía comodidad era la de la dueña de casa, que tenia vista a la calle.

Dubois sacó su ajuar de las maletas, arregló todo en el ropero, único mueble disponible para la ropa de que podía hacer uso y quedó en espera de la hora de comida.

La sirviente le fué a avisar que podía pasar al comedor y Dubois no se hizo repetir el aviso.

Poco a poco fueron llegando los pensionistas.

Primeramente entraron dos niñas; o mas bien, "jamonas," como se las designa a las personas entradas en años del sexo femenino. Ambas debían ser empleadas de alguna casa de comercio u oficina. La mayor, o sea la mas corpulenta, saludó con aire pretencioso, imitando a las personas distinguidas, y la otra parecía asechar la mirada de algunos para en seguida dispararle, mas bien dicho, el saludo, se veía cohibida ante la presencia de tanta jente.

Habia varias mesitas para cuatro o mas pensionistas, en las que se sentaban las personas de una misma familia o amigos.

La dueña de casa tenia su mesa separada e invitaba a ella a las personas mas antiguas en la pensión o a las que eran mas de su afecto.

En dicha mesa se veía una botella de vino blanco, chirimoyas, plátanos y todos aquellos manjares que eran del agrado de la propietaria. Después entró un joven chico, gordo, de cara ancha y pálido, murmurando de la pensión y de la dueña de casa. Tomó la silla y la arrojó con violen-



cia a un lado. Los pensionistas nada dijeron, pero los mozos prorrumpieron en carcajadas. El joven era tenido como un loco, un anarquista en incubación, por todos los habitantes de ahí.

El comedor se fué llenando poco a poco con jente de toda especie, en la que abundaban los comerciantes y algunos extranjeros. Dubois comia y observaba. Cuando ya estaba para concluir entró una comparsa de jóvenes alegres y bulliciosos. Uno a quien llamaban el "Negro" desenvolvió un paquete que traía consigo y sacó varios pepinos en escabeche, un tarro de conservas y un frasco con aceitunas.

—A nadie voi a convidar, dijo, al ver la risa que sacudia a los demas a la vista de las provisiones.

—¡Caramba que es bien rico esto! agregó despues, señalando los pepinos.

—Si quieres te convidó a tí solo interpeló a otro de los de la comparsa.

—¡Quién come esas cosas! dijo el interrogado. Eso está bueno para tí no mas.

En ese momento se notó que habia un asiento vacio.

—Qué será de Pepe, dijo uno de ellos al notar que faltaba una persona. Con seguridad que todavia está durmiendo.

—No es nada raro, dijo otro.

—En ese momento apareció el joven de quien se trataba. Dubois que oía toda la conversacion anterior se fijó en el recién llegado.

Era un joven gordo de bigote negro y de aspecto simpático. Parecia ser el alma del grupo.

Todos los pensionistas se fijaron en él con semblante risueño. Se sentó y algo que no oyó Dubois dijo que

hizo reir a toda la mesa. Desde ese momento el grupo cesó de reir.

A los postres llegó la dueña de casa. Su presencia se hizo notar por el ruido de la seda y sus menudos pasos al sonar sobre el entablado.

Entró, saludó cortesmente a todos y dirijiéndose a uno de los mozos, le ordenó:

—Díle a la Luisa que venga pronto porque la espero.

Mientras tanto en el grupo se embromaba con tonos algo subidos a uno de los jóvenes. Este se hacia el leso, y parecia que le halagaban las bromas.

—Luisa, la persona que habia sido llamada, entró en ese momento.

Dubois fijó su vista en ella y sintió una sensacion de placer al contemplarla. Era una joven alta, delgada, de ojos negros y mirar romántico que al posarse sobre los de un hombre prometian un mundo de felicidad.

Recibió los saludos de todos y se sentó a la mesa. En su continente habia algo inesplicable, snjereute, que hacia pensar a toda persona que la observase en algo desconocido, novelesco. Parecia una flor trasplantada a un terreno en el cual se criase falta de un ambiente propicio para su vida.

Dubois que desde hacia rato queria levantarse se decidió a quedarse un momento mas en la mesa.

La señora cojió un pedazo de chirimoya y se lo envió con un mozo al joven a quien embromaban. Este hizo un saludo y siguió la charla con los amigos.

Al salir, Dubois se iba preocupado de la joven que viese hacia un momento. Como no conocia a nadie en la casa nada pudo saber de ella ni trató tampoco de averiguarlo.



Salió a la calle y anduvo errante por todas partes.

A las once volvió y se acostó a dormir. Durante toda la noche oyó ruido de pasos de jente que se recojia. Al venir el dia sintió una algazara descomunal capaz de despertar a toda la casa: eran los jóvenes que llegaban a acostarse.



La mañana era clara y serena.—¡No le he caído en gracia! dijo Dubois.—Una carta de Luisa.

A las ocho de la mañana se levantó y afirmado en la baranda que daba al patio se puso a mirar las palomas que revoloteaban por el palomar. La mañana era clara y serena, como lo son casi todas en Valparaíso durante el verano. En la cumbre del cerro que parecía cortado a pico se veía una casa blanca y hermosa rodeada de árboles frondosos. Las palomas a cada momento emprendían el vuelo y volvían otra vez en amoroso seguimiento.

Las plantas que había a lo largo del corredor habían sido regadas y de sus pétalos se desprendían gotas cristalinas.

Arrobado en esta contemplación se hallaba Dubois cuando vió aparecer a la joven que le había llamado la atención la víspera.

La saludó y ella contestó atentamente. En seguida ambos quedaron afirmados en la baranda a corta distancia mirando el mismo espectáculo.

Un pichón perseguía tenazmente a una paloma haciéndole la rueda. De repente alargaba una ala en forma de abanico y picoteaba en la cabeza a su compañera.

El gallo en el fondo del patio rondaba a las gallinas y las llamaba de vez en cuando para darles un grano de maíz o cualquiera cosa que encontrase en el suelo. Los patos también formaban una viva alharaca y parecían que disputasen en su lenguaje.

La naturaleza parecía despedir un hálito abundante de vida, de fecundación que, subiendo desde la tierra, llegase



a perturbar los sentidos humanos. Olor a tierra mojada, un polvo sutil del pólen de las plantas que habia a su rededor llegaba hasta el alma de Dubois y de la jóven.

Dubois asechaba el momento oportuno para mirarla de frente. Luisa, quizás comprendiendo lo que pasaba por el ánimo del hombre que se hallaba cerca de ella, se alejó sin levantar la vista.

En balde Dubois estuvo toda la mañana a la expectativa.

Luisa pasó una sola vez cerca de él y no lo miró.

El criminal esperó ansiosamente la hora del almuerzo, para verla mas tiempo. Se situó de frente a ella en la mesa, pero Luisa ni una sola vez le dirigió la vista. Cualquiera hubiera pensado que no se habia dado cuenta de los ademanes de Dubois.

En el almuerzo hubo mucho ménos jente que en la comida anterior y las mesas de los jóvenes tumultuosos permaneció desocupada. El mozo le dijo que todos dormían hasta mui tarde.

De este modo pasó el tiempo.

Lo que observó Dubois durante su primer día de permanencia en la casa, siguió viéndolo durante los varios meses que permaneció en ella. De cuando en cuando los jóvenes hacían alguna broma entretenida que costaba la diversion a todos.

Habia en la casa un loro, propiedad de uno de los pensionistas, que todas las mañanas al aclarar despertaba a todo el mundo con sus gritos. El avechuelo estaba colocado en un palo cerca de la pieza del jóven que era tildado de loco.

Un día el loro amaneció muerto y no se oyeron mas sus gritos llamando a la cocinera para que le diera "papa"

o alguna otra de sus celebradas gracias que constituían las delicias de su poseedor. Averiguada la causa de su muerte se supo que el jóven loco, "el chino" como le decían otros, le habia dado una píldora de sublimado que el pájaro comió vorazmente.

El grupo de jóvenes constituía la "bohemia" de la casa.

Dubois, que no intimaba con ninguno de ellos, se divertía oyendo contar sus hazañas.

Casi todos ellos vivían al día y se hallaban atrasados en sus pagos. La dueña de casa los toleraba en la esperanza de que alguna vez le pagasen.

En las noches algunos pensionistas se reñían en el salón a hacer tertulia. Acudían allí varias niñas y algunos jóvenes empleados de almacenes o comerciantes viajeros, que permanecían solamente días hospedados en la pension.

La bohemia acudía los días de lluvia o cuando había poker. Dubois se resistió durante mucho tiempo a entrar al salón, pero una noche deseoso de conversar con Luisa, con quien no habia podido intimar a pesar de perseguirla durante todos los días, se resolvió a ir.

Luisa no demostró ninguna señal de afecto por él y al contrario, le hizo algunos desprecios.

No obstante, conversó con él durante largo rato.

Por ella supo Dubois que era hermana de un jóven que viajaba por el norte y que mientras él permaneciese ausente estaba a cargo de la dueña de casa.

Las sirvientes, a quienes Dubois siempre preguntaba por Luisa, ya le habían impuesto anteriormente de esta historia.

—No le he caído en gracia, dijo Dubois al ver que no adelantaba terreno con la jóven y desde ese día cesó en su



persecucion. Precisamente desde ese momento ella cambió de conducta y en la mesa o donde quiera que se encontrase demostraba a Dubois con la mirada que no le era indiferente.

Un día intentó él hablarla, pero ella se retiró inmediatamente.

—Hai mucha jente que habla mas de lo conveniente, le dijo, así es que es imposible. Si quiere, en las noches vaya al salon.

Dubois no queria intimar con nadie, no entraba esto en su sistema de vida y por eso no le gustaba ir al salon.

Una de esas noches que habia juego fué a la pieza en que estaban todos reunidos. Se sentó al lado de Luisa y no quiso jugar, a pesar de todas las instancias que se le hicieron.

Dubois recriminó a Luisa su conducta, diciéndole que no comprendia su modo de ser, cuando él no pensaba sino en ella.

—Le diré la verdad, señor Dubois, le dijo Luisa. Yo no lo podré querer nunca a usted. El motivo no lo sé, pero esa es la verdad de lo que me pasa.

—Entónces disculpe usted mi insistencia, repuso Dubois, despedido con una contestacion semejante que heria su amor propio.

Al poco rato salió del salon y se fué a acostar.

Pasaron varios días sin que ocurriera ningun incidente. Dubois apenas miraba a Luisa y ésta aparentaba no fijarse en él.

El criminal habia observado que no le convenia vivir en esa casa de pension, donde se inspeccionaba la vida de todos y los actos de cada cual eran dificiles de ocultar, sobre todo a los jóvenes de la «bohemia». Varias veces éstos

habian intentado averignar quién era el ingeniero de minas que tenian en su compañía. Solamente lo retenia allí su entusiasmo por Luisa.

Algunos días iba a ver a Ursula, la que vivia de su trabajo en una casa de la calle de Yungai. Dubois a veces le daba algun dinero para su hijo, el que se hallaba ya mui crecido. De su último crimen ya no se hablaba. La policia habia tomado presos a tres individuos, los que aseguraba eran los asesinos del señor Lafontaine. Dubois nunca sintió remordimientos por la suerte de esos tres inocentes. Antes bien, se alegraba de la equivocacion de la justicia que lo libraba a él de la cárcel.

Ademas tenia otro motivo para querer retirarse de la casa y era que la plata ya se iba concluyendo y no queria aparecer ante los ojos de Luisa como un individuo que no pagaba a la patrona.

Obrando bajo estas consideraciones, un día fué donde la propietaria y le dijo que se retiraba el día primero del mes, de modo que podia disponer de su habitacion.

La señora tuvo frases corteses para él y le dijo que lamentaba que se fuese un pensionista tan bueno. Todo quedó arreglado para que Dubois se retirase.

En la tarde cuando llegó a comer, se encontró con una tarjeta cerrada en un sobre de luto dirigida a él. Le llamó la atencion los caracteres femeninos de la letra, la abrió y encontró escrito el nombre de Luisa.

—Luisa me escribe, ¡qué extraño es esto! dijo Dubois y leyó su contenido:



Lo que decia la carta de Luisa.—Un arranque noble del criminal.—¡Mi existencia daría por hacerla feliz!

«Señor, decia la carta, soi una persona mui desgraciada, usted me hace feliz preocupándose de una pobre mujer como yo. Tengo que hablar con usted, venga esta noche al corredor cuando los pensionistas esten comiendo».

Y agregaba: «le pido por favor que rompa inmediatamente esta tarjeta».

—¡Qué caso tan curioso! dijo Dubois.

¡Quién puede comprender el corazon de la mujer! Ayer no mas me decia Luisa que no me podría querer jamas y ahora me pide una cita! ¿Qué será lo que quiere? Iré esta noche a verla, concluyó.

Esmeróse en su "toilette" mas que de ordinario y, mientras se arreglaba, su espíritu se trasportó a las regiones de lo ideal. Siempre aparecia la imájen de Luisa prometiéndole un porvenir de ventura.

Sentado en su pieza vió pasar a casi todos los pensionistas al comedor. La sirviente fué varias veces a decirle que la comida estaba servida.

—Hoi comeré tarde, repuso; aun, es probable que no vaya a la mesa.

La última en ir al comedor fué la dueña de casa.

Luisa que ya se hallaba allí, al verla entrar pretestó una salida y fué donde la esperaba Dubois.

Este salió a su encuentro y la saludó con el mayor respeto.

—¡No nos vaya a ver álguien! exclamó Luisa.



—No tenga cuidado ninguno. Nada de particular tendría que nos viesen conversando.

Luisa entró a su pieza y Dubois quedó afirmado en el marco de la puerta. Hubo entre ámbos un momento de cortedad.

Dubois fué el primero en romper el silencio.

—Recibí su tarjeta, le dijo.

—¿Es cierto que piensa retirarse de la casa, señor Dubois? preguntó tímidamente Luisa.

—Es la verdad, señorita. Me voi el primero del mes.

—¿Y por qué causa? ¿que no está bien aquí?

—La causa la ha tenido usted únicamente. Durante mucho tiempo fué usted mi único pensamiento, espuso Dubois, entusiasmándose.

He vivido durante varios meses únicamente para usted. Durante todo el tiempo desde que tuve la suerte o la desgracia de conocerla, no ha habido ningún acto de mi vida que no haya sido consagrado a usted. Mi esperanza y mi ser han estado siempre subyugados a su persona.

La conducta que usted Luisa ha observado para conmigo ha sido demasiado cruel. A pesar de sus desdenes, siempre alimentaba la confianza de que mi tenacidad venciese su carácter. Cuando creía que esto tendría al fin un desenlace favorable me atreví a espresarle abiertamente mis verdaderos sentimientos.

Usted misma se encargó de echar por tierra todas mis ilusiones, diciéndome que jamás podría amarme.

Entonces creí que lo mas prudente sería no molestarla mas con mi presencia y resolví retirarme de la casa. ¿No es verdad, señorita, que he tenido mucha razon al obrar de esa manera?

—¿Y si acaso yo le hubiese mentido al decirle que no lo podía amar nunca, cambiaria usted de opinion?

—Sería mui feliz creyendo en sus palabras, pero ya no me es posible retroceder.

Ademas, Luisa, usted parece demasiado caprichosa. ¡Tengo yo la seguridad de que usted mañana cambie otra vez de opinion y me diga que se ha equivocado.

—Señor Dubois, yo se lo pido, exclamó Luisa en tono de súplica, no se vaya. Es para mí una verdadera dicha saber que hai cerca de mí una persona que se interesa por una pobre huérfana como yo. He sufrido mucho en la vida y por eso al decirme usted que me queria, dudé de que alguna vez llegase hasta mi persona la felicidad. Al oír sus palabras amorosas quise cortar inmediatamente toda esperanza de ser correspondido, porque tenia el presentimiento de que iba a ser un nuevo dolor. ¡Qué quiere usted, señor Dubois! Cuando una persona ha sufrido mucho en la vida, cuando ha visto desaparecer una a una todas las ilusiones que constituian el encanto de los primeros años, todo lo ve de color sombrío!

Los hombres, dicen, que cuando sufren demasiado se hacen malos y crueles y quieren hacer padecer a los demas los sufrimientos que ellos mismos han sentido; las mujeres, que no sabemos hacer el mal, sufrimos en silencio y seguimos en la vida tranquilas, pero con el corazon marchito. ¡Cuántas almas van por el mundo sufriendo un mismo calvario! Un amor burlado, una esperanza fenecida, son crueles espinas que punzan toda la existencia de una mujer! Yo no puedo decirle que haya pasado por esas alternativas, no he amado nunca, pero mi vida ha sido, desde que he tenido uso de razon, un continuo sufrimiento. Mis padres me han faltado cuando era todavia una niña.



He quedado a merced de un hermano que lucha por mantenerme y sostenerse él. ¡También el pobre tiene sus ambiciones, que soporta tranquilamente llevando sobre sus espaldas el duro fardo de dos existencias que tienen que vivir por lei de la naturaleza! Usted me ve aquí, al cuidado de la dueña de casa; pues es mi mayor martirio: tener que estar siempre a merced de otras voluntades, fuera del medio en que se ha nacido, sin nadie que se interese con verdadero cariño por uno, es horrible, señor Dubois. Por eso le decía que yo era una persona muy desgraciada.

Dubois se sintió enternecido con las palabras de Luisa. Sin saber por qué se interesaba por la joven, encontraba en su vida cierta analogía con la de él. Ambos habían sufrido y también ámbos subían un calvario aunque de naturaleza muy diferente. Durante todo el tiempo que había emprendido la conquista de Luisa, no había pensado en que lo que verdaderamente intentaba era seducirla, puesto que él no podía casarse con una niña como ella. En ese momento analizó su acción y cediendo a un arranque de nobleza, tomó inmediatamente su partido.

— ¡Dígame que no se irá! exclamó nuevamente Luisa. Ya ve usted que le he hecho la confesion de mi vida.

— Mi existencia daría, repuso él, por hacerla a usted feliz, pero hai hechos sobre los cuales es imposible volver atras.

Yo me iré de esta casa, pero no por eso habremos de quedar separados. ¡No hai nadie que pueda separar dos corazones que se aman!

En seguida agregó algo emocionado: Usted hatenido confianza en demostrarme la intimidad de su vida. Ahora yo le voy a dar a mi vez un consejo: Luisa, trate de olvidarme porque ello conviene mas a su felicidad. Son bien

extrañas estas palabras en mí que hace poco luchaba por obtener su cariño, pero ellas son arrancadas por el sentimiento mas noble que talvez he tenido.

En ese momento se acercó la sirviente a decir a Luisa que la comida se enfriaba. Ambos se separaron sin haber tenido tiempo de hablar mas.

Dubois se fué a la mesa y comió poco, preocupado por la aventura que acababa de observar. En vez de esperar el dia primero, mañana a primera hora me retiro de esta casa, dijo. Talvez no tendría fuerzas para seguir haciendo el papel de enamorado jeneroso. Luisa me cautiva y en esto estriba el mayor peligro. ¡Pobre joven, merece una suerte distinta que amar a un criminal como yo! Tengo tambien otro inconveniente y es que la plata se me concluye. Seria un final muy prosaico para estos amores que la patrona me echase por no pagar la cuenta.

Al terminar de comer habló a la dueña de la pension y le dijo que se retiraba al dia siguiente porque iba a vivir en compañía de un amigo.

Sin despedirse de Luisa a la mañana siguiente salió de aquella casa en donde habia sentido tan diversas emociones a las que comunmente alimentaban su corazon pervertido.



El Hotel "Los Andes". — Elcira Marin. — La vida y milagros de cada habitante. — Las listas y observaciones hechas por el criminal.

En la calle del Tivolí de Valparaíso existía antes del terremoto un hotel denominado Hotel Los Andes, destinado especialmente a dar albergue a ese elemento flotante que existe en todos los puertos, compuesto de jente de a bordo, campesinos, comerciantes y aventureros, etc., que forman una cantidad no despreciable de población.

Muchas personas recordarán haber visto ese hotel; su frente se hallaba pintado de colorado y en la puerta ostentaba un farol rojo visible a la distancia para que fuese notado por todo el que tuviese necesidad de alojamiento.

Ese establecimiento tenía una estensa hoja de servicios. Muchas aventuras se realizaron en él que no son para describir en este libro. Con frecuencia daba albergue a ladrones de profesion y a criminales, y mas de un asesino pasó una noche ahí despues de haber realizado su atentado.

En la época de la revolucion de 1891 varios militares de Balmaceda, que huyendo de las furias de la soldadesca se ocultaron allí, fueron bárbaramente asesinados.

La persona que mirase a su interior sentía una sensacion de miedo como si él fuese un antro de muerte. Sus paredes con la accion de las lluvias habian quedado a trechos desprovistas de color y la pintura roja parecia a mas de una persona de fantasia un poco exaltada manchas de sangre de las víctimas que allí habian perecido.

El barrio en que estaba colocado no era habitado por



familias hasta la época en que la tracción eléctrica hizo circular los tranvías por la Avenida del Brasil, dando de ese modo grande importancia a una parte importante de la ciudad.

Las vecindades del Hotel Los Andes hasta la fecha en que nos referimos, se componía de barracas, bodegas, casas de agencias y una que otra cantina. En la noche la persona que se atreviese a andar por allí tenía que ser de valor reconocido porque de lo contrario habría creído encontrarse como Daniel en el foso de los leones. Allí fué donde Dubois resolvió trasladar su domicilio.

Su idea era la de estar aislado de cuanta persona conocida hubiese en Valparaíso que pudiese investigar algo de su vida.

El cobro del hospedaje arregló con el dueño que lo efectuaría a cada quincena y al efecto pagó adelantada la primera.

En una calle cerca de este hotel vivía Ursula con su hijo, pero Dubois, como ya hemos dicho, muy pocas veces iba a visitarla.

Como hombre que necesitaba de un amorío para amenizar su existencia, sentía la ausencia del cariño de alguna persona de su agrado.

En la calle del Olivar, situada en el trayecto que de ordinario tenía que efectuar para llegar a su alojamiento, descubrió un día a los varios meses de estar ahí, una muchacha nada mal parecida que estaba empleada como sirviente en una casa perteneciente a un caballero acandado.

Sus gustos iban descendiendo a medida que descendía también su situación monetaria; así es que no le repugnó cortejar a una sirviente. Además ¡cuántos caballeros lo hacen por afición sin tener necesidad de rebajarse!



Elcira Marin.



Era esta muchacha Elcira Marin que despues la hemos visto figurar arrastrada inocentemente en el proceso.

Cada vez que pasaba Dubois por la casa le guiñaba el ojo y ella tambien se lo guiñaba a su manera. Un dia él la habló y poco le costó para entrar en íntimas relaciones.

Desde esa fecha Elcira quedó encadenada a su existencia. Sin saber por qué, por pura intuicion, llegó a convenirse que se habia ligado a un hombre malo del cual no podria jamas desprenderse. Dubois la dominaba en absoluto y ella obedecia sus órdenes cediendo a una fuerza superior. Pasaron los meses en esta situacion y Elcira intentó en varias ocasiones desprenderse de aquellos lazos; todo fué inútil.

Dubois en varias ocasiones salió a la calle con ella. Una vez que habia fiestas populares la llevó a los paseos.

Ursula lo vió con ella y desde ese dia nació en ambas mujeres un odio atroz a causa de los celos que sentian mutuamente. Ursula le dijo que si no se apartaba de Elcira lo denunciaria a la justicia.

Dubois no hizo caso y la amenazó con tomar una medida enérgica si acaso insistia en molestarlo.

Los patrones de Elcira la veían siempre preocupada y a veces la sorprendian llorando, y le preguntaban la causa de su pesadumbre y ella contestaba que no podia decir nada, pero que era mui desgraciada.

Un dia salió a la calle y encontró a Dubois que la esperaba. A pesar de que rehuia verlo a la menor indicacion de su amigo lo siguió obediente.

Cuando regresó a la casa la patrona la vió llorar y como siempre le preguntó la causa de su mal.

—No me pregunte nada, señorita, le dijo, porque nada puedo decirle.



No obstante la señora, picada su curiosidad, se obstinó en que le confesara la causa de sus lágrimas.

— Considere en mí nada mas que una persona que se interesa por usted y que le guardará el secreto, le espuso.

Por fin Elcira, confesó que se hallaba relacionada con un individuo que la hacia sufrir mucho y del cual no podia separarse.

— Me es imposible, señorita, agregó, desprenderme de ese hombre porque no hace mas que mirarme y tengo que obedecerle.

Así fué la existencia de Elcira Marin durante el tiempo que mantuvo relaciones con Dubois. Al poco tiempo de haberlo conocido, comprendió su error, pero no pudo evitarlo.

Para Dubois fué este amor un lijero incidente de su vida, del cual no se preocupó nunca detenidamente. Tomó ese amor como de quien venia, ni mas ni ménos que se toma una fruta apetitosa, pero que por su calidad no es posible colocarla en la mesa.

Mientras así pasaba la vida, Dubois hacia prodijios para tener dinero y pagar su pension.

En el hotel tenia que arreglar su hospedaje por quincenas y si por casualidad se sobrepasaba dos o tres dias mas del plazo, el dueño lo amenazaba con lanzarlo a la calle.

Dubois recurrió otra vez a su antiguo recurso de pedir dinero prestado. Cuando estaba de pensionista en la calle de Cochrane se preocupó de averiguar la vida y situacion de fortuna de una gran cantidad de personas de la ciudad.

Este trabajo no le fué difícil. Desde los balcones de la casa veia desfilan en direccion a la Bolsa de Corredores a todos los individuos de negocios. Despues de uno o dos meses de verlos casi diariamente llegó a familiarizarse con ellos y aprendió sus métodos de vida, sus vicios y manias.

En una ciudad como Valparaíso no es difícil saber la vida y milagros de cada uno de sus habitantes, pues aunque nos hiera en nuestra susceptibilidad, vivimos en una aldea grande. La jente se encuentra en la calle a toda hora y si no se saluda es por no aparecer demasiado amable o solicitando amistades. Aquí, a fuerza de verse a cada momento, los individuos llegan a hacerse simpáticos o antipáticos. No cabe un término medio entre las personas. De ahí provienen las rencillas y pelambres que a cada momento se oye murmurar en todos los círculos. Se sabe los trajes nuevos que usa Fulano, el precio del sombrero de la señora de tal, de qué vive don Pedro y con quién pololea la hija de don Juan. Soportamos una vida estrecha, a la cual poco se acostumbran los extranjeros al principio, pero que al fin concluyen por seguir la corriente porque no hai otra cosa que hacer.

Con estos antecedentes y con un poco de empeño no le fué difícil a Dubois saber la condicion financiera de todos.

Hizo una lista estensa en la que figuraban caballeros de diferentes posiciones sociales, corredores, médicos, abogados, comerciantes, etc., a quienes podia presentárseles en demanda de dinero.

Esta idea le dió desde el principio buenos resultados. Habia veces que obtenia hasta cien pesos diarios. Se presentaba a la oficina de un jefe de casa de comercio y se daba a conocer como ingeniero de minas, que se hallaba sin ocupacion. Pintaba con negro colorido su situacion y el caballero compadecido de la historia que oia o por librarse del importuno sacaba su cartera y le entregaba cinco, diez y veinte pesos. Algunos ademas de dinero le daban consejos. Los hombres se sienten superiores cuando



tienen a alguien a quien aconsejar. Dubois explotaba esta necesidad humana y oía pacientemente.

Al final de esos discursos, decía: «Si yo tuviese quien me diera una ocupación, inmediatamente me pondría a trabajar, pero no encuentro en ninguna parte».

Había muchas personas que se ofrecían para protegerlo y le recomendaban que volviese para ver si le hallaban algún empleo. Dubois volvía repetidas veces y de ese modo llegaba a intimar con sus protectores.

No hay nada mejor para conocer el carácter de los individuos que solicitando de ellos un favor.

Dubois se dedicaba de esta manera a observar a las personas por separado y había llegado a tener un gran conocimiento del corazón humano.

Durante los primeros meses su estratagemas le dió excelentes resultados. Pero cuando la lista se le agotó y tuvo que volver a traspasar los umbrales de aquellas casas en que ya lo habían favorecido encontró varias personas que lo reconocieron y le dirigieron palabras duras.

—Es usted un sinvergüenza le dijeron algunos. Si es un hombre sano y fuerte debe trabajar y no andar mendigando. Dubois guardó un odio profundo contra aquellas personas y pronunció el anatema de su venganza.

Otros caballeros en cambio no lo reconocían o aparentaban no haberlo visto anteriormente y sin dirigirle reproches le daban algún dinero.

Entre éstos había un joven, hijo de un millonario, que en cada ocasión en que Dubois le pedía dinero se lo daba sin decirle una palabra y a veces hasta sin mirarlo. Lo hacía por carácter, cediendo a un sentimiento innato de caballerosidad.

Alguien ha dicho que el que es verdaderamente cabalero da por orgullo, por probar que siempre es superior a los demás. Dubois sentía por este joven una gran simpatía. Al ver su figura elegante y distinguida y considerar su posición en la sociedad, solía decir:

—¡Quién fuese como él para dominar el mundo!

Una de esas listas que hizo Dubois fué encontrada después por la justicia en su habitación.

Por una casualidad la tuvimos una vez en nuestro poder y pudimos observar las curiosas observaciones que hacía de las personas. Se conocía que había hecho un estudio de sus caracteres y apuntado lo que los demás decían de ellas.

Como una curiosidad damos a nuestros lectores una parte de esa lista que hemos visto y cuyos nombres no nos es posible revelarlos. Cada uno tiene al lado una cantidad de pesos que no sabemos por qué motivo los colocaba allí Dubois.

Señor A.—Municipal—alto, rubio, figura de alemán. Sus amigos dicen que antes de entrar a la Municipalidad era un pobre diablo. Cuando habla dice: ¡lo digo yo! Como si fuese una personalidad. Llegado el caso de vender su voto, se dice que lo daría por mil pesos. Le he pedido tres veces dinero sin resultado. Al márgen tiene este nombre dos pesos.

Señor B.—Corredor de comercio.—Se recoje todos los días al aclarar. Su pasión son las bailarinas. Jugador atrevido al alza y a la baja. Se dice de él que es más zorro que inteligente y que un día puede llegar a tener una gran fortuna. Es insolente con los que están más abajo que él y adulon con los de arriba. Tiene pasión por los apellidos y su ideal es poder ser director de cualquier cosa. Es



simpático y tiene suerte con las mujeres. Me dió mas consejos que plata.

Señor C.—Corredor de comercio.—Intelijente y envidiado por todos. Vive tranquilo sin importarle un ardite lo que de él digan. Lo que le interesa es tener dinero. A despecho de todo el mundo se impone y se ha hecho el mas fuerte.

Lo que él hace con todos en materia de negocios estarían todos dispuestos a hacerlo con él. Siempre se ha portado jeneroso conmigo. Lleva una vida arreglada y es difícil poder sorprenderlo en condiciones favorables para un golpe.

Señor D.—Corredor menudo.—Pertenece a la categoría de los bonitos. Al lado de este nombre Dubois ha puesto una cantidad interminable de ceros.

Señor E.—Municipal.—Jóven de temperamento nervioso y atrevido. Su carácter lo puede llevar a las alturas como a la perdición; sin embargo, es de creer que triunfe. Me dió plata y me ofreció empleo.

Aquí aparece un nombre rayado con tinta lacre que examinándolo detenidamente parece ser el del señor Lafontaine.

Señor F.—Abogado.—Caballero intelijente, simpático y temido de todos. Se le saca siempre el sombrero por mantenerlo grato, porque se sabe imponer. Si no figura en la política es porque no quiere.

Señor G.—Comerciante.—Aquí aparecen varios ceros y una cruz. Al lado dice: "anciano mui rico".

La lista se halla rota al terminar este nombre y aunque parece haber sido mas estensa a nosotros no nos ha sido posible obtenerla completa.

A todas esas personas que ponía en lista Dubois les pedia dinero, no una sino varias veces. Su propósito era, además de sacarles plata, obtener de ellos datos de sus personas y de sus métodos habituales de vida que le pudiesen servir en caso de necesidad.

Por medio de esa lista se puede ver el resultado de sus observaciones.

Todos los meses Dubois obtenía una cantidad nada despreciable de dinero y de ese modo podía pagar su pensión y gastos personales. Pero con el tiempo su sistema no le daba resultados. Se había hecho pájaro conocido y mui pocas eran las personas que seguían protejiéndolo.

Los comerciantes, especialmente los que habían hecho su fortuna mediante un trabajo activo y paciente, se irritaban al ver un hombre vigoroso y jóven pidiendo dinero.





..

Don Reinaldo Tillmanns. — Un caso curioso. — Parecía un tigre en el momento de lanzarse sobre su presa.

Un caballero que siempre lo socorria era don Reinaldo Tillmanns.

Jeneralmente acudia a verlo Dubois en los primeros dias del mes. El señor Tillmanns conversaba con él breves momentos y nunca dejó de darle algunas monedas.

Cuando el criminal llegó a sentir apuros apremiantes revisó su lista y halló que una de las personas a quienes con mas probabilidades de éxito se le podia dar un golpe era el caballero nombrado.

La situacion aislada de su almacen, su edad avanzada y su costumbre de permanecer hasta tarde en la oficina eran circunstancias que él tenia estudiadas y que lo favorecian grandemente.

Meditó su plan durante mucho tiempo y una vez resuelto tomó toda clase de precauciones que creyó conducentes para escapar de la justicia.

El grave peligro en que se halló cuando asesinó al señor Lafontaine lo habia enseñado a ser mas previsor y a no descuidar por torpeza ningun detalle.

Cuando ya estuvo decidido a llevar a efecto el nuevo crimen, fué el dia anterior al almacen del señor Tillmanns para examinar la distribucion de sus departamentos y ver en qué parte podia ocultarse hasta que llegase el momento propicio de realizarlo.

El almacen del señor Tillmanns se hallaba situado en una parte de la calle Blanco mui poco favorecida por el



tránsito de personas. En el día el mayor movimiento lo constituían los carretones que llevaban mercaderías al malecón.

Apenas oscurecía cesaba allí todo tráfico y la calle quedaba solitaria. Hoi día toda esa calle ha sido destruida por el terremoto.

La oficina en que trabajaba el caballero nombrado tenía puerta de salida a la Avenida Errázuriz, además de la entrada que correspondía a la calle de Blanco.

Dubois calculó muy acertadamente, que podía escapar en caso de peligro hacia la Avenida Errázuriz y ahí ocultarse entre la inmensidad de carga depositada a la orilla de la playa.

Decidió entonces efectuar el golpe al oscurecer, a la hora de comida. Para ello contaba Dubois con la costumbre del señor Tillmanns de quedarse el último en el almacén hasta que los empleados y su hijo, que trabajaba en su compañía, se hubiesen retirado.

Se vistió con una ropa oscura y se puso un sombrero negro alon para poder ocultar el rostro. En seguida se fué a colocar en la esquina de la calle de Blanco y de Molina, a regular distancia del almacén del señor Tillmanns. Cuando se hallaba en observación, en uno de los balcones del Gran Hotel apareció la figura de M. Stael y se fijó con insistencia en él. Dubois trató de ocultarse tras de un poste del teléfono para no ser reconocido. En estos casos hai que obrar con prudencia, dijo.

Pasó el tiempo. Cuando comenzaba a oscurecer, los focos eléctricos del malecón se iluminaron repentinamente.

Después pasó un encendedor de faroles y a escape encendió el que se hallaba cercano a Dubois. La ciudad

quedó iluminada y sumida en esa tranquilidad y cesación de todo ruido que sucede a los horas del crepúsculo. Encendió nerviosamente un cigarrillo Corona Africana, de W. Hahn y después otro y otro.

De la oficina del correo salió un sujeto de baja estatura y cojo. Se paró un momento y después se puso a pasear cerca de Dubois para verle su fisonomía. ¡Qué cojo tan curioso, dijo el criminal! ¿Tendrá alguna analogía la curiosidad con la tojera?

El sujeto no se retiró hasta que consiguió verle la cara, Dubois no quiso volver la faz para no despertar sospechas.

El asesino, acostumbrado a las largas esperas, ya fuese para pedir dinero o para realizar sus crímenes, dejó pacientemente que transcurriese el tiempo y llegase el instante adecuado.

A las casas vecinas fueron llegando poco a poco sus moradores a comer. Dubois aparentaba seguir su camino y volvía otra vez a estacionarse.

Como a las siete y media salió del almacén el hijo del señor Tillmanns y el criminal lo vió desaparecer en dirección a la calle de Condell.

A los pocos momentos salió el propio señor Tillmanns con un paquete de cartas en la mano. ¿Tan temprano se retirará? dijo Dubois. ¡Bonito sería que otra vez, como me pasó con el señor Lafontaine, tuviese que esperar otro día más!... El caballero se dirigió a paso mesurado al correo número 3. Entró ahí y compró estampillas para el franqueo.

El asesino adoptó entonces una determinación. Se dirigió rápidamente al almacén a ver si había luz. Llegó allí



y vió que en el escritorio del señor Tillmanns estaba una lámpara prendida. Esto me prueba, dijo, que tiene que volver aquí. ¡Ocultémonos dentro de la oficina! Tomó entónces un manojo de llaves del bolsillo y sacando una la metió en la cerradura. La chapa cedió y el criminal se introdujo al almacén.

Como ya conocia su disposicion se fué derecho a un pequeño departamento de lavabo y allí se ocultó en un rincón. Sacó la daga de la cintura y la puso en el bolsillo interior del paletot para usarla con mayor rapidez.

A los diez minutos de estar a la expectativa sintió abrir la puerta.

Parece que el Sr. Tillmanns encontró algo raro en la chapa porque la estuvo examinando un momento ántes de entrar.

En seguida cerró la puerta y se dirigió a su escritorio.

Su figura imponente de anciano venerable hubiese impuesto y acobardado a cualquiera otra persona que no fuese Dubois. Sus patillas blancas que le cubrian el pecho le daban un aspecto de patriarca, como deben haberlo sido los santos hombres de la biblia.

Llegó a su escritorio, abrió la caja de fondos y en seguida tomando sus anteojos volvió a comenzar su trabajo interrumpido. Dubois lo vió completamente abstraído en la escritura de una carta.

La division que separaba la pieza en que se hallaba, era un tabique mui bajo, de modo que una persona de pié era vista desde el lado.

El asesino, para no ser notado, tuvo que inclinarse lo mas que pudo y caminar de este modo. Con el puñal en la mano derecha, el paletot abrochado y la mano izquierda pronta para agarrar a su víctima parecia un tigre en el momento de echarse sobre su presa.

En la puerta del escritorio se detuvo un instante para examinar la situacion y tomar aliento. La víctima seguia tranquila, ignorante de que un segundo la separaba de la muerte. En seguida, recojiéndose en sí mismo, el asesino dió un salto y quedó frente al señor Tillmanns. Este, sorprendido, levantó la vista y al ver a un hombre ante sí se irguió rápidamente.

El criminal entónces levantó el brazo y sepultó la daga con un golpe formidable en el pecho del señor Tillmanns. El desgraciado anciano cayó al suelo sin proferir un grito, muerto instantáneamente por el arma del bandido.

Dubois no usaba de contemplaciones con sus víctimas ni se detenía tampoco a examinarlas para ver si todavia existian. Sabia mui bien que en esas ocasiones cada minuto tiene un valor inapreciable.

Lo primero que hizo fué examinar la caja de fondos que se hallaba abierta. No encontró ninguna suma de dinero, solamente papeles y documentos que para él no tenían importancia alguna. ¡Qué mala fortuna persigue mis actos! murmuró. ¡Otra vida arraucada infructuosamente! Revolvió furioso las demas subdivisiones de la caja para ver si encontraba algun objeto de valor. En un pequeño departamento encontró unos diamantes para cortar vidrios y la suma de treinta pesos en billetes.

Todo esto no vale el trabajo de una hora. ¡Y pensar que yo arriesgo mi libertad y arranco una vida por estas bagatelas!

Pueda ser que en los bolsillos del traje encuentre algo mas, dijo, y tomando el cadáver con sumo cuidado para no mancharse con sangre le hizo un registro minucioso. No encontró tampoco nada de gran valor. El señor Till-



manns no acostumbraba llevar consigo alhajas ni sumas crecidas de dinero.

—¡Habré de conformarme con estas menudencias!... dijo el criminal con amargura.

Echó en seguida todo lo recogido en el bolsillo del pantalón, sacó la daga de la herida de la que brotó un chorro de sangre y en seguida se examinó las ropas y el calzado para cerciorarse de que no tenía manchas.

Dejemos a la justicia o a la familia, murmuró, el cuidado de recoger a la víctima. Salgamos ahora a la calle que es lo más práctico... Mi persona la estimo mucho para arriesgarla sin objeto...

Abrió a continuación la puerta de la calle de Blanco y ahí permaneció un momento observando si había jente. En la esquina de la plazuela de Bella Vista había un guardian de facción. Era la única persona que se divisaba. Dubois cerró la puerta y tomó la dirección de la calle de Pudeito para no encontrarse con el policial.

Cuando se hallaba a varias cuadras del sitio del atentado se detuvo un momento para examinarse nuevamente el traje. No encontró nada que pudiese delatarlo.

Como los otros, este crimen no será descubierto, dijo, hablando consigo mismo. Si me vuelvo a meter en una aventura semejante, entonces sí que aseguraré muy bien que el golpe sea productivo. No me gusta matar por matar. Toda cosa en la vida debe tener un objetivo. Si yo he cometido este asesinato ha sido por robo y debía haber obtenido el resultado que perseguía. Cuando mate por venganza —y ganas no me faltan— entonces no tendré lugar de hacerme las recriminaciones que me hago en estos momentos. En la plaza de la Victoria Dubois tomó un tranvía del Almendral y se fué al hotel a comer, pues sentía apetito.

Mientras se desarrollaban estos sucesos la familia del señor Reinaldo Tillmanns se hallaba intranquila por su tardanza. Aunque tenía la costumbre de llegar tarde, su atraso era ya demasiado.

Como a las nueve de la noche, su esposa, acompañada de una de sus hijas, se resolvió a bajar de la casa en que vivían, en el cerro Alegre, con el objeto de ver lo que había pasado.

Serían las nueve de la noche cuando ambas llegaron a la calle de Blanco.

En el umbral del almacén se detuvieron un momento. La luz continuaba encendida y la puerta se hallaba entreabierta. El presentimiento de una desgracia las sobrecojió en esos instantes y ninguna se atrevía a entrar. Por fin la hija del señor Tillmanns dando pruebas de valor, entró decididamente al interior.

Un grito desesperado, salido de lo más hondo del corazón, dió al ver a su padre tendido en el suelo en un charco de sangre.

—¡Padre mío! ¡Padre mío! dijo, y se avalanzó sobre él. Le palpó el corazón angustiosamente a ver si aun vivía. La esposa al sentir los gritos de la hija entró también y juntas presentaron el más sublime cuadro de dolor que es posible imaginar.

Cuando se repusieron un momento, salieron a la calle dando voces de auxilio. Acudió el guardian y poco a poco se reunió jente que solamente pudo comprobar el crimen. El hijo de la víctima llegó a los pocos momentos después y no pudo explicarse cómo había podido ocurrir a su desgraciado padre tanta desgracia en los breves momentos que hacia se había separado de él.



Después llegó la policía, médicos y los demás miembros de la familia, quienes dieron a la justicia los detalles que les parecieron mas reveladores para descubrir al asesino.

Dubois concluyó de comer y no quiso salir a la calle. Se fué a su pieza y allí se tendió sobre un diván. Se abismó en sus pensamientos y lo sobrecojió una especie de ensueño.

Después de una crisis nerviosa pasan por el cerebro atropelladamente las ideas y se piensa mas en un instante que en centenares de dias.

En esta especie de sopor vió que el dia apuntaba. Todavía no habia podido abandonar el letargo en que se hallaba sumido. Gritos terribles, desesperados, que subian de la calle llegaron a sus oídos. Eran los que todos los dias sentia a la misma hora, cuando los vendedores se dirijian al mercado. El ruido, por fin, lo despertó completamente. Examinó el reloj, el mismo que robara al señor Lafontaine. ¡Cómo! las cinco de la mañana!... dijo.

Se incorporó en el diván y entonces lo recordó todo.

Al principio creyó que estaba enfermo, que se hallaba próximo a volverse un alucinado. Esperimentaba una sensacion de frio, efecto de la fiebre que lo invadiera hacia un momento. Comenzó a tiritar de tal manera que los dientes le castañeteaban unos contra otros.

Abrió la puerta de su pieza y escuchó: todo dormia en la casa.

Las manchas rojas de las paredes, a la luz del alba le parecian charcos de sangre. Pasó entonces una mirada de sorpresa por su persona.

¿Cómo pudo echarse sobre el diván, sin desnudarse?

La madrugada era clara y volvió a tener la obsesion de examinarse la ropa.



Señor Reinaldo Tillmanns.



No se contentó con una inspeccion hecha con el traje puesto, era necesario sacárselo. Se desnudó y pasó un minucioso registro por tres veces seguidas.

Nada encontró, con escepcion hecha del pantalon que tenia unas hilachas en los extremos y habian tomado sangre coagulada. Las cortó con prolijidad y las echó al recipiente.

Cuando se convenció de que nada anormal tenia y que en caso de ser detenido no se le podria probar nada, tomó una cantidad de bromuro para calmar los nervios y se acostó a dormir.

A la media hora se sentian sus ronquidos tranquilos como los de un justo. Era él, un caso típico del criminal. Sus facultades sufrían pequeñas perturbaciones que no llegaban a adueñarse de su persona durante mucho tiempo.

Despues de esa pequeña crisis, ya se hallaba de nuevo tranquilo como siempre.

Si en esos momentos se hubiese presentado la policia a prenderlo, se habria quedado perpleja ante lo que observaba.



\* \*

El criminal cambia de domicilio.—¡No es robado! agregó con rabia.—Don Gustavo Titius.—Otra vez Luisa.

A las 12 del día Dubois se hallaba otra vez levantado y fué a almorzar.

Solamente uno de los diarios locales daba la noticia del asesinato.

Dubois lo leyó con interés y conversó con algunos huéspedes de lo ocurrido.

Desde ahora, dijo, no abandonaré un momento el revólver, porque en esta ciudad no hai seguridad para nadie.

Durante varios días leyó con avidez los periódicos y volvió a recomenzar su vida anterior, seguro de que nadie seria capaz de descubrirlo.

Pero ya no le convenia vivir en el mismo hotel "Los Andes" donde habia pasado tantos meses. Lo encontraba mui monótono y a veces, en las noches, pasaba en vela a causa de que algunos huéspedes de vida "desairada," que acudían a dormir metían demasiada bulla.

Se dedicó durante algun tiempo a buscar un departamento mas central a donde trasladarse.

A Ursula y a la Marin no las fué a ver hasta que pasaron varios días del asesinato, para estar tranquilo en la conversacion con ellas. Ursula aparentó ignorarlo todo aunque bien comprendió Dubois que sospechaba de que era él el autor del asesinato. La Marin parece que verdaderamente nada sospechó.

Despues de laboriosas diligencias encontró la habitación que buscaba en la calle de Cumming. Arregló con



la propietaria su alquiler por un precio módico y adoptó el sistema de comer en algún restaurant.

Con el nuevo método de vida se halló contento aunque siempre estuviese necesitado de dinero.

Para pagar los días de pensión en el hotel Los Andes y dar algo adelantado en su nuevo alojamiento, tuvo que ir a empeñar el reloj de oro, robado al señor Lafontaine.

Se presentó a una agencia situada en la calle de la Victoria y pidió que le diesen por él en calidad de préstamo la suma de ciento cincuenta pesos.

—¿Quiere cincuenta pesos? le dijo el dueño del negocio.

—¡Cincuenta pesos!... dijo Dubois.

¡No es robado! agregó, con rabia, por tan bajo ofrecimiento.

—Si acaso quiere y si nó... puede retirarse, se le contestó.

Dubois que tenía apuro de dinero y sabía muy bien que en cualquiera otra parte se le ofrecería un préstamo igual, se decidió a dejarlo por la suma indicada.

Dió el nombre de Luis Brihier para que se le estendiera el boleto y se retiró.

A los pocos días de estar en la calle de Cumming, tuvo que empeñar los diamantes robados al señor Tillmanns. Su situación monetaria era otra vez apremiante y Dubois no hallaba qué hacer para tener plata.

Recorria inútilmente todas las oficinas de aquellas personas anotadas en su lista, pero casi todas se negaban a darle la mas pequeña suma.

Un día que andaba en estos pasos estuvo un momento detenido en la esquina de la calle de Prat y de Urriola. Los corredores de comercio pasaban a su lado hablando de

negocios, de los cuales Dubois poco entendía porque nunca se había mezclado en acciones.

Dos sujetos se detuvieron a su lado dispuestos ya a separarse. El entonces se aproximó a donde estaban para saber qué trataban. Oyó que hablaban de un negocio de minas y desde ese momento tomó gran interés en no perder una sola palabra de la conversacion.

Al separarse, uno de ellos dijo:

—Lléveme a mi oficina algunas muestras de minerales y entonces podremos seguir hablando.

Dubois siguió al caballero que había dicho estas palabras, porque comprendió que podía sacar alguna utilidad de él.

La persona nombrada siguió por la calle de Cochrane, en dirección al Puerto y después entró a una oficina.

El criminal examinó las planchas situadas en la puerta y entre varias leyó el nombre del señor Gustavo Titius. Los otros nombres eran de personas a quienes conocía personalmente de modo que creyó estar en la seguridad que ese era el caballero que buscaba.

Al día siguiente indagó minuciosamente qué clase de persona era el señor Titius y de qué se ocupaba. Supo que trabajaba como agente comisionista y que también tenía negocios mineros.

Dejó pasar el tiempo meditando la manera de entrar en relaciones con él para pedirle una ocupacion o sacarle dinero mediante una hábil farsa. Para ello contaba con su título de ingeniero de minas y sus conocimientos en la materia.

Se dedicó con ahinco a buscar piedras de minerales para presentárselas como muestras de una mina en la cual él era uno de sus propietarios.



En esta tarea demoró varios días. Mientras tanto seguía tranquilo en su habitación de la calle de Oumming. Iba allí solamente en las noches, después de haber recorrido la ciudad vagando a la ventura.

Una noche que se recojió mas temprano que de costumbre, sintió los acordes de una banda de música y a poco su pieza se iluminó de viva claridad.

Salió al balcón y vió que se trataba del entierro de un bombero.

El cortejo marchaba lentamente ascendiendo la empinada subida que conduce al cementerio.

—Estraña costumbre la que hai en Chile, exclamó Dubois. ¿Por qué motivo enterrarán a los bomberos al son de una banda de música?

La fúnebre comitiva pasó frente a su ventana y poco a poco, a medida que iba desapareciendo se extinguían también las luces de las antorchas.

El criminal miró distraídamente hacia un balcón situado frente al suyo. Grande fué su sorpresa al ver en él, en compañía de un joven, a Luisa, la misma niña simpática que conociera en la casa de pension de la calle Cochrane y de la cual ya no se acordaba.

Luisa parecía que lo estaba observando hacia rato. Lo saludó cariñosamente y Dubois contestó del mismo modo.

Su acompañante se fué a los pocos momentos a las habitaciones interiores y Luisa quedó sola en el balcón.

Dubois quiso tantear su ánimo y la miró de una manera significativa. Luisa se sonrió y puso coquetamente la mano en la mejilla en actitud pensativa.

Algun aficionado a sacar deducciones de las posiciones que adoptan las mujeres, habría notado en ella el deseo de alentar al criminal a seguir la aventura.

El, que en todo demostraba ser audaz, impelido por la actitud de la joven, le hizo señas de que deseaba hablarla. Luisa fué hacia el interior y demoró un largo rato en volver al balcón. En ese intervalo vió Dubois salir al joven que la acompañaba y perderse por la plaza Aníbal Pinto.

En seguida ella puso la mano en forma de bocina y le dijo que atravesase a su casa a hacerle una visita. El no se atrevía, pero Luisa le dijo que no tuviese cuidado porque era con el conocimiento de la dueña de casa.

—En un momento mas voi allá, le dijo. Y, efectivamente, atravesó la calle y fué a ver a Luisa, quien lo esperaba en el salón en compañía de una señora.

A los pocos momentos ésta se retiró y los dejó solos en la pieza.

Comenzaron entónces ámbos a explicar su vida desde que habían dejado de verse. Dubois inventó una historia cualquiera, en la que aparecía siempre como un personaje interesante a propósito para herir la imaginación romántica de la joven.

Luisa le contó que su hermano había llegado del norte y que vivía en su compañía. Era él a quien había visto en el balcón.

Le agregó que su situación se había hecho insoportable en la casa de pension a causa de las constantes persecuciones de un viejo que se había enamorado de ella.

Aprovechó la llegada de su hermano para influir a que vivieran en otra casa.

En seguida, Luisa, algo confundida, doblando distraídamente los flecos de su pañuelo de rebozo, le contó que su hermano le había presentado un joven que viajaba como sobrecargo en el vapor *Loa* de la Compañía Sud-Ameri-



cana. Agregó que la había pedido en matrimonio y que ella, a pesar del recuerdo que siempre le guardaba, se había comprometido.

—Usted nunca mas se acordó de mí, le dijo, así es que yo creí que jamas nos volveríamos a encontrar.

Ademas, el jóven se portaba tan atento conmigo. En cada viaje me traía una cantidad de regalos: pañuelos de seda de Panamá, perfumeria de Lima, loros de Guayaquil; cuanta cosa creía que podía serme agradable. A la dueña de la pension le obsequiaba cabezas de plátano, etc. Fueron tantas sus instancias que al fin concluí por ceder. Todos me decían que sería mui feliz casándome con un sobrecargo.

A mí no me gusta esa ocupacion, concluyó, porque deja a las pobres esposas abandonadas durante tanto tiempo. ¡La vida de la mar es tan peligrosa!

—Hizo usted mui bien en comprometerse, le dijo Dubois.

Yo le espresé y se lo vuelvo a decir ahora que conmigo no habria sido feliz. Y no crea usted, Luisa, que le dejo de tener una profunda simpatia. Es usted seguramente la mujer que mas me ha gustado en la vida. Pero... es mejor que no entremos en esplicaciones. Ha hecho usted mui bien, le repito, en tomar una resolcion semejante.

Conversó un rato mas con ella y en seguida se despidió. Entre ámbos desde ese momento mediaba ya una eterna separacion.

...

Los negocios del señor Titius.—Ambos perdieron el tiempo.—Llegó el momento supremo.

Se fué a su pieza y ahí se puso a meditar en su negocio con el señor Titius.

Resolvió ir al dia siguiente a verlo, llevando las muestras de minerales.

El señor Titius, como todas las personas que se ocupan de minas, se interesó desde el primer momento con lo que le proponia con toda maña para tentarlo.

Como había pasado con el señor Lafontaine, Dubois y el señor Titius al cabo de varias conferencias que tuvieron ámbos llegaron a intimar y siempre iba el primero a verlo a la oficina.

De este modo supo Dubois que tenia una mina en Limache a la que consagraba gran atencion, porque creía que podía hacer su fortuna.

Pero el negocio que él le había propuesto no podía dar resultados y cualquier dia el señor Titius podía sospechar que era víctima de una supercheria. Todas las tentativas de Dubois para sacarle dinero habían resultado infructuosas y mientras tanto su situacion se comprometía cada vez mas. Un dia se propuso asesinar, como lo había hecho con los demas, al señor Titius y robarlo.

Obró esta vez sin premeditacion alguna, deseoso de concluir de una vez con la premura de dinero y pagar las cuentas urgentes que todos los dias lo molestaban.

Así llegó el dia fatal... Era un dia sábado. En la tarde, a las dos, mas o ménos, estuvo Dubois a ver al señor



Titius. En la conversacion, hábilmente traída por aquel, supo que éste se dirigiria ese mismo día, por el espreso de la tarde, a Limache, donde debia pagar sus jornales a los trabajadores de la mina.

La víctima, inconscientemente, puso en conocimiento de su asesino todos los datos que indicaban a éste era llegado el momento de operar.

A las tres de la tarde, mas o ménos, separóse Dubois del señor Titius, o mas bien dicho tuvo que separarse de él, pues dicho caballero tenia que ir al Banco para sacar de allí tres o cuatro mil pesos, cantidad que necesitaba para hacer el pago de los trabajadores de sus minas.

Tres mil pesos en dinero, un riquísimo reloj de oro y la correspondiente cadena, y dos espléndidos anillos con brillantes de crecidísimo precio, que usaba siempre el señor Titius, constituían un botín jeueroso y poco comun para Dubois.

Salió el criminal de la oficina del señor Titius, despues que éste se dirijió al Banco, y parado frente al escritorio que en ese momento abandonaba y mirando alejarse a la víctima, se puso a reflexionar...

Cualquiera persona, cualquier hombre observador que se hubiera fijado en aquel hombre, chico de estatura, pero robusto y fuerte, habria notado en él la intensa preocupacion que le dominaba: una arruga profunda surcaba la frente del bandido, como si marcara la idea de arrepentimiento que en esos momentos por su cerebro pasaba intensamente...

En efecto, decíase el asesino, por qué no me dedicaré a la vida honrada; soi fuerte, dijo, mientras con la mano derecha se pulsaba los robustos músculos del brazo iz-

quierdo; soi intelijente, exclamó, dándose una palmada en la frente; soi jóven, dijo sonriente.

En seguida, un momento de indecision se dibujó en su semblante; pero no duró aquello sino cortos segundos: fué un rayo en medio de la tempestad. En efecto, una sonrisa satánica se dibujó en el semblante del bandido que, haciendo un mohin despreciativo, miró de reojo las puertas de la oficina Titius y se alejó lentamente...

Habiale dicho el señor Titius que pensaba irse en el tren de Arratia; y esto venia a derribar todo el castillo de sus combinaciones. No habia, pues, otro remedio que hacerle perder dicho tren.

Posesionado el bandido de esta necesidad, no vió otra manera de impedir el viaje que interesarlo en algo de suma importancia. Recorrió su imaginacion, estrujó su cerebro y dió con la idea feliz para sus planes, fatal para el señor Titius. Inmediatamente se decidió a ponerlo en práctica.

Esperó a la víctima en la esquina Coronel Urriola con Cochrane y allí la encontró nuevamente. No bien la hubo visto, cuando le dijo:

—Señor Titius; tengo algo de suma importancia para usted.

—¿Qué cosa? exclamó aquel un tanto intrigado.

—Algo que puede dar a usted espléndidos resultados pecuniarios.

—¿Sí?

—Sí, señor Titius.

—Vamos a ver, dijo éste.

Dubois, con la chispa de que disponia para contar y referir historias, interesó tanto al señor Titius que cuando éste pensó en ir a tomar el tren de las 4.15 eran las 4.30. Miró el señor Titius su reloj, se convenció de que habia



perdido el tren ya, y con la calma propia de todos los alemanes, se conformó y siguió la conversacion con Dubois; pero no queriendo perder el espreso, tren que partia de la estacion del Puerto a las 5.15, se despidió de Dubois y salió en busca de un amigo, que habia de acompañarlo a Limache, donde despues de pagar los jornales a los peones, pensaba dedicarse a las interesantes emociones de la caza.

Nuevos esfuerzos de Dubois para conseguir que el señor Titius se atrasara y perdiera otra vez el tren de 5.15.

Y con astucia diabólica consiguió su fin...

Sabia Dubois a quién iba el señor Titius a buscar, persona que de todas maneras tenia que ponerse de acuerdo con éste.

Inmediatamente puso en práctica el plan fragnado: con astucia grande calculó que sacando a éste de su oficina, el señor Titius no lo encontraría, no hablarían, por consiguiente, y entónces aquel no emprendería viaje.

Se fué por otra calle al escritorio del caballero buscado por el señor Titius y tuvo la suerte de encontrarlo en el momento mismo en que éste se dirigia al escritorio de aquel.

Lo dejó salir Dubois y en la puerta se apoderó de él, lo interesó con historias hábilmente relatadas, lo condujo por calles torcidas, hízole perder el tiempo, y logró llegar con éste al escritorio del señor Titius.

Inútil fué, pues, que ámbos se buscaran. Perdieron el tiempo y el tren de 5.15.

A las 5.30 se encontraron los dos caballeros que acordaron irse en el tren nocturno.

—Bien, dijo el señor Titius, cuando esto fué resuelto, así podré escribir esta noche algunas cartas urjentes que debo contestar.

— Mejor, agregó Dubois, para sí mismo, así podré concluir contigo y realizar un espléndido negocio.

Siguió Dubois persiguiendo a su víctima, la vió entrar al Hotel de L' Union para comer y entónces dijo: ha llegado el momento de obrar. Se dirigió al escritorio del señor Titius, abrió la puerta de calle con una llave que para el caso tenia preparada, entró, miró a todos lados y se encerró en un escritorio vecino al del caballero a quien iba a asesinar, separado del de éste tan solo por una division de madera y vidrio y se resolvió a esperar.

Sabia muy bien que nada de valor podia encontrar allí, pues el dinero que el señor Titius sacó del Banco andábalo trayendo en un maletin que no abandonaba por ningun concepto. Encontró solamente un jockey y un frasco de perfumes perteneciente talvez a algun empleado.

Trazado el plan, se sentó a descansar tranquilamente en un sillón; entornó los ojos, tocó su daga de agudísima punta, la linterna eléctrica que en un bolsillo llevaba, se echó hacia atras y se quedó inmóvil.

Meditó allí por espacio de hora y media, gozando en reproducir para sí solo, los múltiples asesinatos que en su vida podia contar; vió pasar ante su vista los cuadros de sangre, las miradas suplicantes de tantos inmolados; pensó en sus amores: Ursula Morales y Elcira Marin; recordó a sus padres, los paises que habia atravesado, hasta que llegó por fin a posarse su imaginacion sobre Luisa, la jóven de la calle Cochrane.

Embebido estaba en estos pensamientos, cuando sintió que una llave penetraba en la cerradura, la sintió jirar, vió abrirse la puerta, entrar al esperado, que despues de cerrar por dentro se dirigió confiadamente a su escritorio.



Lo vió sentarse y tomar la pluma y empezar a escribir una carta que no habia de concluir...

Dubois, reconcentrado en sí mismo, sacó su daga, la miró con cariño, la pasó de plano sobre la palma de su mano izquierda repetidas veces, como hacen los barberos, y encorvado, ocultándose, se preparó a entrar al escritorio del señor Titius; pero en esos precisos momentos éste se levantó de su asiento...

Me ha sentido, pensó Dubois y sintió helarse su sangre en las venas al recordar que el señor Titius andaba armado de revólver...

Por desgracia, nada de esto habia sucedido: el señor Titius miró sobre su escritorio, abrió varios cajones, y no encontrando lo que buscaba, una pluma nueva, se dirigió resueltamente a sacarla del escritorio vecino.

Iba a llegar, pues, el momento supremo... aquél llegó a la puerta del departamento en que se encontraba Dubois cuando vió alzarse sobre él la hoja brillante de un puñal... Levantó el brazo para barajar el golpe que se le venia encima y sintió en su pecho la impresion de una quemadura horrible: era la primera herida! Pero, como no dió en el corazon, no perdió la víctima sus fuerzas, y, por el contrario, lo apurado del trance dióle enerjias sobrehumanas para abrazar al bandido, en el cual reconoció a Dubois, su protegido en mas de una ocasion...

Trabóse entre ámbos una lucha espantosa; pero mientras la víctima trataba de dar en tierra con el bandido, éste lo apuñaleaba por la espalda, pues tambien mantenalo abrazado. ¡Estraña suerte del destino: el mismo ademan que sirve a los hombres para demostrarse entre sí el mútuo afecto, el abrazo fraternal, servia al asesino para matar a su víctima!

Debilitado el señor Titius con la sangre que perdía, se sintió como invadido por estraña somnolencia y se fueron soltando involuntariamente sus brazos. Entónces el asesino comprendió que era llegado el momento final: con el brazo izquierdo sujetó a su víctima por la cintura y con el derecho levantó en alto su daga, que un segundo despues quedaba sepultada hasta el pomo en el corazon de don Gustavo Titius.

Con un movimiento brusco lo rechazó en seguida, y con lúgubre estruendo resonó aquel cuerpo humano que azotaba contra el entablado en el silencio profundo de aquella casa desierta.

Dubois se estremeció, se lanzó sobre la lámpara de luz eléctrica, dobló la llave de ésta y quedóse inmóvil, en aquel oscuro sitio.

Aguardó un momento y observando que nadie venia, cogió su linterna eléctrica, y un chorro de luz fué a posarse sobre el rostro de la víctima, amoratado aun.

En seguida puso el cadáver de espaldas, le estiró bien las piernas, hizo otro tanto con el brazo derecho, luego con el izquierdo, y cuando vió el cuerpo como sobre una cruz, abrió el veston, sustrajo la cartera que habia en el bolsillo interior de él, sacó violentamente los valiosos anillos de los dedos, arrancó de un tiron el reloj y la cadena de oro, miró el maletin sobre el escritorio, lo abrió, vió dentro los billetes de banco ordenados y amarrados los diferentes paquetes; dió un puntapié al cadáver, sonrió y mirando el lavatorio fué a lavarse en él las enrojecidas manos con la sangre ajena; se las secó en seguida con un ejemplar de un periódico, se arregló el desorden de sus ropas, se pasó la mano por los cabellos, cogió el maletin; se bebió una copa de pisco Daniel Igle-

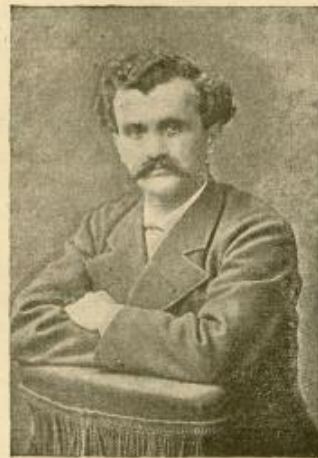


sias, de Coquimbo, del que siempre gustaba el señor Titius; respiró con fuerza para saturar de aire sus pulmones, y salió tranquilamente...

Al cerrar la puerta, pasaba frente a él un tranvía eléctrico, cuyo maquinista hacia sonar en esos precisos momentos la alegre campana de bronce.

—Imbécil, se dijo Dubois, jamás llegará ese maquinista a figurarse lo que acabo de hacer, y, sin embargo, he ganado más dinero en dos horas que él en un año.

Cerró tras de sí la puerta y se alejó tarareando la *Donna e mobile* y pensando en Luisa.



Señor Isidoro Challe.



\* \*

Despues del crimen.—Lo hizo por reirse en sus barbas.—  
El noviazgo de Luisa.

Nunca se habia sentido mejor Dubois que al dia siguiente al despertar.

Durmió toda la noche profundamente, sin que ninguna sombra de remordimiento acudiese a su conciencia a desvelarlo.

Este fenómeno no le habia sucedido con los demás asesinatos cometidos, a causa de que en casi todos no habia obtenido la misma remuneracion que le produjera la de su último crimen.

Era dia Domingo, dia en que hasta los que no hacen nada durante la semana se sienten dispuestos a la holganza. Dubois era de natural perezoso, se sentó en la cama y pasó revista a las incidencias del crimen que habia cometido la noche anterior. En seguida abrió el cajon de su velador y se puso a contar con supremo deleite los billetes robados al señor Titius. Despues tomó los anillos de brillantes y observó si calzaban en sus dedos. La cadena y el reloj de oro de gran valor, dieron grande alegría al criminal.

—¡Tengo para largo tiempo de descanso! murmuró Al fin he podido dar un golpe que compense mis esfuerzos.

Se levantó pausadamente, poniéndose cada prenda de vestir a largos intervalos y en seguida salió a la calle a comprar los diarios, que era una de sus diversiones favoritas cada vez que hacia un atentado.

Bajó a la plaza Aníbal Pinto, y ahí, en una cigarrería, compró *El Mercurio* y *La Union*. Se proveyó de un pa-



quete de cigarrillos Corona Africana, de W. Hahn, de Tacna, y en seguida siguió a pié por la calle de Condell hasta el restaurant donde tenia su pension, situado en la calle de Yungai.

Llegó allí un poco atrasado, cuando los parroquianos se hallaban de sobremesa. Dubois, de buen humor, trabó conversacion con ellos. Habia allí individuos en su mayoria extranjeros que comentaban el crimen ocurrido. Cada cual daba su opinion y esponia qué clase de persona debia ser el criminal que matase con tanta audacia.

— A mi modo de ver, dijo Dubois, se trata de algun extranjero, un frances talvez, a juzgar por la maña que se da para no ser descubierto.

Creo que no tenga cómplices, porque de otro modo habria sido encontrado.

Con estos antecedentes, es mui difícil que la policia pueda dar con él.

Signió dando su opinion, que en todo coincidia con los medios de que se valia él para matar. Lo hizo esto por buen humor, por reirse en sus barbas de aquellos sujetos que comentaban y hablaban a tontas y a locas.

Cuando hubo concluido de almorzar fué a ver a Ursula y a su hijo. Les hizo a ambos una visita que se prolongó hasta la tarde y al despedirse, despues de haber acariciado con ternura a su niño, le dejó para que se comprase ropa una regular suma de dinero.

Por la noche fué al teatro y allí tuvo una agradable sorpresa.

A poca distancia de su asiento vió a Luisa con su hermano y otro jóven que no conocia y que inmediatamente supuso fuese el novio de quien ella le habia hablado.

Se puso a observarles sin que lo notasen y por lo entretenidos que conversaban se confirmó en sus sospechas. No quiso que lo viesen y permanecié oculto durante toda la representacion.

Luisa le pareció esta vez mas hermosa que otras veces, talvez por lo mismo que veia mas distante su cariño. Le llamó la atencion el traje negro, que realzaba su cutis moreno y sus ojos sombreados, esos ojos románticos que habia admirado desde el momento que la conoció.

Como Dubois llevaba de ordinario una vida arreglada, apesar de que tenia dinero en su bolsillo, no quiso ir a ninguna otra parte y se fué a acostar. Quedó un momento en el balcon de su casa observando la llegada de Luisa, con los postigos a medio abrir para no ser visto.

El hermano y el acompañante de la jóven llegaron a los pocos momentos y los tres entraron a la casa. Dubois se encerró tambien en su habitacion. Se acostó y volvió a leer los diarios, con lo que se quedó dormido a los pocos momentos.

Llevaba ya un dia de tranquilidad, sin que la policia lo hubiese molestado.

El criminal tenia la seguridad de que si no lo sorprendian infraganti, despues no lo encontrarían a pesar de las mas hábiles pesquisas.

A los varios dias se le vió con ropa nueva y su aspecto abandonado que habia tenido anteriormente cambié de un modo halagador para su persona.

Por supuesto que se guardó mui bien de usar las joyas robadas al señor Titius, que podian haberlo delatado.

En medio de esta aparente felicidad, el criminal tenia una aguda espina que le punzaba a toda hora el corazon.



Era su amor por Luisa, que se habia avivado con la presencia de otra persona que la cortejaba.

Desde que la vió en la noche en el teatro, habia quedado con curiosidad por saber qué pensaba hacer ella; si acaso lo habia olvidado completamente.

—Mejor es evitar todo encuentro, se habia dicho los primeros dias, pero despues, aunque era hombre de gran fuerza de voluntad, concluyó por idear la manera de hablarla.

Sabido es que los hombres de mayor enerjia fallan, en tratándose de amores, así es que no es extraño que veamos a Dubois avasallado en esta ocasion.

Buscando el medio de tener una entrevista con ella pasaba horas enteras en la ventana asechando, pero todo era inútil, pues Luisa no aparecia.

No obstante, a cada momento la veia salir en compañía de su hermano o del otro jóven, pero no le era posible hacerle ninguna señal.

Ella tampoco lo miraba; tan solo lo saludaba por cortesía.

—Algo anormal sucede, concluyó por pensar Dubois. Será que Luisa esté próxima a casarse..

Un dia que se hallaba como siempre entregado a hacer conjeturas, recibió un sobre que desde el primer momento se le ocurrió lo que podia ser.

Era la invitacion que le hacia Luisa para que asistiera a su matrimonio, el que debería verificarse al dia siguiente en la iglesia de San Luis.

La jóven no sentia ninguna cortedad al invitarlo a la ceremonia, a él que apareció siempre ante sus ojos como un individuo que no quiso corresponder a su amor.

Uraño a todas las exhibiciones sociales, Dubois no pensó un solo instante en ir al matrimonio. Nada se lo habria impedido, es verdad, y al fin y al cabo su título de ingeniero de minas le habria abierto campo en la voluntad del hermano, ya que tan obsequiosas se muestran las personas ante los títulos profesionales, como si ellos fueran la fortuna al alcance de todos.

Cuando se quiere saber alguna cosa íntima de una casa no hai medio mas práctico que recurrir a las sirvientas: unos cuantos pesos dados a tiempo allanan todo obstáculo.

Los dueños de casa pocas veces se guardan de hablar delante de la servidumbre y ella observa y se hace poseedora de secretos que muchas veces se pagarian a precio de oro por ocultarlos.

El criminal a quien nadie podia enseñarle a conocer este sistema, al dia siguiente llamó a la sirvienta de la casa de Luisa y por ella supo que el novio se habia dado prisa en efectuar el matrimonio porque el vapor *Loa* debía salir en viaje de regreso del sur en pocos dias mas.

Dubois no pensó ya en ver a su antiguo amor. No hai para qué turbar su tranquilidad, se dijo.

Pero concibió la idea de asistir a la ceremonia oculta-mente sin que fuese visto por los invitados o personas de la casa.



...  
¡Supremo instante para una niña!—Hacia muchos años  
que Dubois no entraba a un templo.—¡Amaos siempre!  
—En la vida no existe la felicidad.

Cuando se aproximó la hora señalada en la esquila  
para el matrimonio, Dubois salió de su habitación y tomó  
el camino del cerro.

En la puerta de la casa de Luisa había un modesto  
coche de alquiler y en las ventanas se notaba abundancia  
de luces.

—En estos momentos estará haciendo los últimos arre-  
glos en su traje de novia, pensaba Dubois, mientras ascen-  
día lentamente el camino en dirección al templo.

¡Supremo instante para una niña, meditaba. El matri-  
monio es para una mujer el desenlace de una comedia en  
la que al final ve la muerte de sus ilusiones.

A una joven de la sociedad actual se la educa esclusi-  
vamente para ser conducida a un buen enlace.

Se descuidan en gran parte las conveniencias morales  
para perfeccionarla en dotes que la hagan brillar y apare-  
cer seductora ante los hombres. Así, la mujer, guiada por  
ese camino, concluye por cifrar en él gran parte de su  
mejoramiento personal. Mas que su union con una  
persona a quien ame, una niña educada según nuestras  
costumbres actuales, ve en el matrimonio la transición a  
otro medio mas opulento de fortuna. Todas esperan que  
al par con su casamiento obtendrán ricos trajes, coches y  
alhajas, a la medida de su posición social.

Jeneralmente la realidad no corresponde con estas aspi-  
raciones. En vez de un marido, como se lo imaginan,



siempre amante de ellas y pronto a darles gusto en sus caprichos, encuentran un hombre de quien reciben un primer desengaño junto con los primeros días de matrimonio.

El castillo de naipes se desploma, salvo raras escepciones, a los pocos meses, cuando el macho satisfecho paga el cariño con la indiferencia, el abandono o el tratamiento brutal. Mueren entónces para ella todas las ilusiones que formaron el ambiente de su juventud.

Así meditando llegó Dubois a la iglesia de San Luis en donde debía verificarse el matrimonio de Luisa.

Era todavía demasiado temprano.

Solamente habia en la iglesia dos o tres fieles que se destacaban como sombras inmóviles y rígidas en la penumbra.

Las luces del altar mayor proyectaban una claridad indecisa sobre las imágenes que vistas en la sombra parecían gigantescas.

Hacia muchos años que Dubois no entraba a un templo. No recordaba la época. Talvez en su juventud lo habria hecho.

Anduvo de puntillas para no hacer ruido hasta la mitad de la nave central, y se puso a examinar los altares. Recuerdos perdidos ya en el tráfico de su existencia aparecieron a su memoria. ¡Pocas son las personas que dejan de sentirse impresionadas ante la solemnidad de un templo!

Se sentia un olor peculiar a iglesia, mezcla de incienso, de perfume femenino y de vapores humanos. Se afirmó en una columna en medio de la oscuridad y ahí esperó el momento en que debía llegar Luisa.

A un lado y a otro de la iglesia estaban los confesionarios: una especie de casucha en la que todos los días penetraba el religioso a dar la absolución a los penitentes.

— ¡Cuántas lágrimas se habrán derramado en esas tablas destruidas por el roce de las rodillas pensó Dubois. ¡Cuántos corazones habrán encontrado su alivio y, de infelices que se creían al entrar, habrán salido tranquilos y dichosos con las palabras del sacerdote! ¡La relijion es la única fuente en donde el enfermo desahuciado por la sociedad encuentra su curacion! ¡Felices los que son creyentes, porque ellos jamas pueden ser desgraciados!...

Dubois vió un reclinatorio y allí fué a arrodillarse. Poco a poco se iba apoderando de él una intensa melancolia.

Su vida, esa vida sembrada de crímenes, aparecía ante su vista y los fantasmas de sus víctimas parecían decirle: "¡Asesino, arrepiéntete, confiesa tus faltas!"

Las manos de Dubois se crisparon ante esos recuerdos. Todos los hombres tienen su momento de flaqueza y el criminal atormentado por la sangre que ha derramado tiene en ciertos momentos instantes de completo abandono de sí mismo.

Un ruido de pasos y el crujir de sedas que sintió a sus espaldas lo sacó de estas meditaciones. Miró y vió a poca distancia de sí una jóven que entraba acompañada de un caballero vestido en traje de etiqueta. Era una niña rubia, de un rubio encendido, como dicen que lo son las mujeres caprichosas y sentimentales.

Se sentaron en los bancos destinados a los fieles y allí quedaron como los demas silenciosos y ensimismados.

— ¿Serán invitados al matrimonio de Luisa? pensó Dubois.

Un muchacho de actitud poco varonil salió de la sacristía y comenzó a encender las velas del altar mayor.

Era el sacristan que hacia los preparativos de la cere-



monia. Poco a poco la iglesia fué llenándose. Entró luego con el mayor desenfado un sujeto parecido a la figura que sirve de réclame al Té Demonio y se sentó en uno de los bancos. A ése poco le falta, dijo Dubois, entrar tarareando alguna cancion de café cantante. Esos son los individuos que al penetrar a un templo quieren dárseles de espíritus fuertes y que desprecian la relijion. Son esos, precisamente, los mas infelices. Todo cerebro bien constituido debe ser respetuoso por la relijion en que ha nacido. El hombre que piensa se guarda mui bien de hacer demostraciones absurdas que inspiran la lástima de los demas.

La nave quedó iluminada profusamente y la concurrencia se hizo cada vez mayor.

— ¡No creí que el matrimonio de Luisa fuese tan concurrido! dijo el asesino.

Grande fué su sorpresa al ver entrar otra pareja de novios que no era la que él creía.

La aparicion fué precedida de un movimiento jeneral.

Todos se precipitaban para verlos, escudriñando el traje que llevaba la novia, su andar y sus menores ademanes. Llegaron hasta los asientos que se les tenia preparados y a los pocos momentos apareció el sacerdote oficiante.

Los padrinos y damas de compañía de la novia se colocaron a sus espaldas y el órgano dejó sentir sus acordes. Una voz pura entonó luego un Ave María que resonó en todos los ámbitos de la iglesia. En seguida el religioso comenzó una allocucion a los desposados.

..... Vosotros, que entráis a una nueva vida, pensad siempre que el matrimonio es una carga difícil de llevar si no la soportais pacientemente. La tolerancia mutua de vuestros defectos y flaquezas debe ser la norma que adopteis en cada momento de vuestra existencia."

Despues dirijiéndose al novio, espresó: "Educad a los hijos por el sendero que os han señalado vuestros antecesores, para que cuando llegueis a la ancianidad no recojais de ellos la ingratitud, el mas cruel de los castigos. Vos, a quien la fortuna os ha prodigado bienes y riquezas, acordaos siempre que en medio de vuestra opulencia hai jente que jime y muere de miseria!

¡Que vuestros caudales no se mantengan como el agua detenida que se corrompe a falta de movimiento!"

Y a continuacion, volviéndose a la novia:

"A vos, jóven esposa, es a quien debo dirijirme especialmente. Espinas y no una senda cubierta de rosas es la que os espera en la vida que iniciáis. La estabilidad de la sociedad se basa en la educacion que las madres den a sus hijos. No os apartéis jamas de este precepto: en la cuna de vuestros hijos enseñadles a ser creyentes, pues de lo contrario hareis de ellos seres escépticos espuestos en cualquier momento a seguir la pendiente del vicio.

"Soportad con resignacion cristiana los caprichos de vuestro marido, pues el papel de la esposa es obedecer y callar, resignada con la suerte que le depare su eleccion. ¡Amaos siempre! ¡El amor es la palanca que mueve el Universo!"

Eran las palabras de la iglesia, palabras que se vienen repitiendo desde que existe el sacramento del matrimonio.

Dubois escuchaba al sacerdote y murmuraba: ¡Quién pudiera agregar algunos otros preceptos que, como los anteriores, son absolutamente necesarios para la constitucion del matrimonio!

¡La iglesia habrá previsto el caso de que ámbos contrayentes cuenten con los recursos necesarios para sostener



el hogar que constituyen? Esa misma iglesia moralizadora de la humanidad, cuando los hombres se presentan a celebrar el matrimonio debería examinar si acaso cuentan con lo necesario para sostenerse en la vida, para sostenerse ellos y alimentar a los hijos, que son una consecuencia natural del amor; pues desde el momento que dos individuos se enamoran dejan de pertenecer al mundo de las personas bien constituidas para ser dos enfermos del espíritu que no ven friamente el porvenir.

Por eso mismo, porque son desde ese instante unos alienados, la iglesia, que juzga las acciones humanas con criterio sereno, debía imponerles condiciones especiales, para ser útiles a la civilización y al progreso de la humanidad.

Dubois, que así pensaba, no vió entrar a Luisa cuando los que habian llegado ántes que ellos se hallaban todavía en la iglesia.

Luisa venia acompañada de su hermano, y de una pequeña cohorte de invitados. Vestía un traje negro, como lo es el traje habitual de los novios, pobres, y él, el futuro marido, un terno de chaquet, que aparecía deslucido ante la magnificencia del frac que ostentaba el otro novio.

Mientras terminaba la ceremonia los acompañantes de la jóven y ella misma tuvieron que esperar a un lado de la nave de la iglesia. Los demás asistentes se fijaban en ellos con menosprecio al verlos esperando de pié que saliera la comitiva lujosamente ataviada allí presente.

Por fin la orquesta tocó una marcha y el cortejo salió.

Aun no se perdían los ecos del rodar de los carruajes o el grito de los muchachos, cuando Luisa ascendió al altar mayor y ocupó el mismo sitio dejado por los novios anteriores.

Como ella ¡cuántas almas habrían desfilado por allí, llevando los mismos ideales y el corazón henchido de ilusiones!

El religioso los casó y los novios permanecieron de rodillas sin saber que ya había terminado la ceremonia. Como permanecieran en la misma situación novios e invitados, al rato después salió un monaguillo y les dijo que podían retirarse.

Solamente en esos momentos vinieron a darse cuenta de que ya estaban unidos.

No hubo reparto de azahares, ni los abrazos de que tan descosadas se muestran siempre las mujeres con el cándido propósito de que se les pegue el espíritu santo.

Un modesto coche de alquiler esperaba a los novios a la salida.

Dubois permaneció todavía un momento oculto tras una columna para no ser notado.

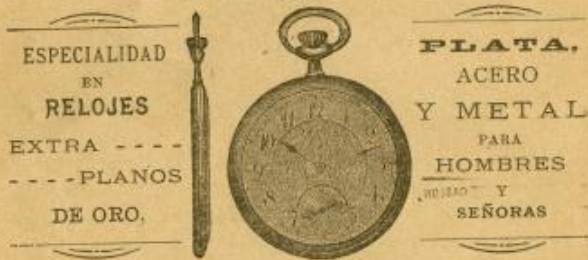
El ruido de los pasos del sacristán que iba a cerrar la puerta lo sacó de su abstracción.

La figura de Luisa, hermosa mas que nunca con su tocado de novia, seguía cantivándole y sentía en su ser una amargura cruel que recorría todo su cuerpo. Permaneció así algunos instantes todavía y después, desechando sus pensamientos, murmuró con ironía, buscando él mismo un consuelo: En un tiempo no lejano, la verá cargada de hijos, deformada por la falta de cuidados, y de la jóven ideal de quien pude prendarme solo quedará una matrona obesa y prosaica.

En la vida no existe la felicidad, concluyó después, solo existen los momentos felices. Pero ¿no es verdad que los momentos que suceden al matrimonio entre personas que se aman equivalen a toda una vida?



**CAHEN HERMANOS**  
IMPORTADORES DE  
Alhajas, Relojes, Brillantes y artículos de fantasía.



CALLE ESMERALDA, 92=VALPARAISO=CALLE ESMERALDA, 92

El asesinato del señor Challe.—¡Sangre! gritó.—¡Está aquí su papá?

Durante mucho tiempo fué Dubois un hombre feliz, aparentemente, si es que felicidad pueden tener los criminales.

Vivía bien con el dinero robado al señor Titius y no tenía que pensar en la manera de pagar el mes de pension, pues tenía dinero en abundancia.

A pesar de todo sentía dentro de sí un malestar inexplicable que se traducía en odio tenaz contra algunas personas.

En su idea de vengarse en alguién de los sufrimientos que soportaba, llegó a tener una aversión profunda a algunos caballeros que anteriormente lo habían tratado con acritud por sus incesantes solicitudes de dinero.

Entre estas personas se encontraban los señores, Julio Duprez e Isidoro Challe. Especialmente contra el señor Duprez tenía el criminal concentrado todo su odio. Ideó entónces matar a estas dos personas, no para robarles sino por venganza, por el deseo de ver derramar su sangre.

Al señor Challe lo veía pasar a su almacén todos los días, pues vivía cerca de la habitación que él ocupaba; cuando lo encontraba en su camino lo saludaba cortesmente y muchas veces conversaba con él, dominándose para no dejar traslucir sus intenciones.

Los días pasaban y Dubois siempre sentía la misma obsesión de venganza, como si necesitase apagar la fiebre de su cerebro con sangre humana.



Había llegado a su período álgido de criminal dejenerado que mata por el placer de matar. Un día no se pudo contener mas y se puso a la obra. Preparó sus elementos de crimen, tales como la daga, el laque y la linterna y se decidió a matar cuanto ántes al señor Challe.

Comenzó por calcular el sitio donde debía matarlo. En su almacén situado en la calle de Condell se convenció que le sería imposible, pues se retiraba siempre en compañía de sus empleados.

Inspeccionó entónces su método de vida. Pudo imponerse que salía todas las noches, iba al club frances o a casa de algun amigo y se recojía a las doce de la noche.

La casa en que vivía se prestaba como ninguna para un atentado.

Se hallaba ubicada en el pasaje Ladford, sitio por donde no transitaba jente y era ella el final de todas las casas del pasaje.

La reja de fierro que la dividía de una especie de quebrada que se veía a sus piés, era especial para descolgarse y huir en caso de apuro.

Llegó el día en que Dubois lo tuvo todo preparado.

A las ocho de la noche se puso en el balcón de su pieza a la expectativa del señor Challe. Poco despues de las ocho y media este caballero descendió por la calle de Cumming, hasta la plaza Anibal Pinto y siguió por la calle de Condell hácia el Almendral. Dubois lo vió caminar por la plaza y calle de la Victoria. Al lado del Parque Municipal entró a una pastelería a comprar un paquete de caramelos y el criminal entró tambien para conversar un momento con él.

Ambos se saludaron amistosamente, pero el señor Challe se despidió a los pocos instantes, talvez porque



Señor Davies.



tuviere apuro o porque le desagradase la presencia del asesino.

Dubois lo signió nuevamente, hasta que entró al Círculo Frances.

—El caballero permanecerá aquí mucho rato, dijo, y la espera sería para mí molesta y aun sospechosa, así es que mejor lo asecharé en las vecindades de su casa en donde podré ocultarme cómodamente.

Entró a una cantina situada en la plaza Aníbal Pinto y pidió una copa de pisco Daniel Iglesias. En seguida sacando su reloj, comprado hacia pocos días en la joyería de Schwalb, vió la hora.

—Las nueve y media, dijo, queda todavía mucho tiempo. Bebió varias copas mas y se retiró.

El farol que iluminaba la entrada del pasaje Ludford, podía serle de malas consecuencias para el atentado que proyectaba, entónces espíó un momento en que no hubiese nadie y listo como un gato subió por el cañón del gas y dió vuelta la llave.

La calle y el pasaje quedaron en absoluta lobreguez.

Unos muchachos salieron de una casa vecina llevando unas botellas vacías de cerveza y a poco regresaron trayendo otras llenas de licor.

—Por aquí debe haber alguien remoliendo, dijo el criminal.

A las once de la noche pasó un guardian y al ver el farol apagado se puso a pitar.

Aunque lo hizo por mas de un cuarto de hora nadie acndió.

—Es inútil que pitees, murmuró por lo bajo el asesino. El guardian no lo vió, pues permanecía bien oculto debajo de unas escalas que subían al cerro.



—Ya se acerca la hora, dijo, voi a tomar colocacion.

Subió los tramos de piedra del pasaje, saltó la verja de fierro de la casa del señor Challe y se ocultó tras de unas plantas, afirmado contra la pared para no hacer bulto.

En los altos habia luz. En otra casa contigua se divisaba por entre los cristales de la ventana una señora de fisonomia interesante que leia atentamente un libro.

—La situacion no es mui buena que digamos, espresó Dubois, pero de aquí a las doce es probable que esa señora cierre las persianas.

Inmóvil y sin hacer el menor ruido el criminal esperó pacientemente el momento de dar el golpe.

Minutos ántes de las doce salieron unos jóvenes, los mismos que habian mandado comprar cerveza, y sus voces se perdieron en el silencio de la noche.

La señora que leia cerró la ventana y todo el barrio quedó tranquilo.

Dubois oyó cantar un gallo y despues otro y otro, hasta que el concierto se hizo jeneral en la poblacion. Desde donde se hallaba colocado se divisaba en la faldas de los cerros multitud de lucecillas que brillaban sobre el fondo oscuro de las casas, como un manto tachonado de lentejuelas.

La campana del reloj del Espiritu Santo dió las doce y el sonido metálico produjo un golpe en el corazon del criminal.

A las 12.10 minutos Dubois sintió los pasos de una persona que subia.

Apareció entónces el señor Challe caminando despacio con el baston en una mano. Llegó a la verja, metió la llave en la cerradura y la abrió.

El criminal quedó listo para dar el golpe. La víctima se volvió para echar la llave a la puerta y volvió otra vez a seguir el camino de su casa. En ese momento el asesino salió de su escondite y tiró una puñalada al pecho del señor Challe apuntando al corazon.

Este alcanzó a ver el movimiento y levantó las manos en alto en actitud de hacer uso de su baston. La daga fué a herirlo en la mano a la altura de la muñeca, haciéndole un tajo que comprometió el hueso. ¡Socorro! gritó. ¡Asesinos!

El criminal al ver que habia errado el golpe tiró otra puñalada por lo bajo y dió en el vientre de la víctima, la que al sentirse herida de muerte se afirmó contra la pared de la casa.

Ese momento lo aprovechó Dubois para lanzarle una última puñalada al corazon, que esta vez fué certera.

En seguida, viendo que corria peligro inminente de ser sorprendido, saltó la reja con la daga en la mano y emprendió la fuga.

El filo del arma dió en la muralla y le hizo una rayadura de cerca de media vara.

El grito dado por M. Challe despertó a su esposa, la que salió al balcon a ver lo que ocurría. Vió entónces el cuerpo de un hombre tendido cerca de la reja y un individuo que huia precipitadamente.

Al sentir la carrera y la voz de la víctima, la señora que leia en la casa vecina se asomó a su vez.

Vió tambien el cuerpo, y lo primero que se imaginó fué que se trataba de un accidente. Llegó la primera donde él y quiso levantarlo del suelo. Sus manos tocaron un líquido caliente que inundaba las ropas de la víctima. ¡Sangre! gritó sobrecojida de la mas violenta impresion.



A los gritos que daban los dos testigos de esta escena acudieron los vecinos y el sitio se llenó a los pocos instantes de novedosos que acudían a ver lo que había pasado.

Dubois escapó por el pasaje y en su carrera llegó hasta la esquina de la plaza Aníbal Pinto, por la que intentó descender a la calle de Condell, pero como viese a dos personas detenidas en la esquina cambió de dirección y optó por reñijarse en su casa.

Pasó a toda velocidad por frente al guardián, el que nada hizo por detenerlo.

Cuando se halló en su pieza, cubierto de sangre y de sudor, exclamó ansiosamente: ¡Estoy salvado!

Sintió después el galope de los caballos de los policiales y el movimiento de la jente, alarmada con lo que acababa de suceder.

A los pocos minutos, junto con la policía y los vecinos, llegaron al sitio en que se había cometido el crimen algunos médicos y periodistas que indagaban los menores detalles del suceso.

El señor Challe se hallaba en un charco de sangre, con la cabeza hacia la reja de afuera.

Se procedió entonces a llevarlo al salón de su casa la que había sido abierta y se encontraban allí, además de su esposa, sus dos hijos.

Un repórter tomó de los pies el cadáver y un guardián de los brazos y de ese modo lo depositaron sobre la alfombra de la pieza.

Allí los empleados de la sección de pesquisas practicaron un registro minucioso en los bolsillos y en todo el traje del señor Challe.

La herida del corazón había atravesado la vuelta del paletot poco más abajo del ojal; el paletot, la camisa

almidonada y la camiseta y penetró once centímetros en el cuerpo.

El mismo agente de la sección de seguridad, sacó del bolsillo un aparato y midió la profundidad. En seguida juntó los bordes de la herida para ver con qué clase de arma había sido hecha: si procedía de puñal o daga o alguno de esos cuchillos que usan los reos de la cárcel.

—Esta herida, dijo, es de daga y tiene la misma anchura y caracteres de las que se observaron en los señores Tillmanns y Titins.

Un sentimiento de pavor recorrió a todos los presentes.

Después que se hubo desnudado el cadáver aparecieron al descubierto las demás heridas; la del vientre era más ancha que la del corazón y había vaciado los intestinos.

El señor Challe tenía su reloj de oro con cadena y en la cartera la suma de doce pesos. No tenía alhajas, pues nunca las usaba.

Mientras la pesquisa hacía estas indagaciones de las habitaciones ocupadas por la esposa del señor Challe partían gritos desgarradores que hacían todavía más triste la escena.

A las tres de la mañana los curiosos y la policía se retiraron y el cadáver quedó velándose por los deudos de la familia.

Dubois pasó toda la noche con el oído atento al menor ruido.

A cada momento le parecía sentir la policía que llegaba a la puerta de su casa a buscarlo.

Al venir la mañana durmió un rato y se levantó después a la hora de costumbre.

Durante el resto del día se ocupó en oír los comentarios de la jente y él mismo se mezcló varias veces en las conversaciones.



Hai un fenómeno inexplicable que induce a todos los criminales a ir a visitar el sitio en que han cometido su asesinato, cuando no pueden ver a la víctima misma.

Dubois sentia unos deseos irresistibles de ir a la casa y darse cuenta del terreno en que se habia desarrollado el suceso.

Impelido por esta idea se fué donde el señor Challe. En su camino encontró varios curiosos que volvian o se hallaban examinando el sitio.

A la puerta de la casa estaba uno de los hijos de la víctima, jóven de unos 17 años. Dubois lo vió y lo primero que se le ocurrió, cortado ante su presencia que aparecia como una vision acusadora, fué preguntar por el señor Challe.

—¿Está aquí su papá? le interpeló.

El jóven lo miró con estrañeza, pero atontado por el dolor que sentia no se le ocurrió sospechar de él.

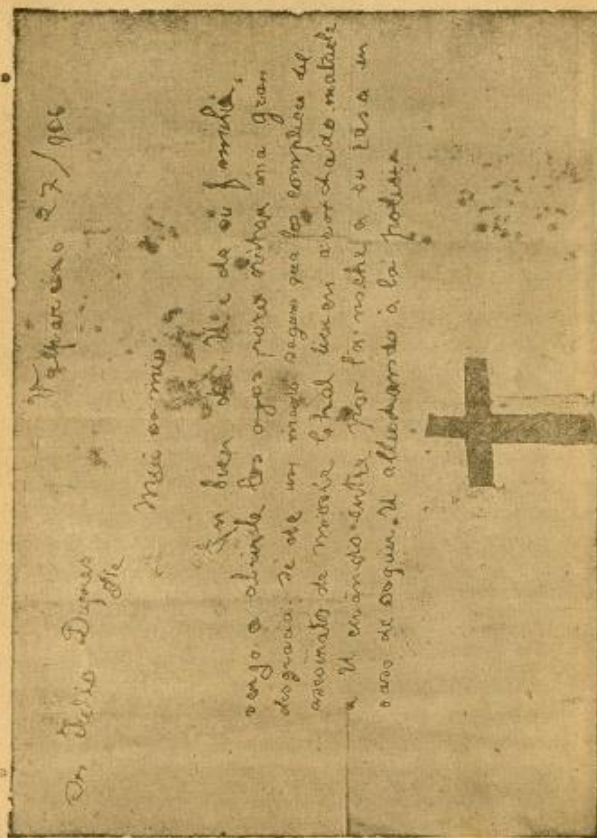
—Mi papá fué muerto anoche, le contestó.

—¡Muerto! contestó Dubois poseido de la mayor sorpresa y en seguida trató de que se le explicara cómo habia pasado el suceso. Dió pruebas en ese momento del mayor cinismo.

En la noche ya habia recobrado otra vez su calma habitual y asistió perdido entre la multitud a los funerales de la víctima. Oyó los comentarios y como siempre se convenció de su impunidad.

Pasados varios dias dijo: me queda todavia otra persona de quien vengarme. Era ésta el señor Duprez.

Tomó un papel y escribió disfrazando la letra y gozando de antemano con la sorpresa que iba a causar:





El señor Duprez abrió la carta y, como era de esperarlo, se guardó muy bien de andar siempre desprevénido.

La idea de Dubois, en este caso, era dar un golpe de audacia, amenazando primero a la víctima para en seguida hacerla caer bajo su puñal. Durante largo tiempo espíó sigilosamente sus pasos hasta que se aburrió y abandonó momentáneamente la empresa.

—Ya le llegará su hora, dijo sentenciosamente.

Pero como hai una justicia y el individuo que marcha por la senda del vicio tiene que tarde o temprano recibir su castigo, para Dubois habia llegado tambien su hora.



..

Su último atentado.—¿Qué me quiere usted señor?  
le dijo.—Dubois en la Comisaría.

El dinero robado al señor Titius le dió a Dubois para vivir durante varios meses con relativa comodidad. Pero, como en un area que se saca siempre y nunca se deposita tiene que al fin concluirse, Dubois vió llegar el día en que no le quedaba sino unos cuantos pesos. Los anillos, la cadena y el reloj del señor Titius todo lo habia realizado dándose maña para que no descubriesen el robo. La costumbre de matar lo habia enseñado ya a ser temerario y organizaba sus asesinatos con fria calma, disponiéndolo todo, sin pensar nunca en el castigo ni sin que tampoco le atormentase su conciencia. Buscó una víctima para aprovecharse de ella, y la encontró en el respetable caballero señor Davies, a quien siempre le pedía dinero sin que jamas se lo negase.

Como siempre, espíó su manera de vivir y lo preparó en seguida todo convenientemente. Era el mes de Junio y se acercaba la época de la eleccion de presidente. La ciudad estaba revuelta con los gritos de los partidarios de los candidatos y todas las noches las calles se veían invadidas de una muchedumbre turbulenta y bullanguera. Esta circunstancia favorecia especialmente a Dubois. Pensó y meditó bien cuál seria el día conveniente para dar su golpe y decidió por fin llevarlo a efecto el 25 de Junio cuando fuese mayor la efervescencia popular.

Ese día tomó sus aparatos de muerte y se lanzó a su aventura. Llevaba en sus bolsillos la linterna sorda, la



inseparable daga, el laque y un manojo de llaves de todos tamaños que había ido juntando desde largo tiempo atrás, entre las que se encontraba la robada al señor Lafontaine.

Sabía Dubois que el señor Davies comía temprano en el hotel Colon y en seguida se recojía a su casa situada en la plaza del Orden. Al mozo lo despachaba a veces, y ese día lo había visto precisamente salir.

A las siete y media, cuando mas fuertes se sentían los gritos a favor de los candidatos, se dirigió a la casa del señor Davies; contaba poder entrar utilizando las llaves y la linterna. Lo demás ya sabía él como realizarlo.

Jamas se ha visto que un criminal escape siempre a la policía. Demorará algun tiempo en caer bajo sus garras, pero al fin cae.

En la plaza había una mesa electoral concluyendo el escrutinio y en la acera opuesta un piquete de caballería.

Dubois abrió la puerta de calle y trató en seguida de forzar la mampara que daba acceso a la escala haciendo uso de sus llaves. El señor Davies, por una casualidad salvadora, se hallaba cerca de la mampara y sintió el ruido. Sospechó inmediatamente que se trataba de un ladrón y sin hacer bulla se fué a ver lo que pasaba. Dubois no sintió nada y siguió torzando la cerradura.

Mr. Davies abrió entónces con un movimiento rápido la puerta y se encontró frente a frente del asesino a quien tomó fuertemente del pecho. A pesar de su ancianidad el señor Davies es una persona bastante vigorosa.

Dubois se cortó ante la sorpresa inesperada, pero inmediatamente recobró su sangre fría.

—¡Qué me quiere usted señor! le dijo. Soy Dubois. ¡Suélteme usted!

Al mismo tiempo trataba de salir hácia la calle, pero el señor Davies lo tenía aprisionado contra la pared y amenazaba estrangularlo. El asesino entónces trabajó por desprenderse y se entabló entre ámbos una verdadera lucha de titanes: el uno por desprenderse y el otro porque no se le arrancase su presa. Se sentían las respiraciones de ámbos y sus vistas se encontraban como dos poderes destructores. El señor Davies, que se sentía flaquear, gritó con todas sus fuerzas en ingles: */Murder!* (¡Asesino!) pero su voz fué a perderse en el bullicio de la calle.

Dubois logró por fin sacar el laque que tenía en su bolsillo y descargó un fuerte golpe sobre la cabeza de su adversario. En seguida, creyendo haberlo muerto o aturdido salió a la calle a paso lento para no despertar sospechas. Pero el señor Davies recobró sus sentidos y se arrastró hácia el umbral de la puerta y pidió auxilio. Dubois que ya había andado buen trecho, apresuró el paso al sentir que alguien lo seguía, y despues, no pudiendo contenerse, emprendió veloz carrera dando la vuelta por la calle de Melgarejo. Cuando una persona corre todos los demás la siguen. Los muchachos gritan «¡al ladrón!», «¡atájénlo!» y forman una algarabía fenomenal. Fué lo que pasó en la fuga de Dubois.

Llegó a la plazuela del Bombero seguido por varias personas, tropezó allí y perdió la linterna, quiso tomarla, pero viendo que ya lo alcanzaban volvió a correr por la calle de Blanco hasta el pasaje número 1. En este espacio perdió el manojo de llaves. Se hacia en contra de él una verdadera cacería y el peligro era inminente. El asesino corría, corría, pero siempre había alguien a su espalda. En el malecón intentó esconderse pero no pudo y volvió otra vez a emprender la carrera por la Avenida Errázuriz



hasta la calle de Melgarejo y de ahí otra vez hasta la plaza de Bellavista. Allí, estenuado, perseguido por una cantidad de jente, se detuvo y trató de dominar la situación diciéndo que era una persona conocida. Un guardian lo tomó y lo condujo a presencia del señor Davies. Esto lo reconoció y lo hizo conducir a la comisaria. Estaba ya perdido. La justicia de Dios castigaba al criminal.

En la comisaria quiso imponerse a fuerza de audacia; otra vez ya lo había conseguido, cuando asesinó al señor Lafontaine, pero ahora era diferente, había sido sorprendido en infraganti delito.

Desde este momento comienza la lucha entre la justicia, encarnada en la persona del juez, y el reo que quiere con su astucia y negativa constante despistar a todos.

De la comisaria Dubois fué conducido a la mañana siguiente a la cárcel, de donde todos los días era llevado a presencia del juez señor Santa Cruz para ser interrogado. El pueblo acudía a verlo en las tardes. Descendía del carro celular y las miradas se fijaban con desprecio en su persona. El los miraba arrogantemente a todos y parecía desafiarnos. Tenía Dubois esa mirada de los hombres eminentemente magnéticos, que dominan a las multitudes y a los locos. La misma mirada de los domadores que reducen a la obediencia a las fieras enjauladas.

El juez comenzó la requisición de las pruebas. Poco a poco fueron acumulándose los cargos y apareciendo las presunciones en contra del criminal, el que siempre trataba de salir bien en las declaraciones. A veces cuando el juez parecía tenerlo en un callejón sin salida, Dubois salía con una respuesta fuera de lugar y lo burlaba aparentemente.

De todos los procesos criminales habidos en Chile, ninguno mas laborioso y difícil que el que le correspondió al juez Santa Cruz.

Se las tenía que haber con un individuo conocedor de las leyes chilenas y que tenía bien estudiada la manera de que no se le probara nada. Sin embargo, el proceso poco a poco fué adelantando. El reo no pudo probar varios actos y dar cuenta de cómo se encontraban en su poder las llaves y el reloj del señor Lafontaine, etc., todos aquellos detalles reveladores y profundamente convincentes que obran en el proceso.

Cuando Dubois se vió ya perdido ante la justicia, a los varios meses de encontrarse encarcelado adoptó el sistema de no hablar nada. A las preguntas que le hacía el señor Santa Cruz, contestaba con evasivas o salidas fuera de tono. Otras veces no hablaba nada, entónces fué llegado el momento de pronunciaci3n de la sentencia del juez. Dubois pasó a ser el tema de todas las conversaciones y los repórters de la prensa acudían diariamente a conocer su vida, y lo que hacía y lo que pensaba... para satisfacer la curiosidad pública.

Su vida fué de grande sufrimiento moral y físico durante los primeros días de prisi3n.

Despu3s, cuando fué trasladado a un calabozo de la cárcel, su situaci3n cambi3.





**Graham, Rowe y Ca.,**  
**Importadores.**

**El régimen carcelario en Chile.—Lo que es la Cárcel de Valparaíso.**

Las cárceles en nuestro país están muy lejos de ser un sitio al cual se le pueda llamar de verdadero castigo.

Muchas personas habrá que por curiosidad hayan ido a visitar alguno de los establecimientos penales que hai en Chile: todos son iguales, en todos ellos hai un mismo sistema carcelario y de consiguiente los reos tienen un mismo régimen de vida.

La cárcel de Valparaíso es un establecimiento que no fué construido para el objeto que hoy desempeña.

Es una construcción de adobes, baja y de aspecto sombrío. Para llegar a ella hai que trasmontar un cerro, desde el cual se divisa la ciudad con sus hacinamientos de casas, los mástiles de los buques y mas cerca aun las cruces de los cementerios. Si alguna vez subís a la hora del crepúsculo cuando las campanas tocan el *angelus!* y la luz no permite distinguir los objetos con claridad, vereis apenas unas sombras inmóviles y blancas, con las manos alzadas hacia el cielo, que parecen recordaros en esa hora suprema que eleveis vuestra alma hacia Dios. Son las estatuas de los mansoleos que sobresalen sobre el nivel de las casas y los árboles.

Un patio ancho, rodeado de pimientos circunda el edificio de los penados.

Si teneis la fortuna de que el Alcaide de la Cárcel os permita la entrada, cosa que no es difícil dada su amabilidad, podreis ver escenas y tipos que os horrorizarán.



Por todas partes encontrareis callejones inmensamente largos que dan salida a los calabozos de los reos que viven en comun o las celdas de los condenados por faltas graves.

En la pared, que la lluvia ha desmoronado, hai una piadosa inscripcion puesta alli para recordar a los delinquentes el camino del bien....

Si entraís mas al interior, podreis ver el espectáculo mas repugnante que sea posible contemplar. En inmensos patios rodeados de algun corredor encontrareis a los penados en cantidad crecidísima, cubiertos de andrajos, sentados al sol, sin hacer nada, en continua holganza.

Desde que la campana les anuncia que pueden salir de sus calabozos donde son encerrados durante la noche, permanecen en los patios, jugando al tejo, contándose sus anteriores aventuras y exaltándose con relatos fantásticos de los cuales ellos son los héroes.

Otros leen los periódicos del dia, novelas, o conversan, caminando de a dos, sobre la situacion politica.

Vereis rostros patibularios, dejenados por el vicio, desde el criminal ordinario salido del bajo pueblo, que comete jeneralmente su primer asesinato impulsivamente, por cualquiera riña, hasta el criminal empedernido a veces, importado de paises mas corrompidos que el nuestro, si es posible que haya alguno que lo sea mas en la materia.

Allí se sabe todo lo que pasa en el mundo. Todos mantienen correspondencia con sus amigos y no es extraño que el plan de un atentado tenga sus directores dentro del mismo establecimiento.

Al presentaros ante su vista, miradas clinicas se posan en vosotros y os insultan y amenazan, cuando no os piden una moneda que no podeis negar.



El último retrato de Dubois,  
Tomado en la cárcel de Valparaíso,



En las noches esos criminales son encerrados en calabozos en comun. Allí viven en repugnante promiscuidad...

Hai un patio destinado a los muchachos de corta edad, que es la verdadera escuela del crimen, como los demas lo son la universidad en la que reciben sus titulos de criminales probados.

Así, viviendo de esta manera por espacio de dos o tres años, al cumplir su condena los reos sienten alejarse de un establecimiento en donde tan bien lo han pasado, bajo la proteccion del Estado que los alimenta y aun los ampara con la benignidad de leyes en desuso.

Ese individuo, cuando recobra la libertad, siente la nostalgia de la cárcel, estraña sus compañeros, la buena alimentacion que ha recibido y concluye, por fin, por cometer otro crimen mas estudiado y mas sanguinariamente realizado que el anterior.

Hai en la cárcel talleres de carpinteria, de zapateria y de algun otro oficio, pero allí van los ménos. No se conforman con el réjimen de trabajo y tampoco plata no necesitan, pues se la envian para sus caprichos compañeros en libertad.

Esta es la cárcel de Valparaiso, y la de Talca y la de... en fin, son todas las de Chile, pues en todas hai un mismo sistema carcelario.

Se pregunta las causas por qué nuestro pais sea el mas criminal del mundo, con relacion a su tamaño y no se observa el verdadero motivo.

Los hombres de gobierno se han penetrado hace mucho tiempo, de que es una cosa imprescindible la reforma carcelaria, pero nada se ha hecho en ese sentido y es probable que nada se haga.



Los países europeos moralizan a los reos por medio del trabajo constante; aquí se les tiene en completa ociosidad.

En medio de esos individuos y en uno de aquellos establecimientos fué donde Dubois se encontró relegado por la justicia mientras se ventilaba su proceso y se pronunciaba su sentencia.

Los demás criminales, desde el primer día, se interesaron por él, así es que encontró en cada uno de ellos un amigo dispuesto a servirle. Todos respetaban al maestro.



\* \*

El terremoto del 16 de Agosto.—¡Salvadme Dios mío! Perdon por mis culpas!—Inocencio del Campo.—Ahora, pues, Mosiú Dubois.—Este no es chileno, dijeron varios reos.—Muerte de Inocencio del Campo.—Conclusion.

El juez había terminado ya la instrucción del proceso e iba a dar a conocer al público la sentencia en contra del criminal, cuando sobrevino en Valparaíso el terremoto del 16 de Agosto de 1906, fecha que quedará grabada con caracteres indelebles en nuestra historia nacional.

A las 6 de la tarde de ese día le había sido llevada la comida al reo; cuando terminó se le colocaron las esposas y en seguida fué encerrado en su calabozo.

Durante todo el día había llovido y el cielo se veía cubierto de negros nubarrones, como cuando se prepara una gran tempestad.

Días semejantes son los más frecuentes en Valparaíso en esa época, así es que por el ánimo de nadie pasó la idea de que pudiese suceder algo extraordinario.

Dubois se acostó en su burdo colchón de paja y a poco se quedó dormido.

No se le permitía usar vela en su calabozo, de modo que aunque no tuviera sueño hacia siempre lo posible por conciliarlo.

Se hallaba profundamente dormido cuando un sacudimiento brusco lo despertó. Creyó al principio que sería alguno de los carceleros que acudía a llamarlo. Se incorporó en la cama y no vió a nadie a su lado. Intentó ponerse de pie y fué a estrellarse contra una de las paredes



y de ahí volvió a ser arrojado con fuerza extraordinaria hacia el otro extremo.

Entonces comprendió de lo que se trataba. Desde afuera llegaban ahogados a sus oídos gritos espantosos y confusos de los demás reos que pedían los sacaran de sus calabozos.

Un terror indescriptible se apoderó del criminal e invocó la misericordia de Dios. Cualquiera que lo hubiese visto en esos momentos habría observado al hombre tal cual es ante el poder de la naturaleza por más estorzado que sea.

Dubois imploraba misericordia e intentaba formular una oración ya olvidada que asomaba a sus labios. Pasaron varios segundos de esta manera.

Otro remezón más fuerte que el anterior vino a demostrarle que se trataba de un gran cataclismo. Creyó que había llegado el último instante de la humanidad.

Junto con los gritos de los reos, y los ruidos que parecían venir de las entrañas de la tierra, sintió el estruendo que hacían las murallas al caerse.

— ¡Salvadme, Dios mío! Perdon por mis culpas! murmuró el criminal. Pensó era llegada su última hora y a cada segundo le parecía que las murallas de su calabozo caían sobre él y lo aplastaban.

Cuando hubo pasado algunos minutos más en esta horrible situación sintió un tropel de gente que se acercaba y voces que lo llamaban por su nombre; se le ocurrió que sería la guardia que acudía a libertarlo. Una ligera esperanza de vida llegó hasta su corazón. Después oyó que golpeaban en la muralla por uno de los extremos laterales.

— La puerta se habrá forzado, dijo, e intentan derribar la muralla.

A los 5 minutos se abrió un boquerón y voces amigas le gritaron.

— ¡Salga por aquí, Mosiú Dubois! Eran los reos que se habían salido de los calabozos y acudían a libertarlo. Dubois hizo grandes esfuerzos para ponerse de pie y en seguida metió la cabeza por el agujero. Un sinnúmero de brazos lo tiraron hacia fuera, del pelo, del pescuezo y de la ropa.

Sintió que el cuerpo se le desollaba, pero no profirió el menor quejido, tal era el ansia que sentía por encontrarse libre.

Entre todos los demás penados lo llevaron inmediatamente al taller de herrería. La tierra seguía convulsionada.

Por el cielo cruzaban especies de hilos eléctricos que producían a intervalos grandes llamaradas. Un reo tomó un pesado martillo y lo dejó caer con gran fuerza sobre los grillos, los que saltaron rotos en varias partes. Dubois se puso entonces de pie.

Un segundo martillazo lo libró de las esposas. Se encontraba libre completamente de sus hierros. Los delinquentes lo aclamaron y todos lo eligieron jefe. Creían, sin duda, reconocer en él cualidades superiores a ellos. Uno de los presos llamado Inocencio del Campo era el que los había capitaneado a todos, anteriormente, pero nada dijo ante la designación que se hacía de Dubois.

Se formaron en grupos y resolvieron irse a la puerta de la cárcel y atropellar la guardia.

Sin saber cómo Dubois se vio vestido con poncho y chupalla que lo disfrazaba completamente.

La casa del Alcaide, señor Lois Solar se hallaba contigua a la construcción habitada por los penados. Este



caballero se encontraba en los momentos que comenzó el terremoto sentado a la mesa en compañía de su familia. Al sentir el sacudimiento de tierra corrió inmediatamente a formar la guardia para impedir que los presos se fugasen.

En su trayecto sintió el ruido que hacia su casa al derrumbarse.

Ha muerto toda mi familia, pensó con angustia, pero todavía pudo mas en él el cumplimiento del deber, y al mando de los pocos guardianes armados con 4 o 5 carabinas, únicas que se hallaban en buen estado, se colocó a la puerta de la cárcel y distribuyó a otros soldados en algunos puntos que consideraba fáciles para la evasión de los penados.

En este intervalo habian sucedido las escenas que acabamos de relatar.

Al mando de 8 soldados y un sarjento entró entónces a los patios interiores a reducir a los reos a la obediencia. Estos, bajo la direccion de Dubois, se hallaban prontos a atacarlos.

Solo esperaban su orden, pero Dubois, el criminal que habia asesinado a tantas personas, no hizo ningun ademan que denotara su valor.

El Alcaide ordenó que se retirasen y que si alguien adelantaba un paso se le haria una descarga.

—Ahora, pues, Mosiú Dubois, le gritaron.

Dubois no se movió.

—Este no es chileno, dijeron varios reos.

Tres o cuatro de ellos, con Inocencio del Campo al frente, se adelantaron.

La guardia hizo fuego y cayeron todos atravesados por las balas, menos Inocencio a quien parece que su audacia parecia protegerlo.

Nuevamente se les ordenó que se retirasen y nuevamente Inocencio volvió a salir al frente con otros compañeros.

Otra descarga mas grande que la anterior se dejó oír y esta vez Inocencio del Campo cayó para no levantarse mas.

Este reo era uno de los individuos mas audaces salidos de entre la ralea criminal de nuestro pais.

Hijo del pueblo, tenia un valor a toda prueba y en mas de una ocasion habia jugado con su vida. Murió víctima de su temeridad, como un valiente. Se cuenta de él que tenia varias tentativas de evasión, a cual de todas mas audaces.

En una ocasion se hizo él mismo una profunda herida en el estómago, con el propósito de que fuese enviado al hospital.

Ahí, cuando se hallaba gravemente en el lecho, quiso huir, pero fué sorprendido a tiempo.

Sus compañeros de cárcel lo respetaban porque reconocian en él su superioridad.

Dubois, miéntras sucedia esta escena, se hallaba en un rincon y no osaba hacer nada, no sabemos si por cobardia o por prudencia.

La guardia logró imponerse. Se buscó a los demas reos y se encontró a unos en el patio de los muchachos y otros entretenidos en hacer una cazuela con las gallinas robadas al Alcaide.

Cuando todo estaba en orden llegó un piquete de marineria al mando de un teniente.

Esto alejó todo temor de una sublevacion. Se hizo a continuacion desfilas a todos los presos por uno de los corredores para reconocerlos y saber si faltaba alguno.



El sarjento fué examinándolos, de uno en uno y cuando llegó donde Dubois le costó trabajo reconocerlo.

Como sabia que este criminal era el capitán de los bandidos, para imponerse el sarjento lo tomó del pecho y en seguida le dió un cachazo con el revólver. Los reos miraron con desprecio a un hombre que se dejaba pegar sin repeler el ataque.

Cualquier ademan que hubiese hecho Dubois, sus compañeros se habrían amotinado y las consecuencias habrían sido sangrientas.

Probablemente hubieran muerto muchos de ellos.

Se apartó a Dubois a un lado y en seguida se le amarró a uno de los árboles del patio exterior.

El criminal creyó en esos momentos que lo iban a fusilar.

Mandó llamar entónces al Alcaide y le dijo que tenia que confiarle un secreto.

—¡Ahora canta de plano! pensó el Alcaide, y fué a ver cuál era el secreto.

Pero en ese intervalo alguien le dió a entender a Dubois que no se trataba de matarlo y cambió de opinion. Le dijo al Alcaide cualquiera tontería y se quedó tranquilo.

Desde ese momento la calma quedó restablecida en la cárcel.

La tierra seguia siempre temblando y desde el plan llegaban hasta donde estaban los reos los siniestros resplandores del incendio de la poblacion.

¡Tristes momentos que se recuerdan con amargura!

A los dos meses despues de estos sucesos, normalizada la situacion, el juez señor Santa Cruz, espidió la sentencia contra el reo.

Lo condenaba a muerte por todos los crímenes que hemos relatado.

En dicha sentencia se esponia con claridad de detalles todas las alternativas del proceso y se llegaba a establecer de una manera palmaria la culpabilidad de Dubois en los atentados.

Segun los trámites legales, el reo nombró sus abogados defensores.

El último en defenderlo fué el abogado don Agustín Bravo Zisternas, un buen hombre que hizo cuanto pudo por librar al reo, pero no por establecer su inocencia.

Llevada la causa a la Corte de Apelaciones, el tribunal oyó la palabra de su defensor durante varias audiencias.

Dias despues el mismo Dubois solicitó defenderse personalmente.

En un coche del servicio público fué sacado de su prision y llevado a presencia de los majistrados.

Lo vimos allí, siempre con su ademan altanero, pregonar su inocencia.

Pero no eran las palabras de un inocente las que salian de sus labios.

Eran las espresiones de un hombre que está convencido de la justicia de la sentencia que recae sobre su cabeza, pero que acude a tentar el último recurso.

Vista y oida la defensa del reo, la Corte de Apelaciones confirmó la sentencia de muerte, condenándolo a la pena capital por el asesinato del señor Lafontaine y el atentado



contra el señor Davies, sentencia que confirmó despues la Corte Suprema.

Dubois tentó despues de este hecho diversos recursos, que no dieron resultados.

¡La justicia de los hombres habia castigado al criminal!

*E. Dubois m*



## CONCLUSION

Dias despues de haber sido condenado el reo a la pena capital, una mujer, cubierta la faz con un manto y llevando un niño de la mano, llegó al patio de la cárcel y solicitó del Alcaide ver a Dubois.

—¿Quién es Ud.? le preguntó el oficial de guardia.

—Soy Ursula Morales, repuso la interpelada.

Se la dejó entrar teniendo precauciones de vijilarla con el propósito de que no le fuese entregado al reo algun objeto que le pudiese servir para una evasión.

Dubois se hallaba afirmado en la puerta de su celda. El centinela, a tres pasos de distancia, se paseaba impasible, atento siempre a todas las acciones del detenido.

Cuando éste miró a la persona que entraba hizo un ademán de salir a su encuentro. Los grillos sonaron de una manera siniestra y quedó en el mismo sitio, sin poder dar un paso.

—¡Ursula! exclamó Dubois, dando muestras de gran regocijo. En seguida tomó al niño en brazos y lo acarició con ternura. Era su pequeño hijo que ya contaba unos cuatro años de edad. El niño no hizo ninguna demostración de miedo al ver los hierros que dificultaban los ademanes de aquel hombre.

Los tres se sentaron en el umbral del calabozo. El centinela, cediendo a un impulso de magnanimidad, se retiró un buen espacio para dejarlos hablar libremente.

Ursula lloraba silenciosamente sin atreverse a hablar una palabra, mientras el chico los miraba como si se diese cuenta de la escena de mudo dolor que se desarrollaba.



Dubois tampoco se atrevía a hablar, profundamente emocionado. Por fin dijo:

—Te agradezco mucho, Ursula, que te hayas acordado de venir trayéndome a mi hijo en estos instantes supremos.

Esto no tiene ya remedio, murmuró, hablando consigo mismo.

Te ruego me perdonen, agregó, si acaso en ocasiones me porté mal contigo..... Dejó de hablar y una lágrima rodó por sus mejillas.

Te recomiendo especialmente al niño! Pobre hijo mío! ¡Hijo de un criminal! Triste herencia es la que le lego.

Haz de él un hombre honrado y cámbiale su verdadero apellido por el tuyo. Quisiera que jamás llegase a saber quién era su padre.

El encargo especial que te hago, es que trates de dirigirlo durante los primeros años dándole una educación y cuidando de hacer de él un individuo que se conforme con la posición en que se halle colocado.

Lo que a mí me perdió fué mi desmedida ambición. Malos resultados en las primeras empresas que tenté fueron los que pervirtieron mi espíritu, haciendo de mí un hombre inútil a la sociedad y la deshonra de mi hijo.

Aunque nunca he sido demasiado afecto a las prácticas de la iglesia, creo que lo mejor es que lo eduques en la fe cristiana que da la conformidad en la vida, especialmente cuando el hombre comienza a luchar y encuentra a todos sus semejantes dispuestos en su contra.

Volvió a quedar nuevamente silencioso abismado en sus pensamientos.

Un guardián llegó a decir a Ursula que ya era llegada la hora de que se retirase de la cárcel.

Los tres se pusieron de pié. Había llegado el instante de la despedida. Dubois abrazó estrechamente a la compañera de su vida. En seguida tomó la cabeza de su hijo y lo besó con arrobamiento. Quiso volver otra vez a tomarlo en brazos, pero se contuvo y se dirigió a su celda para terminar de una vez con una situación tan dolorosa.

—¡Adios! dijo, volviéndose hacia ellos.

—¡Adios! murmuró Ursula débilmente, y se retiró con su hijo.

FIN.